

La ciudad y su cultura, en la obra de Lewis Mumford

(The city and its culture, in Lewis Mumford's work)

Homobono Martínez, José Ignacio

Univ. del País Vasco. Fac. de CC. Sociales y de la Comunicación.

Dpto. de Sociología. Apdo. 644. 48080 Bilbao

E-mail: ciphomaj@lg.ehu.es

BIBLID [1137-439X (2003), 23; 175-256]

Recep.: 19.08.02

Acep.: 19.08.02

Aquí se pretende ofrecer una introducción al conjunto de la obra de Lewis Mumford (1895-1990), enciclopédica y transdisciplinar, con particular énfasis en la dimensión urbanística, y su relación con la teoría sociológica y la antropología cultural. Así como un análisis crítico de algunos de sus textos más relevantes, extractados fundamentalmente de La cultura de las ciudades (1938) y de La ciudad en la historia (1961), incluidos a modo de apéndices, y articulados en torno a los aspectos culturales de su concepto de ciudad.

Palabras Clave: Lewis Mumford. Ciudad. Cultura. Historia. Máquina. Urbanismo. Utopía. Nueva York. Patrick Geddes.

Hemen, Lewis Mumford-en (1895-1990) obra osorako sarrera eskaini nahi izan dugu: obra entziklopedikoa eta disziplinaz gaindikoa, hirigintza alderdia eta teoria soziologikoarekin eta antropologia kulturalarekin zuen eralzioa bereziki nabarmenduz. Halaber, haren testu gailenetako batzuen azterketa kritikoa egiten dugu, funtsean Hirien kultura (1938) eta Hiria historian (1961) obretatik ateratakoak, zeintzuk eranskin gisa ematen diren, hiriaz zuen kontzeptuaren alderdi kulturalen inguru artikulaturik daudenak.

Giltza-hitzak: Lewis Mumford. Hiria. Kultura. Historia. Makina. Hirigintza. Utopia. New York. Patrick Geddes.

On tente de présenter ici une introduction à l'ensemble de l'œuvre de Lewis Mumford (1895-1990), encyclopédique et transdisciplinaire, en insistant spécialement sur la dimension urbanistique, et sa relation avec la théorie sociologique et l'anthropologie culturelle. Ainsi qu'une analyse critique de quelques-uns de ses textes les plus importants, extraits fondamentalement de La culture de las ciudades (1938) et de La ciudad en la historia (1961), inclus en guise d'appendices, et adaptés aux aspects culturels de son concept de la ville.

Mots clés: Lewis Mumford. Ville. Culture. Histoire. Machine. Urbanisme. Utopie. New York. Patrick Geddes.

1. UN CIUDADANO POLIFACÉTICO

Lewis Mumford (1895-1990) ha sido uno de los más preclaros pensadores progresistas de la ciudad y del urbanismo, así como de la técnica y de la utopía durante el siglo XX. Combinando en su dilatado quehacer facetas de historiador (civilización, ciudad y técnica), de profesor de arquitectura y urbanismo, de crítico y experto de arquitectura, literatura y de urbanismo, de planificador urbano y regional, de precursor del ecologismo e incluso de la antropología simbólica; este ciudadano de Nueva York estableció una doble relación con la ciudad, al propio tiempo reflexiva y comprometida. Todo ello le convirtió en una especie de autoridad moral, contra los excesos de la urbanización y de la cultura. Referente inexcusable durante muchas décadas, hasta 1980 representó un indiscutible punto de referencia sobre muy diversas cuestiones: arquitectura, urbanismo, sociología urbana, estética, literatura, síntesis histórica y cultural. Por contraste, experimenta hoy un cierto olvido, quebrado recurrentemente por la reedición de sus principales obras en diferentes idiomas.

La característica más notoria de un Mumford generalista es su transversalidad con respecto a diversas disciplinas y profesiones vinculadas al estudio de la ciudad y de la cultura urbana, así como a su planificación y/o gestión. Como su mentor Patrick Geddes rechaza aproximaciones sectoriales e ignora las barreras erigidas entre diversas disciplinas académicas. Por lo tanto, resulta inclasificable a partir de perspectivas sectoriales, como la economía, la demografía o la sociología, pero su perspectiva holística restituye al hecho urbano su plena dimensión espacial y sustantiva. Aborda el estudio de la ciudad en el complejo contexto de todas sus dimensiones: culturales, históricas, sociológicas, geográficas, económicas, tecnológicas, filosóficas, arquitectónicas y urbanísticas; y su método “confiaba generosamente en la intuición, en la previsión y en la conjetura cultural más inexplorada” (Della Pergola, 1992: 11); vena temeraria y utopista que no comenzará a aquietarse –relativamente– hasta después de 1960. Como ha recapitulado magistralmente Ferrarotti:

“Incluso desde este punto de vista, Mumford se anticipa a su tiempo: es un literato que no se encierra en la cultura literaria; es un urbanista, un sociólogo y un historiador de la tecnología que también sabe apreciar un texto literario y escribe, entre otros, una admirable biografía de Herman Melville. En esta faceta suya de polígrafo y cultivador de disciplinas dispares, que la pereza mental o la deformación profesional de los profesores tiende a tratar básicamente en términos burocráticos, quizás por complacer a la secretaría de su facultad, Mumford recuerda de cerca de otro iconoclasta americano, más irónico y menos predicador que él, pero igualmente corrosivo en su crítica al mundo de los grandes negocios y a la especulación en su proteico activismo: Thorstein Veblen” (1992: 54).

Aunque no fue ni arquitecto ni urbanista profesional, Mumford sería uno de los primeros analistas que consideró a la ciudad como entorno ecológico, espacio de vida y arquitectónico; producto de una historia que proporciona las claves de su morfología y de su destino, vinculado al de la cultura (Choay, 1991: 602; Ferrarotti, 1992: 48; Wojtowicz, 1998: 2, 17, 161; Paquot, 2000: 11). Constitu-

ye, en suma, un modélico ejemplo de interdisciplinariedad en el estudio de lo urbano, aunque ha debido pagar el precio de ser etiquetado como generalista, un intelectual sin clasificación académica homologable¹, calificativo agravado por su posición a contracorriente del funcionalismo, de la ecología urbana y de las tendencias dominantes en las ciencias sociales de su país. Aunque él mismo constató las ventajas de esta falta de clausura disciplinar:

“Al no ser un especialista, me he beneficiado de una libertad que se niega a menudo al docto especializado: la de reunir datos obtenidos a partir de campos muy diferentes a fin de poner de manifiesto un esquema más amplio que, de otro modo, escaparía a la observación” (1974 [1972]): 5-6.

1.1. La formación de un humanista

Definido frecuentemente como autodidacta, Mumford sostuvo sin embargo una doble relación con el ámbito académico. Como estudiante, siguió primero cursos de ingeniería electrotécnica en la Stuyvesant High School², y después de filosofía y psicología en la New Yorks University, en el New City College y en la Columbia University, así como de sociología en la New School for Social Research. Aunque no llegara a graduarse en ninguno de estos campos, o precisamente por ello, su interés por la tecnología y por el análisis social perdurarían durante toda su vida. Y también, pese a su falta de incardinación académica formal, ejerció como profesor de arquitectura, de *town planning* o de planificación regional en diversas instituciones universitarias³ y durante periodos muy recurrentes: Dartmouth College (1929-35); Stanford University (1942-44); North Carolina State College (1948-52); University of Pennsylvania, en Filadelfia (1951-56, 1959-61); el Massachussets Institute of Technology (1957-61); y también la Geneva School of International Studies y la Columbia University (Choay, 1991: 602; Wojtowicz, 1998: 4, 9-10; Paquot, 2000: 11). Entre las distinciones académicas recibidas por Mumford se encuentran el LLD de la University of Edinburgh (1965), y el doctorado *honoris causa* por la Università di Roma “La Sapienza” (1967).

1. Aunque él mismo afirmaría humildemente, en su informe de 1967 al Comité Ribicoff: “También ruego que no interpreten mal mis calificaciones profesionales, pues yo soy escritor, y no arquitecto ni ingeniero ni planificador de ciudades; y aunque he sido profesor de planeamiento urbano y regional en la universidad de Pennsylvania, no quiero aparecer ante ustedes como especialista en urbanismo, ni como perito, ni como autoridad en la materia” (1969: 287).

2. Desde los doce años se interesó por la mecánica y la física, formando parte de un grupo experimental del telégrafo sin hilos. Más adelante fue radiotelegrafista en la marina, durante la Primera Guerra Mundial

3. Así como varios cargos oficiales de prestigio, en el Board of Higher Education of the City of New York y en la Commission on Teacher Education of the American Council of Education; y de consultor para la City and Country Park Board of Honolulu (1938), la Stanford University (1947) y las Naciones Unidas (1951). Asimismo, varias asociaciones culturales de prestigio contarán con Mumford entre sus miembros más destacados: American Philosophical Society, American Academy of Arts and Sciences, Council on Foreign Relations, National Institute of Art and Letters, y la Société Européenne de Culture.

Pero, tanto o más importante que esta faceta formal de su educación, Mumford fue un ávido lector autodidacta, que frecuentaba el recinto de la New York Public Library. Sus primeras lecturas, entre 1914 y 1917, inciden en autores como Patrick Geddes, Ebenezer Howard, William James, Bernard Shaw, H. G. Wells, Samuel Butler, León Tolstoi, Henri Bergson, Pedro Kropotkin, Thorstein Veblen, Rallph Waldo Emerson y Whalt Whitman, Ruskin y William Morris. Al propio tiempo descubre las más avanzadas revistas de arquitectura, tanto europeas como americanas (Wojtowicz, 1998: 9, 16).

Mumford será, sobre todo, el discípulo y continuador de Patrick Geddes (1854-1932), quien actúa sobre él como referente modélico a través de sus publicaciones; aunque su cordial relación, como cualquiera otra interpersonal, no esté exenta de claroscuros y contradicciones (Ferraro, 1997). Descubre, en la biblioteca del City College, primero *The Evolution of Sex* y *Evolution* de Geddes durante el otoño de 1914, al año siguiente el *City Development* (1904), y se interesa por *Cities in Evolution* (1915) a comienzos de 1916. De todas estas obras, la más decisiva para el joven Mumford será el texto de *City Development*, proyecto encargado por el Carnegie Trust para la ciudad escocesa de Dumfermline; y muy pronto *Cities in Evolution*, donde Geddes expone sus ideas sobre la ciudad y la planificación urbana y regional en forma de tratado. El descubrimiento de Geddes coincide con el desencanto de Mumford por sus estudios de filosofía y por el sistema educativo vigente, adoptando a aquél como modelo de educador, de autodidacta generalista y de transgresión de las limitaciones disciplinares; y su faceta de urbanista le insta al descubrimiento de su propia ciudad –Nueva York– y región metropolitana. Finalmente el desencanto con las ideologías dominantes, inducido por la guerra, induce a Mumford a asumir otra faceta de Geddes, la de una Eutopía regional y federalista, inspirada por Emerson y por Kropotkin (Ferraro, 1995: 93).

Después, a partir de 1918, mantiene correspondencia con él acerca de temas muy variados, con inclusión de cuanto concierne a los estudios sociológicos. A finales de 1919 Geddes le ofrece la posibilidad de colaborar con él⁴, oferta reiterada durante el encuentro sostenido por ambos durante la visita de aquél a Estados Unidos, en 1923 (Mumford, 1950 y 1975; Wojtowicz, 1998: 11-4, 40-2). Y, aunque esta colaboración no llegó a materializarse, Mumford sería el mejor continuador y difusor de la obra de Geddes, con quien reconoce su deuda intelectual en libros y artículos, autobiográficos o no⁵. Inicialmente la influencia de Geddes se limita a los aspectos biológicos, pero pronto informa el conjunto de los planteamientos teóricos y metodológicos de Mumford, cuyos planteamientos metódicos y capacidad divulgadora le permiten superar las intuiciones de aquél.

Es el propio Mumford quien detecta las influencias ejercidas por el entorno intelectual de Geddes sobre este biólogo y urbanista escocés, que a su vez here-

4. Entretanto, Geddes ha publicado otro libro clave: *Town Planning Toward City Development*, informe sobre Indore (India) que, para Mumford, "constituye la expresión más completa de sus métodos urbanísticos, de su sociología y de su filosofía (1966: 835).

5. Como en el prefacio de su *The Culture of Cities* (1938 [1945: 17, 22]), y en el conjunto de esta obra (1945: II, 109, 141, 260-1; III: 23-4, 70-2); o en *The City in History* (1961 [1966]: II: 625, 711, 885).

dará como continuador de esta saga. En primer lugar los estudios ocupacionales y regionales de Frédéric Le Play (1806-82), a través de Edmond Demolins, su discípulo y líder del grupo *Science Sociale*, a quien Geddes conoció mientras cursaba estudios de zoología en París. A partir de 1891 el círculo de destacados conferenciantes de sus cursos estivales en Edimburgo, como los geógrafos anarquistas Piotr Kropotkin y Elisée Reclus⁶. Y, desde 1903, la colaboración con su colega el sociólogo Victor Brandfor⁷. Pero:

“Aunque Geddes consideró su pensamiento como una conjunción de las tradiciones de Comte y Le Play, en su esfuerzo de síntesis fue un continuador de Herbert Spencer, y más remotamente, de Aristóteles” (1975: 86).

Y es también Mumford quien resalta las cualidades que heredará de su maestro, como la de pensar y actuar sobre el campo integral del conocimiento y la experiencia humana, ignorando “el aislamiento estéril y la menguada abstracción del conocimiento especializado”, y la subdivisión disciplinar. La sociología practicada por Geddes será un saber unificador, que integra la geografía, la economía y la antropología; e incluso la psicología o la biología⁸; y la obra toda de Geddes constituye un patrimonio intelectual⁹. La planificación debía comenzar, según éste, con un estudio “cívico” de los recursos de la región natural, de la relación humana con estos recursos y de la complejidad del paisaje cultural resultante; una ciudad y región como entorno de libertad, aunque erosionado por el proceso centralizador de la nación-estado y del capitalismo industrial¹⁰. Cada ciudad es el resultado de un medio y de un largo proceso histórico, cuya continuidad debe planificarse con ayuda del conocimiento sociológico. Su “regional survey” (estudio regional) o “sociological survey” es una vasta investigación que combina el conjunto de los factores en juego: la topografía y la meteorología, los procesos económicos, la herencia histórica y las costumbres, así como la estructura física del emplazamiento de las ciudades. Y, una vez reunidos todos los datos, tan sólo la intuición, la empatía con el lugar puede hacer entender el caso singular, ya que no existe un modelo de ciudad. Geddes puso en práctica esta

6. De quien procede, en definitiva, la inspiración de la famosa “sección del valle”, uno de los conceptos instrumentales básicos de Patrick Geddes (Wojtowicz, 1998: 13).

7. Mumford tan sólo parece olvidarse aquí de Paul Vidal de la Blache (1845-1918), el padre de la geografía regional, y de la propia geografía como disciplina académica en Francia.

8. El propio Geddes aúna las facetas de biólogo, sociólogo, filósofo, educador, artista y urbanista; así como las de organizador de espectáculos y exposiciones cívicas; interdisciplinariedad por la que ha debido pagar un alto precio (Mumford, 1945: III, 23; 1950: 82).

9. “De Geddes tanto el ciudadano como el urbanista pueden aprender cómo observar la ciudad, cómo interpretar sus orígenes, su vida, su historia acumulativa, su potencialidad: cómo comprender no sólo la vida cotidiana de un lugar, el trabajo y la gente, sino sobre todo el desarrollo –desde la acrópolis a la catedral, de la universidad a la sala de conciertos, del monasterio al laboratorio– que transforma la verdadera naturaleza y finalidades de la vida humana” (Mumford, 1950: 87).

10. Por lo que el nuevo orden “neotécnico” debe ser creado mediante el esfuerzo colectivo de millones de individuos, construyendo –ciudad a ciudad, región a región– la Eutopía mediante una federación de entidades autónomas. Una recuperación de la vida cívica a la que no son ajenas las fiestas populares y los rituales cívicos (Hall, 1996: 154-6).

metodología en reiteradas operaciones de planificación: en su Edimburgo natal, en Palestina (Tel Aviv) y en varias ciudades de la India. Sin embargo aquí radica una de las diferencias entre ambos ya que para Geddes este método es sobre todo, un instrumento cognitivo aplicado a la educación de los habitantes, mientras que para Mumford –incluso en sus etapas de planificador– asume más bien una función instrumental al servicio de la obtención de datos para construir un balance entre necesidades y recursos (Ferraro, 1997: 105-6).

Y Mumford se reconoce en ese heterodoxo, interdisciplinar y antiacadémico pensador, de amplios intereses intelectuales; apropiándose de neologismos acuñados por él y modificándolos, como las fases: “paleotécnica”, “eotécnica” y “neotécnica” de la máquina; su esquema de las fases de desarrollo de la ciudad, desde la “polis”, pasando por la “metrópoli” y la “megalópolis” a la “necrópolis”, a las que añade una “eópolis” inicial y una penúltima fase de “tiranópolis”; o el concepto de “conurbación”, pero no heredará su visión optimista del futuro (Mumford, 1945, II: 109-23, 261; 1966: 711; 1974: 86; Choay, 1983: 76-8 y 421; Hall, 1996: 149, 153-5; Wojtowicz, 1998: 10-4).

Mumford se inspira asimismo en los planteamientos de la ciudad-jardín de Ebenezer Howard (1850-1928), la otra gran figura británica de la planificación. Este autor de ideología socialista propugna un modelo de ciudad de nueva construcción, que no se limita al diseño de un nuevo espacio urbano, sino que se basa en premisas políticas y valores sociales de tipo reformista. La congestión de la metrópoli industrial horroriza a Howard, que detesta la sociedad capitalista que la dio forma, y limita el número de habitantes de su ciudad-jardín entre 30 y 58.000, dotando a tal comunidad de todas las actividades y equipamientos necesarios: trabajo, cultura y ocio. Ésta queda circunscrita por un cinturón verde, que la aísla de otras entidades de su mismo tipo, situadas a distancia suficiente y vinculadas por una red ferroviaria. El hombre debe convertirse en el dueño y no en la víctima de su creación, lo que sucedería si su alternativa fallase y las ciudades continuaran su crecimiento incontrolado. Como otras utopías progresistas, trata de fundir ciudad y campo, unificar sociedad y paisaje.

A partir de las numerosas referencias a Ebenezer Howard en la obra de Geddes, Mumford se familiariza hacia 1916 con las ideas expuestas por aquél en *Garden Cities of Tomorrow* (1902)¹¹. Lo que más atrae su atención en la propuesta de ciudad-jardín es el análisis “sociológico” de los beneficios derivados

11. Publicada previamente con el título de *To-morrow: A Peaceful Path to Real Reform* (1898). Venciendo formidables obstáculos, el propio Howard promovió en vida dos ciudades-jardín al norte de Londres: Letchworth (1903-4), confiada a los arquitectos Parker y Unwin (1863-1940), y Welwyn. A las que seguirían muchas otras edificadas por sus continuadores en diversos países, con mayor o menor fidelidad a la propuesta original. En Estados Unidos, además de Mumford, influyó sobre arquitectos urbanistas como Henry Wright (1869-1959) y Clarence Stein. El prototipo de ciudad-jardín sirvió incluso de modelo para la construcción de nuevas ciudades británicas tras la Segunda Guerra Mundial. Una inteligente síntesis de la obra de Howard y sus continuadores es la efectuada por Peter Hall en el capítulo 4: “La ciudad en el jardín”, de su *Ciudades del mañana* (1996: 98-145); o la de Reissman (1972: 55-67).

de combinar lo mejor de la vida urbana y rural. Pero, en definitiva, más que la idea de Howard de construir nuevas comunidades de acuerdo a una forma determinada le atrae la recomendación de Geddes de reformar las ciudades existentes, aunque asume una síntesis de ambas (Wojtowicz, 1998: 15-6). Las referencias a Howard son continuadas y recurrentes a lo largo de toda la obra publicada de Mumford¹², a quien también dedicó artículos específicos, y del que prologó¹³ en 1946 una reedición de *Garden Cities of To-morrow*.

Otras influencias tempranas y perdurables en su obra serán las del regionalismo comunalista de los geógrafos y teóricos anarquistas Piort Kropotkin (1842-1921) y Elisée Reclus (1830-1905), a partir de la estrecha relación de éstos con Patrick Geddes, y su influencia sobre éste y sobre Howard¹⁴. De la obra del primero destaca su idea del apoyo mutuo como contrapunto del unilateral análisis darwinista, su visión sociológica y económica; así como su planteamiento de una red federativa e igualitaria de comunidades de pequeña escala, posibilitadas por las nuevas tecnologías:

“La primera de estas contribuciones fue la efectuada por el geógrafo Pedro Kropotkin, en su notable libro titulado *Campos, fábricas y talleres* (1898). Adelantándose casi medio siglo al pensamiento económico y técnico contemporáneo, el sabio ruso captó el hecho de que la flexibilidad y la adaptabilidad de la comunicación eléctrica y de la energía eléctrica, conjuntamente con las posibilidades de una agricultura intensiva, biodinámica, habían sentado las bases de un desarrollo urbano más descentralizado en pequeñas unidades, que responderían al contacto humano directo y gozarían tanto de las ventajas rurales como de las urbanas” (1966: 679).

Este planteamiento será precursor de la red de ciudades insertas en la región o la del paisajismo propuesta por Mumford, y desarrollado –a su juicio– por Howard en su concepción de la ciudad-jardín. Aquél también tomará prestada del geógrafo anarquista su periodización de la historia de las técnicas, adoptada y revisada por Geddes (Mumford, 1945, II: 141, 201; III: 85; 1966: 679-80; 848 y 864; Mattelart, 2000: 220-4). Y también la de F. L. Olmsted (1822-1903), padre de la arquitectura norteamericana y diseñador del Central Park neoyorquino, del que recupera esta inserción de un fragmento espacial de naturaleza y sociabilidad en la urbe, así como su original solución a la circulación rodada y peatonal (Mumford, 1945: I, 364-5 y III, 99; 1966: 858).

12. Como, por ejemplo, en: *La cultura de las ciudades* (1945, I:22; II, 290-9); *La ciudad en la historia* (1966: II, 633 y 680-9); o los artículos: “Viejas formas para ciudades nuevas” (*New Yorker*, 1953), en *La carretera en la ciudad* (1966: 39-50); “Principios de la integración urbana” y “Complejidad social y diseño urbano” (*Architectural Record*, 1963), en *Perspectivas urbanas* (1969: 204-16 y 217-34).

13. Con el título de “The Garden City Idea and Modern Planning”.

14. Cfr. Hall, 1996: 100, 154-5. Según Giovanni Pesce (1981: 17), Mumford le puso de manifiesto –en una carta– su familiaridad con la obra de Reclus, a través de las apreciaciones de Geddes; pero, de entre los pensadores del comunismo libertario, confiesa la mayor influencia ejercida sobre él por Kropotkin, acerca de cuya relación con el regionalismo pronunció aquél su primera conferencia pública en 1917.

Lewis Mumford es el receptor y máximo divulgador de este filón de pensamiento, en el que se inscribe y a su vez desarrolla, el denominado a la postre urbanismo ecológico o culturalista, participando del rechazo de la megalópolis y del suburbanismo, y preconizando una urbanización equilibrada y polinuclear, integrada en su entorno natural y regional, que recupere valores e instituciones apropiadas para una convivencia equilibrada y participativa. Aunque con él no se agota esta saga de pensadores y/o urbanistas, se irá degradando progresivamente su capacidad crítica. Porque, a su vez, la trilogía Kropotkin-Geddes-Mumford, y su idea de las posibilidades de la red eléctrica para recrear la red de comunidades locales, inspira a Mc Luhan¹⁵ –en los sesenta– la función estructurante de las técnicas de comunicación. Pero en el tránsito se pierde el potencial utópico de unificación del mundo mediante la técnica, a partir de la diversidad, en beneficio de un concepto neutro: la aldea global (Mattelart, 2000: 265, 366).

1.2. De la planificación regional a la ecología social

Mumford, el miembro más notorio a la postre, fue partícipe de diversos movimientos americanos de planificación urbana y regional, especialmente del *Regional Planning Association of America* (RPPPA)¹⁶, grupo fundado en 1923. Sus fundamentos intelectuales se basaban, según aquél, en “*las ideas cívicas de Geddes y Howard, los análisis económicos de Thorstein Veblen, la sociología de Charles Horton Cooley y la filosofía educacional de John Dewey*”; aunque en otra ocasión incluye entre sus precursores a Auguste Comte, Frederic Le Play, Henry Thoreau, G. P. Marsh, Paul Vidal de la Blache, Elisée Reclus, Piort Kropotkin y los socialistas fabianos ingleses. Al poco de fundarse adoptaron un programa de cinco puntos: creación de ciudades jardín como parte del plan regional, establecer contacto con Geddes y los planificadores británicos, impulsar el Sendero Apalachiano, colaborar con la AIA para impulsar la planificación regional, y realizar estudios en zonas como el valle del Tennessee. El grupo se disolverá en 1933, a causa de la quiebra de su parte financiera, la *City Housing Corporation*, y sus integrantes se dispersan; pero no sin antes haber realizado importantes proyectos en el campo de la planificación urbana, entre los que destacan los de Sunnyside Gardens (Queens) y Radburn (New Jersey)¹⁷. Pero Mumford

15. Mac Luhan, en *La Galaxia Gutenberg* (1965), se refiere explícitamente a Mumford y se considera, como él, un generalista, y no un especialista que acota una pequeña parcela intelectual, ignorando el resto.

16. Este grupo de arquitectos y planificadores se formó en torno a Lewis Mumford, Clarence Stein (arquitecto y planificador), Benton MacKaye (ingeniero de montes y conservacionista) y Charles Harris Whitaker. Otros miembros fundadores fueron el economista Stuart Chase; los arquitectos Henry Wright y Frederick Lee Ackerman; el constructor Alexander Bing; Edith Elmer Wood y Catherine Bauer, impulsores de planes de construcción de viviendas. Con participación de arquitectos y urbanistas de diversas ciudades, como: John Bright (Filadelfia), Henry Klaber (Chicago), y Frederik Bigger (Pittsburgh).

17. Algunos –Bauer, Wright, Stein– se integran directamente en programas de vivienda –a través del Housing Studies Guild (1933)– o proyectos regionales del New Deal de Roosevelt, como la *Tennessee Valley Authority*. Otros –Mumford y Wright– forman el *Housing Study Guild* para formar a los arquitectos de aquéllos programas. Pero la administración Roosevelt pronto cedería a las presiones

continuará interesándose por las realizaciones posteriores de muchos de sus colegas de primera hora, como la Boadacre City de Wright; identificación que, asociada a su admiración por la ciudad-jardín de Howard, bastan para catalogarle como organicista y enemigo de la megalópolis.

Entre las publicaciones de la RPPA destaca el número monográfico de la prestigiosa revista *Survey Graphic* (mayo 1925), editado por Mumford y dedicado a la planificación regional. Este trabajo colectivo, integrado por artículos de los miembros más destacados, exponía con nitidez la filosofía del grupo neoyorquino, tendente a alcanzar el equilibrio regional mediante una mezcla ambiental de naturaleza y hábitats urbano y rural¹⁸ (Friedmann y Weaver, 1981: 48-57; Hall, 1996: 158-165; Hernández, 1995).

Este modelo de planificación regional se inspira en los planteamientos anarquistas, atemperados por una visión más ecléctica del socialismo¹⁹. Sin embargo, más acorde con una visión libertaria de comunas y regiones libremente confederadas²⁰, Mumford postula que la región es muy anterior al Estado, y que su especificidad dimana de un modo de vida propio. Trasciende las fronteras políticas del Estado, elemento restrictivo, y sus redes interregionales pueden extenderse sin límites. El Estado, en su función actual, es un elemento artificial y restrictivo (Chase, 1996: 116; Mazzoleni, 2001: 11). Sin embargo, este defensor de la planificación global no puso en cuestión el orden social existente, sino que propuso una reducción de las desigualdades mediante la mejora de la vida urbana. Su filosofía política se resume en el planteamiento de la eutopía, definida

de sus miembros más conservadores, que veían estas intervenciones como peligrosamente socialistas. Mumford participará también, como investigador, junto con MacKaye para la *The New York Housing and Regional Planning Commission*, de la que Stein era presidente y Wright consejero de planeamiento (Mumford, 1969: 291).

18. En él se evidencian las influencias de Geddes: la región como área geográfica dotada de cierta unidad, susceptible de desarrollo equilibrado, y donde los servicios cívicos posibilitarían una vida interesante y creativa; de Howard y de Kropotkin: la ciudad-jardín y/o la comuna "como lugar permanente de vida y de cultura, urbana en sus ventajas, permanentemente rural en su situación", que posibilita el desarrollo de la vida libre, de las artes y de las ciencias. Con un toque del conservacionismo americano –Mash y Thoreau–: de los valores y de los recursos naturales.

19. Como el propio Mumford escribiera –en 1962– en su elogioso prólogo al *A través de las utopías*, de María Luisa Berneri, joven autora libertaria, y tempranamente malograda: "A pesar de que anarquismo y comunismo son, en términos filosóficos, extremos oponentes dialécticos, la vida misma oscila entre ambos polos, y ni uno ni otro debe ser tomado como último destino" (1975: 13).

20. Muchos analistas, y entre ellos Peter Hall, como también Colin Ward, Friedmann y Weaver o Mattelart, han subrayado que en sus orígenes la planificación regional es una idea emanada del comunismo libertario, inspirada en Proudhon y Bakunin, formulada por los geógrafos libertarios Reclus y Kropotkin, y destilada –vía Geddes y Howard– hasta Mumford y su entorno de urbanistas neoyorkinos de la RPAA; e incluso que la mayor parte de las versiones del urbanismo intersecular nacieron en el seno del movimiento anarquista. Sus propuestas ejercieron gran influencia en el New Deal de Roosevelt y posteriormente (1940-50) en la reconstrucción de las ciudades europeas. Pero, durante este proceso de divulgación, desaparecerá el aspecto más radical de estas propuestas: el de una nueva sociedad, alternativa al capitalismo y al socialismo burocrático, basada en la cooperación voluntaria de pequeñas comunidades autogestionadas (Hall, 1996: 13, 148, 154-5).

como “la posibilidad de renovación social, mediante la aplicación de la razón y de la inventiva social a las instituciones políticas y económicas”²¹.

Su obra se encuadra en la tradición progresista americana, corriente reformista de orígenes heterogéneos que surge tras la guerra civil²². Lewis Mumford fue, junto con John Dewey, uno de los principales portavoces de este movimiento, que espera convencer al medio intelectual reacio al industrialismo, de que arte y tecnología, humanismo y ciencia, hombres y máquinas pueden coexistir. La tecnología puede contribuir al progreso, siempre supeditada a la cultura, ayudando al hombre a controlar y reformar su medio. Estos vínculos y valores, caros al pensamiento progresista, los aplica Mumford a su mirada sobre lo urbano y, en definitiva sobre la sociedad. Como ha señalado certeramente Jeanne Chase, estas premisas le llevarán a mantener:

“... un frágil equilibrio entre el reformismo y el radicalismo, la moralidad y la política, el pensamiento privado y la acción colectiva, la libertad de elección y la demanda de comunidad, una crítica cultural del industrialismo y un análisis ideológico del capitalismo, el deseo de mitos complacientes y la necesidad de una teoría social coherente” (1996: 112).

Sin embargo, Mumford también criticó a fondo al progresismo liberal americano, por su carencia de perspectiva histórica, ignorando los vínculos del pasado y confiando acríticamente en el potencial liberador de la ciencia y de la evolución técnica, convertidas en base de una religión cívica sustitutoria (Ferrarotti, 1992: 49). Confianza inmoderada que puede hacerse extensiva a buena parte del pensamiento libertario con el que Mumford estaba familiarizado, hasta el punto que parte del mismo ha sido calificado internamente como “liberalismo de avanzada”.

Como hombre de principios, este progresista que nunca se implicó en la política partidista, no dudó en comprometerse con la defensa de causas como la lucha contra el nacional-socialismo o la intervención americana en la Segunda Guerra Mundial, contienda en la que perdió a su hijo Geddes Mumford; y no dudó en sacrificar por ello incluso sólidas amistades –como Wright-. Y, tras aquella guerra, sostuvo una explícita oposición a los usos de la energía nuclear, militares e incluso civiles, pese a que ello le granjeara el aislamiento de las corrientes “progresistas” de la época; y, más adelante, se posicionó contra la Guerra de Vietnam, y a favor de los movimientos pacifistas.

21. *The Conduct of Life*. Harcourt, Brace and Co. Nueva York, 1951, p. 235 (Wojtowicz, 1998: 162).

22. Este grupo de idealistas se opone a los excesos del capitalismo industrial, que creen puede ser reformado mediante la aplicación de la inteligencia a los problemas sociales. Proponen respuestas culturales a problemas políticos y viceversa, porque atribuyen a la política una función moral y –como sus homólogos europeos– su acento se sitúa en la ciencia y en la tecnología. Esta creencia en el poder de las ideas hará que Mumford desarrolle una prolongada labor didáctica y crítica, a través de la prensa especializada, de revistas y libros destinados un público amplio y relativamente culto.

Mumford resulta ser, además, un precursor de las ideas ecologistas y un referente para el movimiento ecologista, pese a la desconfianza de éste hacia la ciudad; y en él se inspira, sobre todo, esa fecunda corriente de pensamiento que Murray Bookchin ha denominado “ecología social”. Porque su concepción de la historia humana es la de un “proceso cósmico de crecimiento”, en pugna con el creciente proceso de mecanización; como gran combate entre la libertad y la opresión. Combate el *urban sprawl*, la solución que propone es plenamente ecológica y social: una descentralización del hábitat en comunidades orgánicas, a las que se adapten las instituciones democráticas, que combinen la unidad con una diversidad tanto social como visual, y que estén enraizadas en las realidades natural y cultural de su región. Reconoce la deuda de su propuesta de ciudad regional con la idea original de ciudad jardín de Howard, porque:

“La propuesta de Howard reconocía las circunstancias biológicas y sociales, junto con las presiones psicológicas, que están en el trasfondo del movimiento actual hacia los suburbios [...] No tanto por sus espacios internos abiertos, que la harían cercana al modelo típico suburbano, sino más bien porque se establecía un entorno rural permanente [...] haciendo del área agrícola que la rodeaba una parte integral de la forma de la ciudad. Su invención de un cinturón verde, inmune a la construcción urbana, era una medida de política pública para limitar el crecimiento lateral y mantener el balance entre lo urbano y lo rural” (1956: 395-396).

En definitiva, como antes lo hicieran Reclus, Kropotkin y Geddes, propone un regionalismo orgánico, al propio tiempo ecológico, cultural y político; que asegure en vínculo entre el particularismo local y las dimensiones globales (Clark, 1998: 58-9). Pero, como ha señalado Ramachandra Guha (1994), en su interesante análisis de la filosofía ambiental de Mumford, éste ha sido olvidado por los ambientalistas americanos²³, pese a que le hagan mayor justicia los ecologistas de otras culturas.

1.3. Un autor prolífico y transdisciplinar

Mumford fue un prolífico autor, con veintitrés libros y 1.000 artículos publicados. Durante casi un siglo fue el más preeminente crítico americano de arquitectura y de urbanismo, de alcance más cultural que académico, vinculado a publicaciones periódicas especializadas. Faceta que se inicia tempranamente, entre 1919 y 1922, con su debut en revistas literarias y políticas como *The Dial*, *The Freeman* y *The New Republic*. A través de sus contactos con Patrick Geddes y su grupo, y tras un artículo sobre *Making of the Future* –de Geddes y Brandford– fue requerido por

23. Son varias las causas que Guha indica como responsables esta ausencia de recepción de Mumford por el movimiento ambientalista de su propio país. En primer lugar, y a diferencia de la simplista dicotomía biocéntrico/antropocéntrico del ambientalismo radical, hizo hincapié en la diversidad cultural, en las relaciones de poder y en la reforma social. Además, y a diferencia de aquél, Mumford es un internacionalista que siempre se opuso al nacionalismo americano y su expresión más extrema, el aislacionismo. Finalmente, siendo un pensador de intereses tan amplios, no es difícil enfatizar sus contribuciones fundamentales en otros campos, olvidando las raíces ecológicas de su trabajo.

Victor Brandford en 1920 para desempeñar la función de redactor jefe de la *Sociological Review* (Londres), publicación de la Sociological Society creada por Geddes en 1903, tarea que desempeñó durante cinco meses (Wojtowicz, 1998: 30-5). Es mucho más conocida su tarea madura como colaborador de otros medios, en los que ejerce una función de crítica puntual y aplicada, sobre todo desde su columna "The Sky Line" (1931-63) del prestigioso semanario *New Yorker*, o con sus artículos en publicaciones especializadas²⁴, americanas o británicas, como *Architectural Record* (1937-68), *Town Planning Review* (Liverpool), la también inglesa *Architecture*, el *Journal of the American Institute of Architecture, Landscape*, y la alemana *Die Form*; hasta convertirse en la "consciencia urbana americana".

En cuanto al grueso de su obra, citaremos tan sólo sus hitos más significativos. Las favorables críticas recibidas por *The Story of Utopias* (1922), su primer lance editorial, le valieron un sitio en la comunidad literaria americana. La ayuda obtenida en 1932 de la Fundación Guggenheim le permitió pasar meses en Europa, y sistematizar durante esta estancia sus ideas sobre la técnica, el urbanismo y –en general– sobre la vida social y cultural. *Technics and Civilization* (1934) supone su debut en la arena internacional. La publicación de *The Culture of Cities* (1938), su obra más acabada, le situó como la más destacada autoridad de la historia urbana y de la planificación en Estados Unidos²⁵ y de Gran Bretaña, donde la receptividad a sus ideas se reduplicó por su afinidad con las de Ebenezer Howard y Patrick Geddes. Por *The City in History* (1961), sin duda el más célebre de sus libros, le fue concedida el *National Book Award* para la no ficción en 1962; y sus libros son ya de lectura obligada para todo urbanista²⁶ (Wojtowicz, 1998: 1, 35, 105, 139, 144, 157; Choay, 1991: 603). Antes de su muerte, a los 94 años, recibió numerosas distinciones, entre ellas la *Presidential Medal of Freedom* (1964) –que no recogió, la *Benjamin Franklin Medal* (1983), la *Medalla Nacional de las Artes* (1986) y otras muchas²⁷; así como la nominación de miembro honorífico de instituciones²⁸.

24. Que dan origen a las compilaciones: *The Highway and the City* (1963) y *The Urban Prospect* (1968).

25. Su fotografía apareció en la portada de la revista *Time* (IV-1938) que le calificó "como el más perceptivo, severo y experto columnista de crítica arquitectónica de los Estados Unidos"; y numerosas ilustraciones de su libro fueron reproducidas por *Life*.

26. Antes de esta fecha, y/o hasta 1970, sus principales obras ya han sido traducidas al castellano, francés, alemán, italiano y japonés; y algunas también al portugués, sueco o finés. Las librerías americanas habían vendido, hasta 1989, 500.000 ejemplares de las obras de Mumford, de los cuales 100.000 correspondían a *The City in History* (Paquot, 2000: 16, 187-8).

27. Como la *National Medal for Literature* del National Book Committee (1972), la *Gold Medal* del Royal Gold Town Planning Institute (1957), y la del Royal Institute of British Architects; la *Emerson-Thoreau Medal* de la American Academy of Arts and Sciences, la *Gold Medal for Belles Letters* del National Institute of Arts and Letters, la *Hodkins Gold Medal for Ecology* de la Smithsonian Institution, la *Townsend Harris Medal* (1939), la *Ebenezer Howard Memorial Medal* (1946), y la *Medal of Honor* de la Fairmont Park Art Association (1953). En 1975 fue nominado Knight Commander of the British Empire; y en 1976 la Fondazione Cino del Duca le otorgó el premio que anualmente otorga a los estudiosos cuyo mensaje es particularmente relevante para la humanidad.

28. Como el Royal Institute of British Architects, el American Institute of Architects, el Town Planning Institute –como vicepresidente honorario– y la International Housing and Town Planning Federation.

La extensa obra publicada de Mumford se centra en trilogía temática de historia de: la técnica y el poder, la ciudad regional y su arquitectura, y la personalidad humana²⁹, sin desdeñar temas como las utopías, el arte y la literatura. Cronológicamente su primera obra es *The Story of Utopias* (1922), en la que ensaya elaborar una utopía cívica americana; *Stick and Stones* (1924) trata sobre la primera tradición arquitectónica estadounidense, contextualizada en sus parámetros sociológicos y estéticos; *The Golden Day* (1926) se consagra a la época de Thoreau, Emerson y Hawthorne, momento privilegiado y original para la cultura y la nación americana; *The Brown Decades* (1931), texto particularmente importante para su concepción arquitectónica describe el final de este periodo de esplendor tras la guerra civil. Y esta obra señala el término de la primera etapa de Mumford, centrada sobre la tradición cultural y la ciudad americanas.

En 1934 se inicia el segundo periodo en su obra, dedicado a la técnica y al hecho urbano. *Technics and Civilisation*³⁰ (1934) es una historia de la técnica, que ha estructurado la civilización occidental, pero que amenaza sus valores nucleares, rompiendo las continuidades culturales y sometiendo el hombre a la máquina. Un tema que volverá a retomar en los dos volúmenes de *The Myth of the Machine* (1967 y 1970), aunque en un tono aún más pesimista. Entre los libros dedicados a la planificación urbana y a la arquitectura están: *The South in Architecture* (1941), *City Development* (1945), y *Roots of Contemporary American Architecture* (1952). También reflexiona sobre la personalidad humana en *The Condition of Man* (1944) o *The Conduct of Life* (1951).

Pero, durante el lapso temporal comprendido entre aquéllos libros, la ciudad constituirá el eje principal de principal de sus publicaciones, en cuanto centro neurálgico de la civilización; cuando aquélla languidece, la civilización lo hace asimismo. Se aproxima a su estudio a partir del método de “regional survey” de Geddes y de una forma como la propuesta de la ciudad-jardín de Howard, reiteradamente elogiada por Mumford, y de la que admira sobre todo su relativamente baja densidad y su interdependencia con la región circundante. Como discípulo de ambos maestros, sintetiza lo más relevante y factible de sus ideas (Wojtowicz, 1998: 113-4). Mumford considera la ciudad, al igual que la máquina, como expresión y auxiliar de la personalidad humana y de la cultura; en definitiva, como generadora de cultura y espacio de interrelación, pero amenazada por su propia evolución y por la política contemporánea; proponiendo a modo de alternativa un urbanismo polinuclear, correlativo del regionalismo, de la integración de la naturaleza y del medio urbano.

A este respecto, *The Culture of Cities* (1938) será su obra nuclear, concebida como estudio histórico para desentrañar las fuentes de ciudad y civilización modernas y proponer alternativas racionales a éstas. Mumford se beneficia del

29. En neta correspondencia con las respectivas categorías sociológicas de Geddes: trabajo, lugar y folk

30. Este libro es el primero de una tetralogía que, con la denominación de *The Renewal of Life*, también comprende *The Culture of Cities*, *The Condition of Man* y *The Conduct of Life*.

bagaje de conocimientos previos, como el método de la sociología urbana de Geddes, y de su experiencia práctica en la RPPA, inteligente y críticamente aplicados a la lectura del pasado. En esta obra propone la ciudad medieval, románticamente idealizada, como paradigma comunitario, desnaturalizado a posteriori por el mercado capitalista y la centralización del poder, desembocando en la ciudad barroca. Es preciso recrear un nuevo tipo de ciudad, posibilitado por las nuevas técnicas y que, rompiendo con la centralización y las densidades patológicas, la especulación del suelo y la congestión circulatoria, permitiría a aquélla adaptarse a una escala humana e integrar las pequeñas ciudades resultantes en el ecosistema regional. Con el resultado de una ciudad en la que exista una comunidad integrada, cuyos espacios públicos sirvan como soporte relacional de sus habitantes. Porque de otro modo la Megalópolis, que reemplaza a la *coke-town* industrial a partir de 1890, degeneraría en la necrópolis pronosticada por Geddes³¹. Sin embargo, Mumford no rechaza del todo a la Megalópolis porque, pese a sus inconvenientes, es un poderoso generador de ideas e innovaciones, que es preciso reformar. *The Culture of Cities* gozó de una extraordinaria acogida en todo el mundo, a juzgar por traducción a muchas lenguas, pese a su visión menos convincente –entre romántica y fatalista– de la evolución urbana; pero quizás especialmente en Gran Bretaña, cuyos urbanistas estaban ya familiarizados con las ideas precursoras de Howard y de Geddes (Ferrarotti, 1992: 58-9; Hernández, 1995: 19-22; Wojtowicz, 1998: 136-41 y 144).

Estos planteamientos se desarrollan en *The City in History* (1961), su trabajo más acabado y sistemático. Desde comienzos de los cincuenta, Mumford acariciaba la idea de revisar y completar *The Culture of Cities*, pero acabó escribiendo un nuevo libro, pese a que varios de sus capítulos históricos –dedicados a la ciudad medieval e industrial– retomen al anterior, aunque aquí se remonta hasta la antigüedad para definir los orígenes y la vocación de la ciudad hasta nuestros días, identificar su estructura y funciones. La ciudad es centro de cultura y sinónimo de civilización, y la existencia humana sería inconcebible sin ella (Wojtowicz, 1998: 154-7; Paquot, 1992: 593). Como de costumbre Mumford analiza tanto rasgos materiales –construcción y arquitectura, útiles y técnicas– como ideativos –religiones, creencias, mitos y mentalidades de la cultura urbana– a partir de una vasta erudición, puesto que utiliza más de 1.200 referencias bibliográficas. Esta historia de las civilizaciones urbanas gira en torno a los referentes idealizados de la ciudad medieval y de la renacentista italiana. Su visión de la ciudad industrial, la sombría *coke-town*, no difiere demasiado de la de otros críticos de la misma, desde Dickens hasta Engels. La ciudad moderna representaría la triste victoria del maquinismo y del funcionalismo, con la consiguiente proliferación de las megalópolis, combinación de centros desurbanizados y de metrópolis, concebidas para el uso del automóvil en detrimento de la sociabilidad y de sus espacios; y, por otra

31. La profusión de ilustraciones que, como es usual en las publicaciones de Mumford, se insertan en esta obra, ejemplifican los arquetipos de cada etapa evolutiva de la ciudad. La medieval está representada por Lübeck, la barroca por París, y la Megalópolis por Nueva York. Y para visualizar el nuevo orden regional recurre a fotografías de la Tennessee Valley Authority, el más nítido símbolo de la planificación propia del New Deal. En cuanto a la ciudad regional, es representada por la Broadacre City de Wright, el plano de Le Corbusier para Nemours, o las fotografías aéreas de Radburn y Welwin; las modernas viviendas arquetípicas son aquí las de Greenbelt y Römerstad.

parte, de la suburbialización generalizada, lugar de un individualismo mediocre. El peligro de esta forma de modernidad encarnada por las metrópolis sería la destrucción de la cultura y de la modernidad. En definitiva, esta obra es mucho más pesimista con respecto al futuro de la ciudad que la precedente, y su autor observa con amargura que se han cumplido muchos de los peores pronósticos de aquella. Mumford denuncia el destino catastrófico que se cierne sobre la civilización urbana si no se produce una movilización para controlar el crecimiento indefinido de las grandes aglomeraciones, y apuesta por la ciudad-jardín como alternativa. Por una ciudad equilibrada, a medio camino entre la concentración y la dispersión, de dimensiones limitadas, integrada en una red, y que combine las ventajas de la comunicación, de un estilo de vida humanista y del sentido de comunidad. Obra de referencia, de lectura atractiva y mensaje combativo, cuyo mensaje supera el paso del tiempo y de las nuevas lecturas históricas.

Otros libros menores de Mumford en torno al hecho urbano, antologías de artículos, ensayos e informes de crítica puntual, son *The Highway and the City* (1963) y *The Urban Prospect* (1968), en los que denuncia el papel alienador de la arquitectura y del urbanismo supuestamente progresistas, como la rigidez del hábitat propuesto por Le Corbusier. Y finalmente el propio Mumford compendia en un artículo de enciclopedia su visión del fenómeno urbano: "Ciudad. Formas y funciones" (1968). Tras estudiar estos y otros aspectos de la ciudad –antecedentes, orígenes, componentes, perspectivas– critica tanto al urbanismo dispersionista como al que apuesta por la concentración de los centros urbanos existentes. Para adscribirse a sí mismo y a otros notorios autores en la única escuela que habría señalado los factores que provocan tanto la congestión metropolitana como la dispersión exurbana, a la que denomina de integración regional y urbana³². Insiste aquí en su propuesta de un sistema urbano integrado por unidades celulares, de tamaño y extensión limitados, formando parte de una red regional, que conserve una matriz rural –natural y/o cultivada–. Las ciudades oscilarían desde 30.000 hasta 300.000 habitantes, y la red regional contendría unos diez millones (1974: 390).

Todas estas facetas convierten la imagen de Mumford en el arquetipo del intelectual, dotado de un saber pluridisciplinar y comprometido en la consecución del bien común. Lejos de limitarse al análisis de la ciudad o de sus relaciones con la cultura y la técnica, su mensaje y su obra son los de un ciudadano comprometido con la tarea de reconvertir a escala humana la sociedad metropolitana. La magnitud de su figura representó una especie de poder moral contra los excesos de la urbanización contemporánea.

1.4. Miradas críticas sobre un crítico

Pero, como no podía ser de otro forma, la obra Mumford no está exenta de críticas. Sus detractores verán en él un retrógrado inspirado en modelos del

32. A la que pertenecerían Howard y sus continuadores: Unwin, Wright, Stein y Osborn; así como por los regionalistas: Geddes, MacKaye y el propio Mumford (1974: 389).

pasado, cuando no un defensor de una planificación a ultranza, aunque ecológica. Incluso algunos de sus partidarios más fervientes, le presentarán como un precursor incomprendido. Otros, desde la izquierda, denunciarán que Mumford no ofrece estrategia política alguna para lograr esa federación de repúblicas regionales, cómo se va a efectuar ese profundo cambio social y cultural; cuyo motivo quizás haya que detectarlo su la visión orgánica del cambio gradual y equilibrado, heredada de Geddes (Hernández, 1995: 19).

Entre los críticos de notoriedad individual se cuenta la filósofa del urbanismo Françoise Choay, que ya en 1961 le incluyera en su galería de grandes urbanistas. Subraya su visión apocalíptica de la historia, basada en fuentes secundarias, a diferencia de sus penetrantes análisis de los ámbitos arquitectónico, urbano y regional; y le reprocha haber idealizado la ciudad medieval. Pero el saldo sería positivo, puesto que “el mensaje de Mumford a favor de un eco-urbanismo a escala humana conserva hoy su pertinencia y su urgencia” (1991: 603). Más recientemente Choay comparará a Mumford con el sociólogo francés –del trabajo y de la técnica– Georges Friedmann, y reivindica la validez de su denuncia puntual y empírica, en sus artículos periodísticos, de la racionalidad tecnocrática y de la economía salvaje; muy por encima, a su juicio, de “la crítica pseudofilosófica que informa las grandes obras históricas de Mumford”. Este, que denuncia ácidamente las propuestas de Jane Jacobs e ignora las Wirth, estaría anclado en la utopía y en un moralismo reductor, que “privan a su obra de todo valor epistemológico y heurístico”. Siempre a juicio de Choay, supo entender que la técnica ponía en juego los valores inherentes a la condición humana pero, ensimismado con la pequeña ciudad de tipo arcaizante, no pudo explicar “ni la naturaleza de estos valores, ni la especificidad del mundo urbano actual y de sus problemas” (1996: 47).

Morton y Lucía White encuadraron a Mumford en una corriente de pensamiento antiurbano, característica de la tradición intelectual americana, y –como el más erudito– su mayor representante. En sus críticas contra la metrópoli y del escenario urbano americanos convergerían todas las variedades de sentimiento antiurbano existentes desde la Guerra de Secesión. Le reprochan su “metafísica organicista” y su afirmación de que una ciudad originada en y para la guerra, habría destruido al ser humano total. Pese a todo, le reconocen plausibilidad “cuando comunica ideas estéticas, psicológicas y morales, así como impresiones sobre los defectos de la ciudad”. Y resulta de mayor interés para nuestra comprensión de la ciudad multicultural postmoderna, la observación por parte de los White “de que –para Mumford– la ciudad auspicia la paz internacional al reunir en un lugar relativamente pequeño seres de odas las razas y culturas, con sus costumbres, vestimentas y comidas propias” (1967: 198-201 y 229-30).

Pero la polémica más agria fue, sin duda, la entablada con la también urbanista crítica y neoyorkina Jane Jacobs, entre un defensor de la planificación global y una abogada de la diversidad urbana, pese a la aparente afinidad de ambos (Chase, 1996; Wojtowicz, 1998: 158; Paquot, 2000: 16). Jacobs, que publica su *The Death and Life of Great American cities* en 1961, se convierte en la principal adversaria de Mumford durante los sesenta. Defiende el dinamismo de las grandes ciudades, de su diversidad, de la densidad, de la calle. Y ataca a

los urbanistas “descentralizadores” que desconfían de aquéllas, y cuya actuación contribuye a debilitarlas, cuando el supuesto caos no sería más que diversidad. Y Mumford es el ejemplo prototípico –con Le Corbusier– ya que su libro *The Culture of Cities* (1938):

“... puede pasar perfectamente por un morbosos y parcial catálogo de enfermedades. Designaba a las grandes capitales con los nombres de Megalópolis, Tiranópolis, Necrópolis: una monstruosidad, una tiranía, una carnicería de la vida y sus actividades. Algo espantoso. El centro de Nueva York era un caos petrificado” (1973: 25).

Mumford no entiende la razón de esta amalgama y replica, en *The Urban Prospect*, acusando a su oponente de carecer de datos o no saber interpretar las causas de la patología social; y defendiendo la ciudad-jardín, cuyos equipamientos la harían preferible a Nueva York, e incluso al refugio de Jane Jacobs, Greenwich Village. Acusa a Jacobs de defender posiciones retrógradas y nostálgicas, reprochándole la ausencia de innovaciones y caricaturizando sus propuestas como “Remedios caseros para el cáncer urbano”³³.

2. NUEVA YORK: LA CIUDAD VIVIDA Y SOÑADA

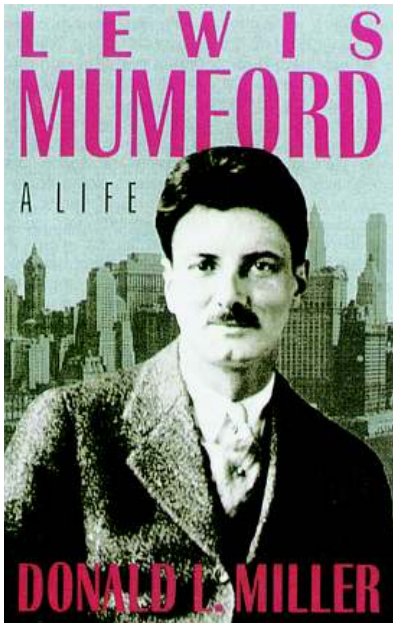
Ninguna ciudad recibe tanta atención en los escritos de Mumford como su nativa Nueva York. Pero su relación con ella es dialéctica: aprecia sus excepcionales oportunidades educativas y culturales, y rechaza su exagerado tamaño y superpoblación. Como ideal aspira a que las ventajas de la ciudad y del campo puedan ser integradas armónicamente en un sistema regional, como ya propusieran sus mentores: Reclus, Kropotkin, Howard y el propio Geddes. Mumford, nacido en Flushing (Amenia, Long Island), vive su niñez y adolescencia en Manhattan y pasa sus vacaciones estivales en Vermont. Ambos territorios le enseñan a leer las claves de la cultura urbana y el libro de la naturaleza, cuya síntesis será la clave de su vida y de su obra. En su madurez decide residir en la periferia rural, primero –en 1936– en una casita de campo de Amenia –en el condado de Dutchess (Nueva York), y después en la vecina Leedsville, hasta su muerte en 1990. Aunque la ciudad es su ámbito más condicionante, hasta el punto de autodefinirse como un “city boy”, un neoyorquino específicamente hijo de Manhattan. En general, y como él mismo afirmara en 1967:

“Como discípulo de Geddes, aprendí a estudiar las ciudades y las regiones sin intermediarios, viviendo y trabajando en ellas, y recorriendo cada una de sus partes a pie; así lo hice no sólo con mi ciudad natal, Nueva York, sino con muchas otras, pequeñas y grandes, como Filadelfia, Pittsburgh, Boston, Londres, Edimburgo, Honolulu, Berkeley, Ginebra... por no citar también pequeñas localidades como Palo Alto, Middletown, Hannover y el caserío de una docena de casas, en el Dutchess County, en el que hallo el retiro necesario

33. Título de un artículo del *New Yorker* (1962) incluido en *Perspectivas urbanas* (1969), pp. 253-285.

para escribir mis libros” (1969: 288) [...] Más de cinco séptimos de mi vida los he pasado en ciudades, principalmente en grandes metrópolis” (1969: 288).

Desde su columna “Sky Line” (1931-68), en el semanario *New Yorker*, ejerció una crítica urbanística aplicada a Nueva York. Consecuente con su visión de la planificación territorial, mantuvo una controversia –a partir de 1931– con Thomas Adams, director del *Plan Regional de Nueva York*, que ilustra el contraste entre utopía y razón práctica (Friedmann y Weaver, 1981: 19). A mediados de los cincuenta, la ciudad ya experimenta un extraordinario boom de la construcción y un incremento de su congestión espacial. Mumford denuncia los aspectos más sórdidos de esta caótica urbanización, redoblando sus esfuerzos para alentar una reconstrucción de la metrópolis a escala humana, de modo que “ofrezca el máximo de posibilidades para encuentros particulares, cooperación social, y transacciones de todo tipo”. Pero, hacia el final de esta década, el Nueva York de su adolescencia ha



La vida y la obra de Lewis Mumford son inseparables de su Nueva York natal.

desaparecido o se ha convertido en irreconocible³⁴. En 1982 –en el primero de sus escritos autobiográficos– contempla con un cierto desencanto la ciudad de los años ochenta, en la que poder metropolitano y prosperidad contrastan vivamente con violencia y desorden, comparándola con el Nueva York de su juventud, vista como segura, próspera y moral (Hall, 1996: 374).

Mumford profesó una verdadera pasión por aquel Nueva York, pese a su opción por el modelo de pequeña ciudad. Los años de su infancia transcurren en el West Side pero, con su abuelo adoptivo, experimenta como paseante los lugares más diversos de la ciudad. Más tarde, ya adolescente, éste alumno de la Stuyvesant prefiere gastarse el dinero del tranvía en golosinas para regresar andando hasta su barrio, cruzando diagonalmente la ciudad e impregnando su retina con un paisaje urbano en plena mutación³⁵. En la primavera de 1917, cuando el ya joven

34. Como paradigmas de esta brutal transformación están la desordenada multiplicación de la red viaria, la deconstrucción de la emblemática estación Pennsylvania, o el trazado del Narrows Bridge, que Mumford denuncia en sendos artículos de su columna, entre 1955 y 1959. Incluidos en sus antologías *Le piéton de New York* (2000): “Circulation et santé urbaine” (pp. 123-33); y *La carretera y la ciudad* (1966): “La pesadilla de la estación Pennsylvania” (pp. 193-203) y “El límite está en el cielo” (pp. 281-90).

35. Cfr. sus escritos autobiográficos: “Un’infanzia newyorkese. Ta-Ra-Ra-Boom-De-Ay” y “Un’adolescenza newyorkese. Tennis, equazioni e amore”. En: *Passeggiando per New York* (2000), pp. 5-25.

pensador estaba cruzando el puente de Brooklyn, la combinación del momento y de la luz, la contemplación del *skyline* de Manhattan, del East River y del puente, de la fuerza y la belleza de la urbe, conectados con su “estado de ánimo y la disponibilidad interior”, producen en su ánimo una excelsa epifanía que describe en términos iniciáticos, como una comunión entre su yo y el espíritu de la ciudad en su conjunto:

“Hela aquí, mi ciudad, inmensa, poderosa, inundada de energía y de luz [...]. Y aquí yo, que respiro el viento de marzo, abrevando en la ciudad y el cielo, capaces de contenerme en su inmensidad [...] El mundo, en aquel momento, se abrió de par en par ante mí, desafiándome y atrapándome, pidiendo algo de mí que se necesitaría más de una vida para dar, pero haciendo emerger todas mis energías [...] Ante aquella improvisada revelación de poder y de belleza se desvanecieron para mí todas las confusiones de la adolescencia, y golpeé las piedras del puente con una nueva fe que procedía no sólo de mi yo aislado, sino de las energías colectivas con las que me estaba enfrentando y las alturas a las que era llevado (Mumford, 1982: 130)”.

Mumford no volvería a vivir una experiencia tal, un verdadero rito de paso cuya exultación define “como la de un orgasmo en el cuerpo de quien se ama”, como la culminación de una vida, que disipa todas las incertidumbres de su adolescencia (Amendola, 2000: 55-6; Wojtovicz, 1998: 24). Pero a partir de este momento, la conexión establecida entre Mumford y Nueva York perduraría hasta el final de su vida. La ciudad en su conjunto, y Manhattan en particular, se convirtió en objeto preferente de su crítica urbana y arquitectónica, en un contradictorio objeto de deseo pese a constituir el arquetipo de metrópolis, la antítesis de su modelo urbano. Así pues, resulta simplista la intención que Jane Jacobs (1967: 25) atribuyera a Mumford de borrar del mapa Nueva York, en irremediable involución hacia la necrópolis (Chase, 1996: 119; Wojtovicz, 1998: 158; Paquot, 2000: 16); y más aún que –según ésta– el rechazo de tal arquetipo ensombreciera su semblante al contemplar la ciudad (Parin, 1999: 18).

El propio puente de Brooklyn –¿el más hermoso del mundo?– no parece ajeno a la catarsis descrita. Como aclara el crítico de arte Robert Hughes, esta obra maestra de los Roebling, padre e hijo³⁶, (1869-1883) representó para los neoyorkinos lo mismo que la torre Eiffel sería –poco después– para los parisinos. Mumford afirmó que el puente es el pináculo de la ingeniería decimonónica³⁷, una síntesis de tecnología y de cultura, de la arquitectura del pasado y de la del futuro; añadiendo, en términos casi líricos, que conjuga piedra y acero, la solidez de sus contrafuertes de granito con la flexibilidad de los cables de acero de la

36. John August Roebling (1806-1869), “diseñó el puente de Brooklyn, que entre 1869-83 construyó su hijo Washington. Construyó puentes en el Niágara (1851-55) sobre el río Monongahela, cerca de Pittsburgh (1846), y el de Brooklyn, cuyos trabajos preliminares comenzaron en 1868. Siguió el principio del puente colgante de Seguin, en el que las cargas se transmiten a un cable continuo que corre a lo largo de toda la estructura” (Mumford, 1960: 213).

37. Este icono de la modernidad es un triunfo del periodo paleotécnico: “Una gran masa unida a una gran delicadeza y una solución habilidosa a un problema difícil” (1971[1934]: 263).

catenaria³⁸ (Wojtowicz, 1998: 51, 64). Su pasillo de madera también ha sido un camino cuasi iniciático para otros ilustres peatones³⁹. El mito de esta ciudad extrema, epítome de la modernidad, se ha globalizado a la cultura y al imaginario colectivo de la humanidad toda; y sucumben a su fascinación incluso los intelectuales con mayores reservas hacia el arquetipo urbano y social que representa aquélla⁴⁰.

3. LOS PLANTEAMIENTOS DE MUMFORD, LA TEORÍA SOCIOLÓGICA Y LA ANTROPOLOGÍA CULTURAL

3.1. Conexiones y desencuentros de Mumford con la tradición sociológica

Pese a las relaciones, tanto temáticas como –en menor grado– existentes entre Mumford y la sociología, rara vez se le relaciona con la tradición sociológica, por diferentes motivos. Sus conexiones preferentes se establecen con autores como Patrick Geddes y Victor Brandford, a la postre marginales para la tradición sociológica; o con Thorstein Veblen, periférico con respecto a la praxis académica y escolástica. Pese a estas relaciones, a su breve periodo como editor –en 1920– de la *Sociological Review* y a su prestigio intelectual, tiende a no ser considerado como sociólogo por la academia, dado que su quehacer permanece ajeno a la profesionalización de la disciplina y a las definiciones canónicas de la teoría social, a partir de la institución de un panteón de autores “clásicos”, en cuyo culto se ha socializado a generaciones de estudiantes. Mumford permanece

38. En palabras de Mumford: “La piedra contrasta con el acero: la masa granítica en comprensión, la trama de acero en tensión. En esta estructura, la arquitectura del pasado, maciza y protectora, va a encontrarse con la del futuro, liviana, aérea, abierta a la luz, una arquitectura de vacíos más que de sólidos”; esta obra de arte es un “deleite para el artista y el poeta” (1960 [1931]: 87).

39. El famoso crítico literario Alfred Kazin (1915-1998) experimentó, a sus catorce años, una impresión similar al contemplar, un atardecer, el *skyline* neoyorkino desde el puente: “[...] abarqué toda Nueva York con la vista, absorbí la ciudad entera de golpe, mientras ella me miraba fijamente. [...] Ese instante en la plataforma de observación, que quedó impreso para siempre en mi memoria, fue crucial para mí. En ese mismo lugar, en el interior del gran puente, reconocí el corazón de Nueva York. Comprendí al instante que la ciudad era más que el campo material de mi vida, más que un lugar de paseo. Era mi padre, madre, maestro, el único mundo que yo podía conocer entonces, un lugar que tenía que aprender” (*Our New York*. Harper & Row. Nueva York, 1989). Como afirmó Paul Morand (1888-1976) en su *New York* (1929), se necesitan semanas para experimentar el encanto de París, meses para comprender la grandeza de Londres, “pero haceos conducir al centro de Brooklyn Bridge a la hora crepuscular, y en quince segundos habréis comprendido Nueva York” (*Nueva York*. Ediciones Folio. Madrid, 2004: 66). El puente parece desempeñar, con respecto a la percepción de la megalópolis, la misma relación significante que algunos objetos con el Universo en la ficción literaria del realismo fantástico: el Alehp, el Zahir o “El libro de arena” (Borges), o el mapa del rabí Nachman (Buber). Cfr. Alberto Manguel: *En el bosque del espejo. Ensayos sobre las palabras y el mundo*. Alianza. Madrid, 2001, pp. 64-5 y 73.

40. Han experimentado sensaciones de identificación con Nueva York, y de participación en su magia y prestigio, muy diversos y notorios profesionales: escritores (O. Henry), arquitectos (Louis Kahn), sociólogos (Peter Berger) o antropólogos (Ulf Hannerz) [Amendola, 2000: 54-5]. Incluso García Lorca, fascinado por esta “Babilonia trepidante y enloquecedora”, consideró su estancia en Nueva York como la experiencia más importante de su vida.

ce al margen de las grandes tradiciones escolásticas de la teoría social: positivismo, funcionalismo o marxismo, e incluso a la ecología humana y/o urbana⁴¹.

Mumford mantuvo, asimismo, una cierta relación con Howard W. Odum (1884-1954), un sociólogo –hoy olvidado– discípulo de Giddings e impulsor del regionalismo, una de las dimensiones necesarias para los cambios culturales propugnados por aquél; cuyos primeros intereses profesionales se habían polarizado en torno al bienestar público y al papel de los negros en la sociedad sureña. Odum encabezó el grupo denominado Chapel Hill, sociólogos sureños del Institute for Research in Social Science de la Universidad de Carolina del Norte⁴², operativo entre 1924 y la segunda postguerra mundial, verdadero laboratorio de investigación y desarrollo regional; y cuyo órgano de expresión fue la revista *Social Forces*. Postulaban un regionalismo cultural que pudiera resistir el impacto de la industrialización sobre las sociedades regionales⁴³; y su modelo planificador era el de una estructura territorial orgánica, una sociedad a escala regional, en la que se combinaran historia, recursos naturales, clima y tradiciones culturales. Programa no ajeno a una clara intencionalidad política: defender los valores rurales sureños frente a los intereses industriales del Norte y a la cultura metropolitana. Odum trabajó también como director adjunto de investigación de un comité presidencial sobre tendencias sociales, encabezado por el famoso sociólogo William F. Ogburn, de la Universidad de Chicago (Friedmann y Weaver, 1981: 19, 58-66).

Mumford, comprometido con el RPAA, fue un simpatizante a distancia de este grupo e instituto, al que tuvo ocasión de conocer durante su estancia como “visiting lecturer” en la citada universidad en 1949. Odum reconocía explícitamente las influencias de Geddes –sobre todo de su *The Making of the Future*– y de Mumford a través de las ideas expresadas en el *Survey Graphic* sobre planificación regional; pero profesó un regionalismo ecléctico, mezclando las ideas de éstos con teorías psicológicas y/o sociológicas –como las de W. G. Sumner– en una confusa y anticuada perspectiva metodológica⁴⁴ (Tullios, 1990: 111-18).

La ortodoxia sociológica reconoce las aportaciones de Mumford, particularmente al análisis del fenómeno urbano, pero en calidad de intelectual, “escritor”, historiador, o crítico cultural y arquitectónico. Sus planteamientos son deliberadamente valorativos y no sometidos a la brida de una pretensión de objetividad;

41. Un interesante cotejo de Mumford con tres de los *padres fundadores* de la sociología –Durkheim, Marx y Weber– puede verse en: Rochberg-Halton, 1990: 131-41. Tanto o más significativas serían sus relaciones con el pensamiento de Spengler; pero aquí nos interesan más sus nexos con autores coetáneos.

42. A la que Odum se incorporó a comienzos de los veinte con los doctorados de psicología y sociología, obtenidos en las universidades de Clark y de Columbia. Acerca de la escuela del regionalismo y su método de análisis en Odum, cfr. Mac Iver y Page (1963: 78, 357-61).

43. De acuerdo con la sumaria defición de Friedmann y Weaver, Odum y su grupo: “Eran rurales, populistas, académicos profesionales no urbanos, y sus teorías versaban principalmente sobre los problemas del subdesarrollo, las zonas marginales y la pobreza”.

44. Odum y su instituto se implicaron, desde el comienzo de la Guerra Fría, en contratos con las fuerzas armadas y con las plantas de energía nuclear, es decir con los sectores más irracionales de ese *Pentagon of Power* que Mumford denunció desde su perspectiva crítica (Tullin, 1990: 120).

y por ende, pese a su vasta erudición, su estilo expositivo se aleja de los cánones académicos para adoptar un tono “popular”; sin citas eruditas, a la que sustituye una amplia bibliografía comentada. Un generalista como él asocia temas y miradas que las diversas ciencias sociales consideran como campos deslindados y acotados de investigación. Su visión de la Ilustración y de la sociedad industrial, contextos nucleares –intelectual y socioeconómico– de la teoría sociológica, difiere sustantivamente de las ofrecidas por ésta, y cuestiona los postulados que dan por supuesto el carácter inevitable y progresivo de la modernidad (Rochberg-Halton, 1990: 127-31). Por consiguiente, la academia sociológica juzga con displicencia su obra; como lo hace Lewis Coser en su recensión de *The Pentagon of Power*⁴⁵, en la que caricaturiza a Mumford como un profeta melancólico que aborrecería casi todas las ideas y realizaciones modernas⁴⁶. Y, tanto en éste como en otros campos disciplinares, Mumford es caricaturizado recurrentemente como un defensor de la ciudad jardín, enemigo del urbanismo metropolitano, y nostálgico del municipalismo medieval.

Los nexos más netos de Mumford con la sociología americana contemporánea son los existentes con Thorstein Veblen⁴⁷ (1857-1929), precursor al propio tiempo de la antropología económica, y sin otra incardinación académica o escolástica que la crítica social americana. La influencia de Veblen comienza a detectarse en algunos pasajes de los artículos de Mumford ya en 1918, cuando éste se halla sometido plenamente al influjo de las teorías de Geddes. El joven Mumford admira al veterano sociólogo, comparte su escepticismo acerca de del carácter progresista y racional del capitalismo, así como las tesis de la *Teoría de la clase ociosa* (1899), sin duda la principal obra de Veblen. Mumford, haciéndose eco de éstas, equipara la “necesidad biológica” de la producción con diversas actividades simbólicas como medio de realización humana, y en cuanto elementos constitutivos de la cultura (Diggins, 1983: 110-1 y 140-3; Wojtowicz, 1998: 27 y 30-1). Ambos ven el periodo de producción artesanal como un equilibrio entre trabajo y ocio, cotidianeidad y fiesta, esfuerzo disciplinado y juego irresponsable; hasta que un capitalismo rapaz se apodere de la ciencia y sustituya los valores humanos por los monetarios. Y comparten, asimismo, la visión causal de la técnica en la evolución de la sociedad y de la cultura.

45. En *Contemporary Sociology*, núm. 1 (1972), pp. 38-9. Otro notorio sociólogo, David Riesman publicó, años más tarde, un artículo sobre la obra de nuestro autor: “Some Observations on Lewis Mumford’s *The City in History*”. En: *Salgamundi*, núm. 49 (Summer 1980), pp. 80-6. Existe una tesis doctoral sobre la relación de Mumford con la sociología americana: la de S. F. Kingsland: *Lewis Mumford and American Sociology*. University of New Hampshire. Dai, 49 (10), 3176-A.

46. Otras críticas de la academia sociológica, como las del notorio funcionalista Edward Shill, se dirigen más bien contra la postura de Mumford, opuesta al nacionalismo americano (1983).

47. Ambos coincidieron como redactores de la revista quincenal *The Dial* durante la mitad del año 1919, junto a John Dewey, la notoria feminista Helen Marot y la futura esposa de Mumford, Sophia Wittenberg. Periodo éste durante el que Mumford pudo cultivar sus intereses sociológicos, científicos, filosóficos y estéticos. Al efecto, nuestro joven autor se matriculó en un curso sobre el moderno desarrollo económico impartido por Veblen en la New School for Social Research, tipicado como estudios superiores de postgrado; institución académica donde simultáneamente Dewey dictaba lecciones. Este es el momento en el que alcanza el pináculo de su popularidad un Veblen que ha destronado a Dewey en los círculos intelectuales, y su *Teoría de la clase ociosa* acaba de reeditarse, a finales de 1918.

Mumford constata el intento, por parte de clásicos como Werner Sombart y Max Weber, de formular una teoría general del desarrollo urbano (1974: 385). En otro lugar hacemos referencia a la valoración crítica formulada por Mumford –en *La cultura de las ciudades* (1945)– acerca de los sociólogos urbanos de Chicago, escuela hacia la que mantiene una ambivalente actitud. Les imputa una inadecuada utilización de datos cuantitativos, la ausencia de contextualización espacio-temporal, más la reducción del estudio de la ciudad a su forma metropolitana contemporánea en su versión norteamericana. En definitiva la ecología humana no debiera limitarse, a su juicio, al estudio de las relaciones sociales sino al campo más amplio de las existentes entre el contexto físico-biológico, el medio social y las expresiones culturales (III, 25-7).



En *La ciudad en la historia* se hace eco de sendas obras de Robert Park⁴⁸ y del staff de la Escuela de Chicago; y, pese a su distancia crítica de la misma, califica como “valiosas contribuciones” las de éste grupo de sociólogos urbanos que entienden la ciudad “como formación ecológica” (1966: 859); aunque incurren en “considerar a la metrópolis americana contemporánea como la culminación de un proceso universal” (1974: 385). Sin embargo Mumford no supo reconocer a tiempo la perspicaz aportación de Wirth (1938) a la comprensión del estilo de vida urbano⁴⁹; aunque encuentra en los *Selected Papers* (1956) de éste: “uno de los mejores productos de la escuela sociológica de Chicago”, con notorios análisis del localismo, el regionalismo, la centralización, la región metropolitana como unidad de planificación, y el urbanismo como modo de vida; pero a quien reprocha su manifiesta preferencia por la gran ciudad (882). De los estudios de comunidad, como los de los Lynd sobre *Middletown* (1929 y 1937), critica sus definiciones metodológicas por soslayar el aspecto geográfico y las referencias culturales comparativas (852). En general no escatima críticas para los modelos

48. Se trata de *Human Communities: the City and Human Ecology*, vol. II (1916-1939) de los *Collected Papers of Robert Ezra Park*, ed. por Everett C. Hughes et al. Free Press. Glencoe (Ill.), 1952; y de la publicada en colaboración con E. W. Burgess y R. D. Mackenzie: *The City: with a Bibliography by Louis Wirth*. University of Chicago Press. Chicago, 1925. En la biblioteca personal de Mumford, conservada hoy por la Monmouth University'sw Guggenheim Memorial Library, existe al menos otro libro de Park y Burgess: *Introduction to the Science of Sociology*. University of Chicago Press. Chicago, 1921; con anotaciones manuscritas por aquél, que corroboran las apreciaciones ya expuestas acerca de la sociología de la emergente Escuela de Chicago (cfr: <http://www.monmouth.edu/library/mumford/park.html>)

49. Cuyo memorable artículo sí es citado por Mumford en 1974 (391): “Urbanism as a Way of Life”, en: *American Journal of Sociology*, vol. 44 (1938), pp. 1-24. Aquí también cita un artículo de Ernest W. Burgess: “The Determination of Gradients in the Growth of the City”, en: *American Sociological Society: The Progress of Sociology*. University of Chicago Press. Chicago, 1927, pp. 178-84.

analíticos de sociólogos y economistas, que ignoran las aportaciones de la biología, de la antropología o de la historia. La pléyade de tratados sobre urbanización, publicados a partir de 1930, no han “aclarado suficientemente los problemas que se refieren al origen, naturaleza y transformaciones históricas de la ciudad” (1974: 385).

Se hace eco, asimismo, de investigaciones sociológicas europeas sobre la ciudad, como *Paris et l'agglomération parisienne* (1952) de Chombart de Lauwe, “admirable tanto por su alcance como por su método” (1966: 825 y 833), así como de la antología de Georges Friedmann *Villes et Campagnes* (1953). Y también de las aportaciones al análisis urbano de clásicos tales como Sombart, Spengler y Weber, así como de Sorokin (1966: 825, 833, 872 y 880; 1974: 385); quienes habrían intentado formular una teoría de la ciudad, a partir del modelo medieval (1974: 385). Otro clásico, el sociólogo norteamericano Cooley (1966: 823) y su concepto de grupo primario, es fundamental para entender los conceptos de vecindad y de barrio en Mumford⁵⁰. Pero, pese a su familiaridad con el funcionalismo en antropología social, Mumford permanece inmune a la omnipresencia de este paradigma en la teoría sociológica de postguerra. Y también tiene muy en cuenta las aportaciones de David Riesman, en *La muchedumbre solitaria* (1950), relativas al aislamiento de individuos y grupos domésticos en los suburbios de masas, privados de “las ventajas del grupo vecinal primario” (1966: 677, 865).

3.2. Cultura y antropología en la obra de Mumford

La familiarización de Mumford con el pensamiento antropológico es posterior en el tiempo. No se evidenciará de forma significativa hasta *El mito de la máquina* (1969 [1967]), donde explora los orígenes de la cultura y el papel desempeñado por el lenguaje, los ritos y símbolos, y la organización social en la génesis de la civilización contemporánea. Aquí incorpora las aportaciones de una veintena de antropólogos sociales, entre los cuales encontramos a clásicos como Boas, Lowie, E. B. Tylor, Van Gennep, Hubert y Mauss; pero, sobre todo, a los encuadrados en el funcionalismo, hegemónico en ese momento: Ruth Benedict, Evans Pritchard, Kroeber, Linton, Malinowski, Margaret Mead, Radcliffe-Brown y Redfield; así como White y Hocart.

Esta obra supone una significativa aportación a la nueva antropología simbólica y al giro semiótico de las ciencias sociales en su conjunto (Rochberg-Halton, 1990: 143). Será en ella donde Mumford rechace explícitamente la preeminencia de un *homo faber*, para colocar en su lugar un *homo symbolicus*⁵¹, creador de símbolos y de mitos. Las dimensiones ideativas del hombre en proceso de descubrimiento y autotransformación –su “cultura simbólica”– constituyen un instrumento mucho más sofisticado para el progreso que las funcionales

50. Cfr. su: “Vecindad y unidad de vecindario”. En: *Perspectivas urbanas* (1969), pp. 93-120. Artículo procedente de la: *Town Planning Review* (Liverpool), vol. XXIV, núm. 4 (enero 1954), pp. 256-70.

51. Sin desdeñar por ello las facetas de un *homo ludens* expresadas en “el ritual y las imitaciones, los deportes, los juegos y las representaciones teatrales”.

“cajas de herramientas”, a las que se impone, como ya señalaran White y Tylor, convirtiéndolas en subsidiarias. Las herramientas y la máquina no hubieran podido alcanzar su relevancia sin la existencia previa o simultánea de factores más significativos, como el lenguaje, los ritos –mágicos o religiosos– y la organización social (Mumford, 1969: 19-21). En definitiva, la técnica no se justifica en sí misma, sino en relación con las restantes actividades humanas, comprendidas las no racionales. A modo de corolario afirmará pocos años después, en su prólogo a la nueva edición de *The transformation of Man* (1972):

“Contrariamente a la idea de que la preocupación principal del hombre es la conquista de la naturaleza, está demostrado actualmente que el hombre es en primer lugar un animal que se sirve de su cerebro y fabricante de símbolos, cuya primera gran obra fue la remodelación de su propio organismo y la creación fundamental de una personalidad humana significativamente diferente de su yo biológico original [...] Las principales fuentes de la tecnología avanzada, comprendidos el movimiento repetitivo, la estandarización y la división del trabajo, provienen –como lo ha demostrado, sobre todo, A. M. Hocart– del cultivo del cuerpo en los rituales grupales, en las danzas, y en las invocaciones mágicas” (1974: 6-7).

Pero el concepto de cultura de Mumford, y del papel desempeñado por los elementos ideativos de ésta en su proceso acumulativo, evocado en una autocita al comienzo de este libro, es muy anterior al mismo. Está explícitamente formulado, a modo de síntesis programática, en su introducción a *La condición del hombre* (1960 [1944]):

“La división social del trabajo, que en cierto grado se encuentra en toda sociedad, fue posible por un progreso humano anterior aún: la invención de los símbolos y el desarrollo del lenguaje. Esta es la más específica de las características humanas, la resultante de una respuesta común a un grupo común de símbolos. [...] La representación simbólica hace posible el intercambio de experiencias prescindiendo de las limitaciones inmediatas de tiempo y espacio. [...]

La capacidad de crear símbolos y de responder a ellos es una diferencia esencial entre el mundo de los brutos y el mundo de los hombres. [...] Comunicación, comunión y cooperación, los tres atributos esenciales de la sociedad humana, dependen de la aceptación de símbolos comunes, a los cuales se asocian los mismos significados, funciones y valores. [...] Sólo por medio de los símbolos puede ampliarse las facultades de discriminación y los actos de elección; sólo por medio de símbolos puede librarse de las presiones inmediatas y ordenar los hechos de la vida en una sucesión que ha preordenado y formado en la mente. Así, los símbolos no son sustitutos vicarios de la experiencia, sino medios de acrecentar y ampliar su dominio.

Ritos, arte, poesía, drama, música, danza, filosofía, ciencia, mitos, religión... son componentes tan esenciales al hombre como su pan cotidiano; pues la auténtica vida del hombre no sólo consiste en las actividades del trabajo que lo sustentan, sino también en las actividades simbólicas que dan significado tanto a los procesos del trabajo como a sus últimos productos y consecuencias. [...] Porque precisamente por el esfuerzo para lograr significado, forma y valor se realizan las potencialidades del hombre y su verdadera vida es elevada, a su vez, a un potencial superior” (15-6).

Con el funcionalismo aún sólidamente implantado, y con el estructuralismo como nuevo paradigma hegemónico en la antropología de los sesenta, no es de extrañar que esta definición simbólica de la cultura –y el conjunto de la obra de Mumford– sea ignorada por la academia. La antropología simbólica, cuyo marchamo distintivo es la concepción de la cultura como sistema de símbolos y de significados compartidos, emerge a la par de la aparición de este primer volumen del *Mito de la máquina*⁵².

Pero el paisaje intelectual continuará siendo dominado, durante algunos años más, por el estructuralismo o por otras corrientes post-estructuralistas de corte racionalista, sin contar el materialismo dialéctico y diferentes postulados materialistas. Sin perder de vista que en un momento como éste, en el que laboriosas abejas polinizan ideas que germinarán en las ciencias sociales más próximas, será precisamente la antropología social/cultural la más refractaria a este tipo de aportaciones exógenas.

De entre las varias tendencias de la nueva antropología simbólica, los planteamientos de Victor Turner son los que ofrecen más puntos de contacto con Mumford. Turner aboga por un enfoque interpretativo o hermeneúctico de la cultura, otorgando centralidad a la vida ritual y a los sistemas simbólicos, en tanto que instrumentales y vinculados a finalidades e intereses humanos (Rossi y O'Higgins 1981: 136-8). Incluso su definición de una *communitas* alternativa a la estructura recuerda a la antinomia mumfordiana entre una civilización basada en la máquina, el automatismo y la cibernética, y otra en la que el hombre sea considerado como la realidad más valiosa y significativa.

3.3. La recepción de Mumford por las ciencias sociales: sociología y antropología

Ciertamente no resulta frecuente que autores exógenos a la tradición sociológica sean considerados en los manuales o tratados de la disciplina, y Mumford no constituye una excepción a esta pauta, aunque exista alguna tesis que explore su relación con la sociología⁵³. Sin embargo, sus planteamientos son objeto de especial atención en el tratado de R. M. Mac Iver y Ch. H. Page: *Sociology*⁵⁴. Mumford es evocado aquí como “sociólogo de la historia” que ilustra una interpretación pesimista del predominio urbano a partir de la megalópolis, hasta un

52. Los principales trabajos de Victor Turner se publican al propio tiempo que éste (*The Forests of Symbols*, 1967) o poco después (*The Ritual Process*, 1969). Y el grueso de la obra de Clifford Geertz, salvo sus primeras publicaciones, son aún más posteriores.

53. Kingsland, S. F. (1988): *Lewis Mumford and American Sociology*. University of New Hampshire. Dai, 49 (10), 3176-A.

54. Traducido como *Sociología* (1958 y ss.). Mac Iver (1882-), sociólogo de origen británico y mantenedor de la tradición clásica durante la hegemonía del funcionalismo y del empirismo americanos, fue profesor de la Universidad de Columbia, y autor de *Community: A Sociological Study* (1917) y de *Causación social*. FCE. México, 1949. La recepción de la obra de Mac Iver en la sociología española se efectúa a través de Salvador Lissarrague (1910-67): *Bosquejo de teoría social*. Tecnos. Madrid, 1998, pp. 251-5.

evitable cataclismo de la civilización urbana en su etapa final de la necrópolis (353-4). Mac Iver y Page también examinan la contribución de Mumford al estudio de las utopías, de la comunidad local y la región, o de los factores técnicos del cambio social. Su lectura del mismo la efectúan, básicamente, a partir de *The Culture of Cities* (1938) y *Technics and Civilization* (1934), aunque también se refieren a *The Condition of Man* (1944) y *City Development* (1945).

Otro ejemplo es la *Introduction à la sociologie générale* (1973), del sociólogo franco-canadiense Guy Rocher⁵⁵, que estudia el *Technique et civilisation* (1950). Esta obra de Lewis Mumford ejemplifica la influencia del factor técnico en el cambio social y la evolución sociocultural. Se hace eco del modelo de fases tecnológicas o periodos civilizatorios, elaborado por Geddes (paleotécnica y neotécnica), ampliado por Mumford (eotécnica), y finalmente asumido por el sociólogo belga Henri Janne (litotécnica y antropotécnica). Factor técnico como variable no determinista, en estrecha conexión con las ideativas y sociales en un marco global (Rocher, 1975: 438-46 y 671).

Son muchos los sociólogos –al igual que geógrafos⁵⁶– de lo urbano que tienen en cuenta la obra enciclopédica de Mumford. Para los autores de la Escuela de Chicago, ensimismados en el marco conceptual de la ecología urbana o en el trabajo de campo, un Mumford ajeno a sus postulados y quehaceres parece haber pasado desapercibido. Tan sólo le hace justicia un epígono de aquélla: Nels Anderson⁵⁷ (1889-1986). El famoso autor de *The Hobo* (1923), una de las monografías emblemáticas de la tradición sociológica de Chicago, se irá distanciando relativamente de ésta en su prolongada carrera profesional, no posibilitando su erudición y eclecticismo una adscripción escolástica unívoca. Su *The Urban Community*⁵⁸ (1960) se inscribe más bien en la tradición de los estudios de comunidad, cuya perspectiva subcultural contribuye a fundamentar. En esta obra se apoya en diversas publicaciones de Mumford⁵⁹, para estudiar el proceso acumulativo y evolutivo de la ciudad y de su cultura así como la planificación urbana.

Pero la mayoría de los sociólogos que recurren con posterioridad a Mumford lo hacen casi exclusivamente en su dimensión de historiador, y apenas parecen conocer otra obra del mismo que no sea *La ciudad en la historia*. Eso sí, citan ritualmente a Mumford, desde Ledrut hasta Castells, para apoyarse en él o para

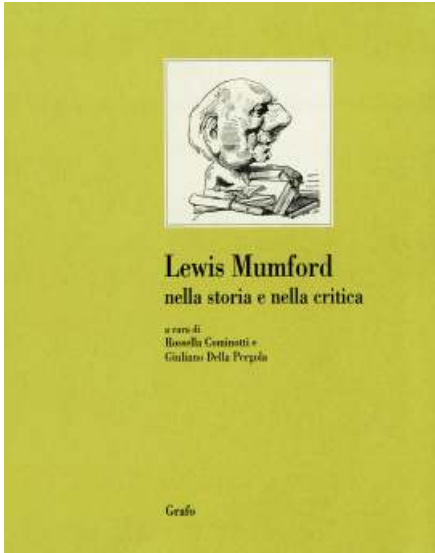
55. Editada en castellano como *Introducción a la sociología general* (1973, 1975 y ss.). Este excelente manual presta una inusual atención para su época a los fundamentos simbólicos de la acción social.

56. Entre éstos cabe singularizar a Thierry Paquot y a Marcel Roncayolo.

57. Para una contextualización del conjunto de la obra de este autor, cfr. Jean-Michel Chapouli: *La tradition sociologique de Chicago, 1892-1921*. Seuil. Paris, 2001, pp. 370-90.

58. Que aquí citamos de acuerdo con su traducción: *Sociología de la comunidad urbana* (1993 [1965]).

59. En concreto: *Technics and Civilization* (1934), *The Condition of Man* (1944) y *City Development* (1945), citadas por Anderson (1993: 72-3, 83-4, 408 y 567).



otorgarle un discreto reconocimiento⁶⁰. Leonard Reissman constituye una de las más notorias excepciones. Incluye a Mumford en su galería de “visionarios”, es decir de intelectuales que, a partir de consideraciones ideológicas y/o filosóficas, intentan reconstruir la sociedad metropolitana e industrial en torno a alternativas radicales como la pequeña comunidad urbana o la “ciudad-jardín”, más allá de puntuales reformas⁶¹. Reissman efectúa una lectura de *La cultura de las ciudades*, obra excepcional a su juicio, tanto en su dimensión de análisis sociológico de la ciudad contemporánea como en la de historia urbana. Pero es aquélla la que recaba su interés, particularmente las fuerzas impulsoras de cambios, que Mumford consi-

dera indispensables para un “nuevo orden urbano”: arquitectura, higiene, prolongación de la juventud, orientación hacia la vida, supresión de la uniformidad, educación y cooperación mutua. Condiciones que posibilitan un planeamiento urbano al servicio del bienestar de la mayoría (Reissman, 1972: 73-7). No olvidemos además que –en contraste con la desdeñosa actitud de Coser– Edward Shils, uno de los prohombres del funcionalismo en sociología⁶², en su rol de editor de la *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, incorpora sendos artículos de Mumford relativos a la ciudad y a Patrick Geddes.

En otro lugar hacemos referencia a la recepción de Mumford en el ámbito interdisciplinar de los estudios urbanos en Francia o en Italia, país este último, en el que la sociología urbana goza de extraordinaria implantación⁶³. Aquí subraya-

60. Este último hace encabezar a Mumford, crítico social que habría reivindicado las ciudades como centros de cultura y espacios habitables, la tradición intelectual del medioambientalismo humanista, representada después por K. Lynch y J. Jacobs; y cuyas enseñanzas –adaptadas al contexto tecnológico y cultural del siglo XXI– continúan siendo de inestimable valía (2001: 481-2). Aunque le reprocha no haber desarrollado un análisis de la organización industrial y tecnológica de la producción espacial, pese a identificar la ciudad como manifestación y concentración del poder del capitalismo emergente.

61. Aquí Lewis Mumford comparte sitio de honor junto a Ebenezer Howard y Frank Lloyd Wright, encabezando un panteón de figuras secundarias, aunque relevantes, entre las que se encuentran Edward Bellamy, Paul y Percival Goodman, o Le Corbusier.

62. Junto con Talcott Parsons y Robert K. Merton; y desde luego, el más interesado por la panoplia ideativa de valores, creencias, símbolos, rituales y tradiciones.

63. En la Italia de postguerra Mumford fue presentado “como la autoridad que indica los referentes culturales para una comunidad académica y técnico-profesional sustancialmente a la búsqueda de una legitimación de su propio papel y del propio saber” (Mazzoleni, 2001: 17-8).

remos la familiaridad de un sociólogo urbano de la perspicacia de Giandomenico Amendola, en su lectura de la metrópolis postmoderna, con Lewis Mumford, a quien define como un “enamorado por excelencia de la ciudad de la gente”, incardinado en la gran tradición iluminista y en la cultura de la modernidad, que anticipa las hipótesis y profecías relativas a la crisis de la ciudad postmoderna (1997: 156; 2000: 19). Annick Magnier, ya citado, pone de relieve la actualidad del modelo de Megalópolis en el debate sobre la cuestión metropolitana y la ciudad global. Volver a Mumford, afirma, permite al sociólogo de hoy efectuar un balance de la evolución metropolitana y de su lectura sociológica, de la evolución de esta disciplina, en suma (1997: 178). Por mucho que la ciudad actual no haya devenido –mediante la metamorfosis de la Megalópolis– ni en Necrópolis ni en Tiranópolis, la obra de Mumford, en sintonía con la sociología crítica americana de su época, constituye una denuncia de la concentración urbana y de la legitimación mediática de los poderes “metropolitanos”. Y su interpretación de la historia urbana como creciente concentración de medios y capitales en los lugares centrales, es un modelo precursor de la “ciudad mundial” (Friedmann y Wolf), de la “ciudad comunicacional” (Castells) o de la “ciudad global” (Sassen) (1997: 167-8). En definitiva, toda la obra de Mumford constituye una decisiva aportación a la sociología urbana y, en concreto, *La ciudad en la historia* es una verdadera:

“Summa de los conocimientos adquiridos sobre la historia de la ciudad occidental, lectura crítica “subjetiva” de los modelos elaborados por la literatura histórica; rica en propuestas no del todo recogidas. Con una sensibilidad perceptiva que anuncia la sociología del *promeneur* de los años más recientes, desde Sansot hasta Sennet, Mumford reintroduce la dimensión visual en la sociología histórica de la ciudad” (1997: 167).

Por su parte, *La cultura de las ciudades* invita a reflexionar sobre el excesivo repliegue de la última sociología urbana. Su excesivo énfasis en la emergencia metropolitana y en la patología urbana la condujo a apropiarse de temáticas atribuibles a otras sociologías especiales. Una relectura de Mumford invitaría a construir una sociología urbana más próxima a los temas del consumo y de la política (1997: 179).

Otro sociólogo de la ciudad más veterano, Giuliano della Pergola, que ya se aproximó desde una perspectiva crítica a la obra de Mumford (1972) se ha encargado de organizar el seminario dedicado al pensamiento de éste en Milán (1991)⁶⁴. En el que participó un prestigioso sociólogo más allá del ámbito italiano y del campo de la sociología urbana, como Franco Ferrarotti, con un trabajo en el que reconoce el papel relevante desempeñado por Mumford en las ciencias sociales desde un punto de vista interdisciplinar; su carácter anticipador del método de algunos prestigiosos sociólogos de hoy, así como su concepción del espacio como recurso primordial, para establecer el sentido de comunidad y el

64. Cfr., respectivamente: *La conflictualidad urbana* (1972) y la edición de las actas (1992), realizada conjuntamente con Rossella Cominotti; así como su aportación específica a éstas: “Il pensiero di Lewis Mumford nella storia e nella critica”, pp. 11-20.

sentido de pertenencia a la misma⁶⁵. Finalmente, aunque sin ánimo de exhaustividad, citaremos a Alfredo Agustoni, cuya obra comprende diversos ámbitos sociológicos –desde la metodología hasta la problemática urbana y ambiental– quien, en su *Sociología del luoghi ed esperienza urbana* (2000: 29, 88-91 y 106) presta particular atención a los aspectos premonitorios de la obra de Mumford –orígenes de la ciudad, centro urbano y sociedad descentralizada– en conexión con los trabajos de sus predecesores y de la sociología más reciente.

Ya hemos citado a Castells, que no es el único sociólogo español receptivo a la obra de Mumford. Este ha sido leído por aquellos en cuyas miradas sobre la ciudad y lo urbano se aprecian dimensiones culturalistas, por quienes se ubican en el espacio de la socioantropología⁶⁶, o por los que postulan un urbanismo transdisciplinar⁶⁷.

La ausencia de Mumford es más evidente aún en esa joven subdisciplina que es la antropología urbana, si tomamos como referencia las figuras de Ulf Hannerz, Gérard Althabe, Marc Augé o Jacques Gutwirth. En ese segmento geográfico de la periferia cultural mediterránea –más próximo a nosotros– que es Italia, puede afirmarse lo propio de Amalia Signorelli; no así por lo que respecta a Alberto M. Sobrero⁶⁸, para quien Mumford forma parte de la tradición crítica de las ciencias sociales de la ciudad, junto a autores de su entorno intelectual: Kropotkin, Howard y Geddes (Sobrero, 1990: 71-2).

En cuanto a la incipiente antropología urbana practicada en España (Homobono, 2000), ocupada en la búsqueda de paradigmas y de métodos, de la definición de su campo de estudio, y de obtener el reconocimiento de los maestros de su propia tradición disciplinar, apenas ha descubierto el patrimonio acumulado por una muy próxima sociología urbana durante el más de medio siglo que precede a su nacimiento, y menos aún figuras generalistas de la talla de Mumford. La perspectiva de éste se integra, en cambio, aunque discretamente en las investigaciones hispanoamericanas sobre esos segmentos subculturales del

65. Franco Ferrarotti: "Lewis Mumford: il suo contributo alle scienze sociali", pp. 45-60; Ferrarotti ha colaborado posteriormente en el dossier "Lewis Mumford. Il profeta dimenticato", en *Capitalismo, Natura, Socialismo (CNS)*, núm. 1 (1995), pp. 34-77.

66. Como Jesús Arpal (Bilbao) o Ángeles López (Zaragoza) en el primer caso, y Carmen Lamela (A Coruña) o Miguel Martínez (Vigo) para el segundo.

67. Este es el caso de Artemio Baigorri (Badajoz), sin duda el más próximo a Mumford; que también integra referencias intelectuales del entorno de aquél, como Geddes –sobre todo–, Kropotkin, P. Goodman o J. Jacobs; así como de otros receptores de la obra de Mumford desde la filosofía y el urbanismo (Choay) o la geografía urbana (P. Hall). Véase, de A. Baigorri: *Hacia la urbe global. Badajoz, mesópolis transfronteriza*. Editora Regional de Extremadura. Mérida, 2001. Éste ve, en las tres fases que distingue Mumford en el desarrollo tecnológico y adaptativo de las sociedades humanas (eotécnica, paleotécnica y neotécnica), una propuesta que anticipa el concepto de *tercera ola* popularizado por Alvin Toffler.

68. Docente e investigador de la Università di Roma "La Sapienza", cuyas líneas de investigación preferentes –tras su etapa africanista– son la inmigración y el racismo en las sociedades complejas.

territorio urbano que son los barrios o vecindarios⁶⁹; si bien permanece invisible para los maestros de la antropología urbana hispanoamericana⁷⁰.

4. LA CULTURA DE LAS CIUDADES

En la tradición intelectual de occidente, se asignan a la ciudad dos roles principales: el de sede del poder, y el de *locus* de la cultura, en particular de la cultura de las élites, sin que quede muy claro el papel asignado a la cultura popular. La noción de cultura urbana incluye el modo de vida, las conductas, el sistema de valores, de normas y de relaciones sociales. Civismo y *civilitas*, *urbanitas* y urbano, son conceptos emparentados y que se oponen a la *rusticitas* del ámbito rural, y que caracterizarían sobre todo a la ciudad de dimensiones medias. Para un autor como Spengler, a quien lee atentamente Mumford⁷¹, todas las grandes culturas han nacido de la ciudad; la historia del mundo es la de los ciudadanos, y el declive de la civilización es efecto de las disfunciones de la sociedad contemporánea (Roncayolo, 1988: 49-50).

La visión de la ciudad en Mumford, incardinada en la tradición de referencia, se articula en torno a dos dimensiones principales: la de punto de concentración de poder, y la de foco de la cultura de una comunidad (1945: I, 11). La ciudad es bastante más que una colección de formas arquitectónicas en el espacio, porque su asentamiento físico proporciona el escenario para el complejo drama de la vida, para las actividades económicas y, al propio tiempo, “es un símbolo estético de unidad colectiva” (1945: II, 433). Su dimensión funcional primera es la de actuar “como acumuladora y transmisora de una cultura”, directamente relacionada con su tamaño y complejidad (1974: 384-5). Este papel de la ciudad, continente y difusora de la cultura, no fue previsto por sus fundadores, pero desempeña un importante lugar en la orquestación de su diversidad funcional:

“Aunque la fuerza motriz originaria de la ciudad fue la concentración de poder cósmico y temporal, no la difusión de la cultura, parece ahora claro que el subproducto cultural se ha ido convirtiendo en la mejor razón de la larga, aunque variada, existencia de la ciudad” (1974: 387).

La ciudad es un depósito de cultura, que acumula e incorpora el patrimonio cultural de una región, conectándolo con unidades de ámbito superior: nacional, religioso o étnico (1945: I, 17). El tamaño de este depósito no es anodino, ya que “la capacidad de almacenamiento cultural de una ciudad de solo 100.000 habitantes excede con mucho a la de cualquier ordenador electrónico”, y su trans-

69. Cabe singularizar, a este respecto, los trabajos de Graça Cordeiro (Lisboa), Patricia Safa (Coyoacán-México D.F.), Eduardo Nivón (suburbios de México), o Ariel Gravano (Olavarría-Buenos Aires).

70. Como Néstor García Canclini (México), Gilberto Velho y José Guilherme G. Magnani (Brasil)

71. Precisamente uno de los méritos que Mumford atribuye a Spengler es el haber intuido “el significado decisivo de la ciudad en el desarrollo de la cultura”, junto con la rehabilitación del concepto de símbolo, concurriendo ambos a configurar la trama del cambio cíclico en *La decadencia de Occidente* (Mazzoleni, 2001: 13-4).

misión tan sólo es posibilitada por una efectiva e intensa interacción social (1974: 388). De aquí que, pese a la animadversión que profesa por el arquetipo de megalópolis, Mumford no pudiera permanecer inmune a la seducción ejercida por el potencial cultural de Nueva York y de la metrópolis en general (1966: II, 702); aunque, como Ulises frente al canto de las sirenas, nuestro autor se protegiera adoptando severas cautelas. Sin embargo, el precio a pagar por el súbdito de la metrópolis es vivir en un mundo de sombras, en el que la comunicación directa ha sido sustituida por otra mediática y asimétrica, en la que tan sólo unos pocos proporcionan información a través de la prensa, la radio y la televisión (1966: II, 718).

Mumford sostiene que el primer embrión de la vida urbana se remonta al paleolítico, cuando diversos grupos humanos dispersos establecen lugares de encuentro estables, dotados de un significado sobrenatural, y constituyendo así la base de futuros asentamientos protourbanos, de comunidades más amplias:

“Así, incluso antes de que la ciudad sea un lugar de residencia fija, comienza a existir como lugar de reunión donde los hombres confluyen periódicamente; el imán precede al receptáculo, y su capacidad para atraer a los no residentes, para el intercambio recíproco y el estímulo espiritual, subsiste, además del comercio, como una de las características esenciales de la ciudad. [...] El primer germen de la ciudad, consiste, así pues, en el lugar ritual de reunión, meta del peregrinaje. Se trata de un punto al que los grupos familiares o los clanes retornan, a intervalos estacionales, porque concentra, además de sus eventuales prerrogativas naturales, ciertos poderes “espirituales” o sobrenaturales que trascienden, tanto por su potencia como por su mayor duración y por su significado cósmico, a los procesos habituales de la existencia cotidiana” (1966: 16-17).

De esta forma, Mumford denota como principal factor causal del origen de la ciudad el factor ritual y simbólico, asociado a los centros de peregrinación y culto; sin desdeñar el de intercambio, netamente correlacionado con éste en las diferentes etapas de la evolución humana y urbana. Factores que ya habían sido detectados ya por Eliseo Reclus quien, en su artículo “La evolución de las ciudades” (1895), conocido y citado por Mumford, habla de este tipo de centros de encuentro; en los que se desarrollan intercambios y fiestas que, cuando son reforzados por señales extraordinarias, “la religión los consagra, se edifican templos, los creyentes se reúnen y es el origen de una Meca o de una Jerusalén” (1999: 88-89). Más adelante, tales concentraciones efímeras de población serán tratadas por Durkheim y la escuela francesa de sociología⁷².

72. Como en el “Ensayo sobre las variaciones estacionales en las sociedades esquimales” (1904-05), de Marcel Mauss, sobrino y discípulo del padre de la sociología y uno de los fundadores de la etnología francesa. Ideas recogidas después por el propio Durkheim en su *Formas elementales de la vida religiosa* (1912). Ambos subrayan el potencial constituyente de vínculos sociales de las fiestas, que congregan multitudinariamente a esquimales o aborígenes australianos, a quienes dirige la lucha económica por la supervivencia. La concentración, precursora de la ciudad, se asocia a estados de exaltación y de eferescencia colectiva, de conciencia de integración y de identidad comunitaria. La importancia de los factores rituales y simbólicos ya había sido subrayada –en *La ciudad antigua* (1880)– por Foustel de Coulanges, uno de los maestros de Durkheim.

Es cierto que la protociedad neolítica resulta heredera directa de los centros votivos, pero asociada institucionalmente con el campo fortificado, en un recinto aislado del mundo profano. El origen de los asentamientos urbanos más antiguos y simples se vincula a instituciones sagradas, el templo, además del palacio y del granero; y la ciudad es centro de ceremonias y de ritos, así como de acumulación, intercambio, transmisión y desarrollo de bienes simbólicos. Cualquiera de sus funciones nucleares –políticas, religiosas, educativas y económicas– y las correspondientes instituciones que caracterizan a la cultura urbana se potencian mediante “la mezcla de sexos, de grupos de edad y de ocupaciones”, concentrados en un área limitada. Esta población variada permite que evolucionen expresiones culturales como los rituales, la música, la tradición oral e incluso las técnicas ocupacionales. Mumford es uno de los precursores de la noción de multiculturalismo, ya que afirma que la misión de la ciudad “consiste en aumentar la variedad, la velocidad, el grado y la continuidad de la relación humana”, en una relación cara a cara (1974: 387-8); aunque ya en 1938 Wirth (1988: 44-8) se anticipara, al hacer de la heterogeneidad poblacional un indicador del modo de vida urbano.

Además, como muchos otros autores han señalado antes y después de él, la ciudad es interacción social, sociabilidad efectiva. La participación activa en grupos primarios –familia y vecindario– es fundamental en la creación y transmisión de cultura, pero la ciudad asegura además esa parte de patrimonio tan cultural sólo vehiculada mediante la abstracción y la simbolización (1966: II, 745). Aunque, si algo distingue a la ciudad del ámbito rural es la existencia de grupos formales y voluntarios, puesto que los grupos primarios existen también en aquél; y las asociaciones especializadas, con ayuda de signos y de símbolos suplen al contacto directo, cara a cara⁷³:

“La ciudad es una colección relacionada de grupos primarios y de asociaciones que persiguen propósitos determinados: los primeros, tales como la familia y el vecindario, existen en todas las comunidades, mientras que los segundos son especialmente característicos de la vida de las ciudades [...] Esta transferencia del énfasis de las uniformidades y aceptaciones comunes del grupo primario a las discriminaciones críticas, las asociaciones que tienen una finalidad, y los fines racionales del grupo secundario, es una de las principales funciones de la ciudad. La ciudad de hecho es la forma física de los tipos más altos y complejos de la vida asociativa” (1945: II, 432-3 y 436).

El fermento vivo de la cultura son las instituciones, las asociaciones voluntarias y la interacción de estos componentes “tanto públicos como privados”. Sin hacer referencia explícita al concepto de sociabilidad, Mumford se está refiriendo a los aspectos más formales de la misma. Con una terminología que recuerda a la de Maurice Agulhon, enumera sus precedentes medievales –iglesias,

73. Es en este extremo donde coincide nuevamente con Wirth (1988: 39, 49-51) y con otros autores (Roncayolo, 1988: 57-8), que señalan la sustitución de vínculos primarios por secundarios, la proliferación de asociaciones voluntarias y de organizaciones como características del modo de vida urbano.

hospitales, gremios, hospicios, escuelas, universidades– pero enfatiza sobre todo la proliferación de clubs y asociaciones voluntarias como fermento de la vida urbana, y pone en guardia contra el debilitamiento de la sociabilidad en las zonas suburbanas:

“La ciudad moderna se distingue de sus antiguos prototipos urbanos por la amplitud de esas organizaciones, más que simplemente por el volumen de su comercio e industria o por la mecanización de sus servicios municipales. El hecho de que la actual diseminación de la población por unas zonas suburbanas ilimitadas reduzca la posibilidad de formar tales asociaciones especializadas no es el factor menos perturbador en el desmoronamiento de la metrópolis moderna” (1974: 397).

Es en estas zonas donde desaparece o se debilita esa sociabilidad informal propia del vecindario, de esos vínculos sociales que se establecen por el simple hecho de compartir un lugar y de “estar cada vecino a la vista del otro”. Esa sociabilidad íntima y proxémica característica de los grupos primarios y de las comunidades, tal y como lo explicitaran Cooley y Tönnies, y que Mumford trató de aportar a los espacios públicos y a los nuevos barrios fruto de la planificación, dotando a estas comunidades de centros de reunión suficientes (1945: I, 439)⁷⁴. Porque, si una de las funciones principales de la ciudad es la de propiciar el diálogo, este símbolo más cabal que justifica la propia ciudad y convierte al habitante en ciudadano, la tarea del desarrollo urbano es la de ensanchar el círculo hasta que todos formen parte en el mismo (1966: I, 148).

El proyecto de Mumford tiene más de reformista que de utopista, de un equilibrio definido como *aurea mediocritas*, de apostar por la capacidad de cooperación del hombre urbano que de proponer la refundación de la estructura social, al menos si se basa en principios totalitarios, ya que:

“En resumen, tanto la nueva afirmación de la utopía mecánica como su rechazo total generarían la distopía. Dondequiera que se encuentre la salvación humana, ni la utopía, ni la distopía, tal como ahora son concebidas, prometen esa salvación” (1982: 53).

La ciudad, inserta en su región geográfica e histórica, debe combinar cultura y tradiciones locales con prestaciones funcionales, resolviendo la dicotomía entre ciudad y campo. Y el planificador debe construir un nuevo modelo de ciudad alejado de la idea de suburbio, respetando las unidades básicas de espacios relacionales –los barrios– en las ciudades existentes o creando pequeñas ciudades integradas en una red equilibrada territorialmente (Bazzi, 1992: 62-7). Porque, siendo la ciudad una de las manifestaciones primordiales de la cultura, se ha convertido en la expresión física de una civilización dominada por la técnica y el beneficio. Aunque Mumford sostiene que aún se puede revertir el proceso, de modo que asuma su misión de “propiciar la participación del hombre en el proceso histórico y cósmico” (Mazzoleni, 2001: 10-1).

74. Cfr. además su artículo, publicado en 1954, “Vecindad y unidad de vecindario” (1969: 93-120).

Wirth, junto con Tönnies y Simmel, representa en su forma más arquetípica la perspectiva cultural o tradición de la “cultura urbana” entre las teorías de la ciudad, que adquiere en ella una consideración de variable independiente, de factor causal en la creación de un modo de vida urbano. Entendido como lo hace Wirth, o Redfield desde la antropología cultural, en cuanto tipo ideal dicotómica e incluso espacialmente diferenciado del rural o folk propio de la aldea y de la pequeña población. Mumford va más allá puesto que la ciudad, sujeto de la historia, es una obra cultural, un campo de significaciones y representaciones simbólicas. Autores más recientes abandonan el intento de definir una genérica forma de cultura urbana e identificar su proceso de construcción, para sostener que cada ciudad tiene su cultura específica.

Según Manuel Castells, la visión de la ciudad como producto de la sociedad es la pauta de la corriente historicista de la sociología urbana en Estados Unidos, con autores como Mumford, Sjoberg, Firey y Form; además de la ecología urbana –Park, Burgess y Wirth– y de los sociólogos europeos en general. Sociedad entendida como cultura urbana, en el sentido antropológico del término, a veces en su connotación espacial y otras como definición puramente cultural de una urbanización generalizada. La especificidad cultural no se deriva de una forma o asiento espacial concreto, como la ciudad, sino que se inserta en el proceso de reproducción de la superestructura ideológica. El propio Castells evoluciona desde la crítica radical al “mito de la cultura urbana” en *La cuestión urbana* (1974), a partir del estructuralismo marxista, hasta una gradual aceptación de los factores culturales que antes ignorara (2001: 56-66).

Para Giandomenico Amendola, el aspecto más significativo de la visión mumfordiana de la ciudad es su concepto de la *ciudad educante*. La ciudad como expresión suprema y símbolo de la razón y de la ética, como campo variado de experiencias cognitivas y emotivas que posibilitan la maduración de la personalidad, como “órgano especializado de transmisión de la herencia social”. En definitiva:

“La ciudad es el vínculo del hombre con el pasado y la base de su identidad histórica. La ciudad es herencia cultural petrificada a recoger, asumir críticamente e incrementar. La ciudad como expresión máxima de la cultura y del espíritu del hombre de una época y como tal vector y transmisor de este pensamiento” (1997: 156).

A juicio de Amendola, la visión de Mumford anticipa un escenario urbano postmoderno de creciente complejidad, como el de aquella paradigmática Nueva York, melting-pot de razas y etnias, de culturas y de sueños, de localismo y de globalización. Esta ciudad educativa debía inculcar la nueva identidad americana a los inmigrantes, socializando a éstos como “un órgano especializado de transmisión social” que actualiza la memoria colectiva (1997: 161-2). Para este modelo de resonancias mumfordianas:

“La ciudad se muestra como “sistema anárquico y arcaico de signos y de símbolos”, un emporio de estilos, una enciclopedia de las culturas y de los lenguajes, un sistema esquizofrénico orgánico y operativo. La ciudad es, simultáneamente, escenario y protagonista de este melting-pot sónico y cultural” (1997: 165).

Mumford desarrolla la idea de la ciudad invisible, concepto que recibe de sus precursores intelectuales y transmite a la sociología urbana más reciente. Los medios de transporte veloz, de comunicación mecánica y de transmisión electrónica a escala mundial, desterritorializan la ciudad visible, creando esa “ciudad invisible”, una ciudad ideal posibilitada por las comunicaciones, actuando como centro de difusión de la cultura y lugar de incremento de las informaciones (1966: II, 737-9). Una especie de ubicua ciudad mundial ya prevista por Reclus en 1879 para las ciudades francesas⁷⁵; utopía postulada con entusiasmo por Geddes y Kropotkin, que confiaban en la difusión de la electricidad como prerequisite para la consecución de una futura ágora neotécnica, interactiva y descentralizada, antítesis del centralismo paleotécnico estatal e industrial; concretada en Mumford sobre el soporte de la radiofonía y la electrónica, y explicitada por Mac Luhan en su concepto de “aldea global” a escala planetaria⁷⁶, que hacen factible las técnicas actuales de información y de transmisión instantánea.

Mucho tiempo después, Castells denominará “espacio de los flujos” a una interacción ubicua independiente del “espacio de los lugares”, posibilitada por la comunicación electrónica y los sistemas de transporte rápido, y que constituye un rasgo fundamental de la vida urbana y de la sociedad red en su conjunto. Si la ciudad sobrevive como foco de especificidad cultural en la era de la información, será como ciudad hipercomunicada. La “nueva cultura de las ciudades” – concepto que utiliza este autor parafraseando a Mumford– debe aunar identidad local y redes globales, restaurando “la interacción entre poder y experiencia, función y significado, tecnología y cultura”. Este planteamiento sugiere la posibilidad de una especie de democracia telemática a escala planetaria, desapareciendo las barreras comunicativas, y posibilitando que cualquiera pueda interactuar y participar en la adopción de decisiones colectivas, escenario utópico contemplado por Mumford y sus predecesores (Castells, 2001: 477-8; Agustoni, 2000: 105-108).

Una vez más, ideas como ésta corroboran la extraordinaria capacidad de anticipación de Mumford, cuya lectura atenta y crítica puede ser aún fuente de desarrollos innovadores. En medio de las vicisitudes de la sociedad de la incertidumbre, un autor motejado con frecuencia como pesimista aporta una rayo de esperanza cuando exalta las funciones de la ciudad y su carga potencial de futuro:

“La principal función de la ciudad es la de transformar el poder en forma, la energía en cultura, la materia inerte en símbolos vivos del arte, la reproducción biológica en creatividad social. [...] La misión final de la ciudad consiste en promover la participación consciente del hombre en el proceso cósmico e histórico. [...] Esa exaltación de todas las dimensiones de la vida, a través de la comunión emotiva, la comunicación racional, el dominio tecnológico y, sobre todo, la representación dramática, ha sido la función suprema de la

75. Elisée Reclus: *Nouvelle Géographie Universelle: La Terre et les Hommes*, tomo II: *La France*. Hachette et Cie. París, 1879, pp. 893-4.

76. Idea de la que se hace eco Mumford, al constatar que “en materia de comunicaciones, el planeta entero se va convirtiendo en una aldea”, lo que implica que hasta el vecindario más pequeño deba pensarse como parte de un mundo más vasto (1966: II, 750).

ciudad en la historia, y sigue siendo el principal motivo para que la ciudad continúe existiendo” (1966: 747 y 753).

Con este mensaje finaliza su obra *La ciudad en la historia*. La posibilidad de la utopía radica en la esperanza, una mirada hacia el futuro sin garantías consolatorias. Aquella reflexión de Walter Benjamin, al final de su lectura de *Las afinidades electivas* de Goethe –“La esperanza nos ha sido dada sólo por los que no la tienen”– resulta aplicable a Mumford. Porque, pese a sus temores, la ciudad no ha culminado en la Tiranópolis y, contra las casandras postmodernas que auguran su disolución, confió en el futuro de este constructo cultural al servicio de un proyecto liberador.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. Obras y artículos (utilizados) de Lewis Mumford

- La cultura de las ciudades*. Emecé. Buenos Aires, 1945 (3 vols.) [1938].
- “Mumford on Geddes”. En: *Architectural Review*, vol. 108, núm. 644 (agosto 1950), pp. 82-87.
- [(eds.) con W. L. Thomas, C. O. Sauer y M. Bates]: *Man’s Role in Changing the Face of the Earth*. University of Chicago. Chicago, 1956.
- Las décadas oscuras*. Infinito. Buenos Aires, 1960 [1931].
- La condición del hombre*. Compañía General Fabril. Buenos Aires, 1961 [1944].
- La ciudad en la Historia: sus orígenes, transformaciones y perspectivas*. Infinito. Buenos Aires, 1966 [1961], 2 vols.
- La carretera y la ciudad*. Emecé. Buenos Aires, 1966 [1964].
- El mito de la máquina*. Emecé. Buenos Aires, 1969 [1967].
- Perspectivas urbanas*. Emecé. Buenos Aires, 1969 [1968].
- Técnica y civilización*. Alianza. Madrid, 1971 [1934].
- “Préface”. En: *Les transformations de l’homme*. Payot. París, 1974 (1972 [1956]), pp. 5-10.
- “Ciudad I. Formas y funciones”. En E. Shils (dir.): *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*. Aguilar. Madrid, t. 2 (1974 [1968]), pp. 385-91.
- “Geddes, Patrick”. En E. Shils (dir.), op. cit., t. 5 (1975 [1968]), pp. 85-6.
- “Prólogo de la edición en castellano”, a María Luisa Berneri: *Viaje a través de Utopía*. Proyección. Buenos Aires, 1975 [1962], pp. 11-13.
- “La Utopía, la Ciudad y la Máquina”. En: F.E. Manuel (comp.): *Utopías y pensamiento utópico*. Espasa-Calpe. Madrid, 1982 [1966], pp. 31-54.
- Sketches from Life: The Autobiography of Lewis Mumford: The Early Years*. Dial Press. Nueva York, 1982.
- Le piéton de New York*. Linteau. París, 2000.
- Passegiando per New York. Scritti sull’architettura della città*. Donzelli. Roma, 2000.

2. Estudios sobre Lewis Mumford, su contexto intelectual y temático

- AGUSTONI, Alfredo: *Sociología dei luoghi ed esperienza urbana*. Franco Angeli. Milán, 2000.
- AMENDOLA, Giandomenico: *La ciudad postmoderna. Magia y miedo de la metrópolis contemporánea*. Celeste. Madrid, 2000 [1997].
- “La città educante de Lewis Mumford e la identità mutevoli del postmoderno”. En: F. Ventura (ed.): *Alle radici della città contemporanea*, op. cit., pp. 156-66
- ANDERSON, Nels: *Sociología de la comunidad urbana. Una perspectiva mundial*. FCE. México, D. F., 1993 [1960].
- BALLENT, Anahí; DAGUERRE, Mercedes y SILVESTRI, Graciela: *Cultura y proyecto urbano. La ciudad moderna*. CEDAL. Buenos Aires, 1993.
- BAZZI, Agata: “L’idea di città di Lewis Mumford”. En: R. Cominotti y G. Della Pergola (eds.): *Lewis Mumford nella storia e nella critica...*, op. cit., pp. 61-73.
- BETTINI, Virginio: “Introducción. La Reina Roja de Alicia. Homenaje a Lewis Mumford”. En: Virginio Bettini et al.: *Elementos de ecología urbana*. Trotta. Madrid, 1998 [1995], pp. 15-53.
- “Lewis Mumford, ovvero la storia naturale dell’urbanizzazione”. En: <http://iuav.unive.it/daest/pubblicazioni/cronache/7/sette14.html>
- BOOKCHIN, Murray: *Los límites de la ciudad*. H. Blume. Madrid, 1978 [1974].
- CASTELLS, Manuel: “La cultura de las ciudades en la era de la información”. En: Idda Susser (ed.): *La sociología urbana de Manuel Castells*. Alianza. Madrid, 2001, pp. 461-87.
- CHASE, Jeanne: “La ville selon Lewis Mumford et Jane Jacobs”. En: Ignacy Sachs (dir.): *Quelles villes, pour quel développement?*. PUF. París, 1996, pp. 103-23.
- CHOAY, Françoise: “En torno al urbanismo”. En: *El urbanismo. Utopías y realidades*, op. cit., pp. 9-106.
- “Lewis Mumford, 1895-1990”. En: *Enciclopedia Universalis*. Universalis. París, 1991, pp. 602-3.
- “Mumford au miroir de Georges Friedmann”. En: *Urbanisme*, núm. 287 (1996), pp.42-7
- CLARK, John: “Une écologie sociale”. En: *Réfractons* (Lyon), núm. 2 (1998), pp. 55-81.
- CLAVAL, Paul: *Evolución de la geografía humana*. Oikos-Tau. Barcelona, 1982 [1974].
- COMINOTTI, Rossella y Della PERGOLA, Giuliano (eds.): *Lewis Mumford: nella storia e nella critica: atti del Seminario di Studi Politecnico di Milano, marzo 1991*. Grafo. Brescia, 1992
- DELLA PERGOLA, Giuliano: *La conflictualidad urbana. Ensayos de sociología crítica*. DOPESA. Barcelona, 1973 [1972].
- “Il pensiero di Lewis Mumford, nella storia e nella critica”. En: R. Cominotti y G. Della Pergola (eds.): *Lewis Mumford...*, op. cit., pp. 11-20.
- DIGGINS, John P.: *El bardo del salvajismo. Thorstein Veblen y la teoría social moderna*. F.C.E. México, D.F., 1983 [1978].
- DUFRESNE, Jacques: “Lewis Mumford. Le duel de la vie et de la technique. De Spengler à Mumford”. En: <http://www.agora.qc.ca/liens/mumford.html>.

- FERRARO, Giovanni: "L'uovo del cuculo. Geddes e Mumford". En: F. Ventura (ed.): *Alle radici della città contemporanea. Il pensiero di Lewis Mumford*, op. cit., pp. 91-120.
- FERRAROTTI, Franco: "Thorstein Veblen. Las repercusiones sociales, culturales y políticas de la tecnología". En: *El pensamiento sociológico de Auguste Comte a Max Horkheimer*. Península. Barcelona, 1975 [1974], pp. 131-84.
- "Lewis Mumford: il suo contributo alle scienze sociali del nostro secolo". En: R. Cominotti y G. Della Pergola (eds.): *Lewis Mumford nella storia e nella critica...*, op. cit., pp. 45-60.
- FRIEDMANN, John y WEAVER, Clyde: *Territorio y función. La evolución de la planificación regional*. I.E.A.L. Madrid, 1981 [1979].
- GOODMAN, Paul y Percival: *Tres ciudades para el hombre. Medios de subsistencia y formas de vida*. Proyección. Buenos Aires, 1964 [*Communitas*, 1947 y 1960].
- GUHA, Ramachandra: "Lewis Mumford. El Olvidado Ecologista Norteamericano. Un intento de recuperación". En: http://www.infolink.com.br/-peco/mum_b01.htm ; 16 pp. [1994].
- HALL, Peter: *Ciudades del mañana. Historia del urbanismo en el siglo XX*. Serbal. Barcelona, 1996 [1988].
- HERNÁNDEZ, Sarah: "La Ideología Americana y el CIAM". Septiembre 1995. En: <http://www.periferia.org/history/iusciam.html>
- HOMOBONO, José Ignacio: "Antropología urbana: itinerarios teóricos, tradiciones nacionales y ámbitos temáticos en la exploración de lo urbano". En: *Zainak*, núm. 19 (2000), pp. 15-50.
- HUGHES, Thomas P. y HUGHES, Agatha C.: "General Introduction: Mumford's Modern World". En: T. P. Hughes y A. C. Hughes (eds.): *Lewis Mumford Public Intellectual*. Oxford University Press. Nueva York, 1990, pp. 3-13.
- LEDRUT, Raymond: *Sociología urbana*. IEAL. Madrid, 1971 [1968].
- MAC IVER, R. D. y PAGE, Charles H.: *Sociología*. Tecnos. Madrid, 1958, 1960, 1963 y 1969.
- MAGNIER, Annick: "Dalla Città Globale a Megalopoli: l'attualità di Mumford nel dibattito sulla questione metropolitana". En: *Alle radici della città contemporanea...* op. cit., pp. 167-80
- MARTÍNEZ ALIER, Joan: "Los indicadores de insustentabilidad urbana como indicadores de conflicto social". En: *Ayer* (Asoc. de H^a. Contemporánea. Madrid), núm. 46 (2002), pp. 43-62.
- MARX, Leo: "Lewis Mumford: Prophet of Organicism". En: T. P. y A. C. Hughes (eds.): *Lewis Mumford Public Intellectual*, op. cit., pp. 164-80.
- MATTELART, Armand: *Historia de la utopía planetaria. De la ciudad profética a la sociedad global*. Paidós. Barcelona, 2000 [1999].
- MAZZOLENI, Chiara: *Lewis Mumford: in difesa della città*. Testo & Immagine. Turín, 2001.
- MILLER, Donald L.: *Lewis Mumford: A Life*. Weidenfeld and Nicolson. Nueva York, 1989.
- MUMFORD, Eric: *The CIAM Discourse on Urbanism, 1928-1960*. MIT. Cambridge, 2000.
- NEBBIA, Giorgio: "Lewis Mumford (1895-1990)". En: *Persone* (marzo 2000); <http://www.altronevecento.quipo.it/numero2persone2.html> ; 6 pp.

- PABA, Giancarlo: "Lewis Mumford: lezioni di piano dal neighbourhood alla regione". En: Francesco Ventura (ed.): *Alle radici della città contemporanea...* op. cit., pp. 193-219.
- PAQUOT, Thierry: "Les États-Unis, de la frontière à la mégalopole" y "Lewis Mumford". En: Marcel Roncayolo y Thierry Paquot (dirs.): *Villes & Civilisation urbaine, XVIII-XX siècle*. Larousse. París, 1992, pp. 561-3 y 592-3
- "Introduction" a Lewis Mumford: *Le piéton de New York*, op. cit., pp. 7-19.
- PARIN, Claire: "L'invitée Jane Jacobs". En: *Urbanisme*, núm. 308 (1999), pp. 16-25.
- PESCE, Giovanni (ed.): *La pianificazione organica di Kropotkin, Reclus, Branford e Geddes, Mumford*. Clueb. Bolonia, 1981.
- RECLUS, Eliseo: "La evolución de las ciudades [1895]". En: D. Hiernaux-Nicolas: *La geografía como metáfora de la libertad. Textos de Eliseo Reclus*. Plaza y Valdés. México, 1999, pp. 87-106.
- REISSMAN, Leonard: *El proceso urbano. Las ciudades en las sociedades industriales*. Gustavo Gili. Barcelona, 1972.
- ROCHBERG-HALTON, Eugene: "The Transformation of Social Theory". En: T. P. y A. C. Hughes: *Lewis Mumford Public Intellectual*, op. cit., 1990, pp. 127-51.
- ROCHER, Guy: *Introducción a la sociología general*. Herder. Barcelona, 1973, 1975 y ss.
- RONCAYOLO, Marcel: *La ciudad*. Paidós. Barcelona, 1988 [1978].
- ROSSI, Aldo: *La arquitectura de la ciudad*. Gustavo Gili. Barcelona, 1999 [1966].
- ROSSI, Ino y O'HIGGINS, Edward: *Teorías de la cultura y métodos antropológicos*. Anagrama. Barcelona, 1981 [1980].
- SCHMIDT-RELENBERG, Norbert: *Sociología y urbanismo*. IEAL. Madrid, 1976 [1968].
- SHILS, E.: "Lewis Mumford: On the Way to The New Jerusalem". En: *The New Criterion*, núm. 9 (1983)
- SOBRERO, Alberto M.: *Antropología della città*. La Nuova Italia Scientifica. Roma, 1992.
- TULLOS, Allen: "The Politics of Regional Development: Lewis Mumford and Howard W. Odum". En: T. P. y A. C. Hughes: *Lewis Mumford Public Intellectual*, op. cit., 1990, pp. 110-20.
- VENTURA, Francesco (ed.): *Alle radici della città contemporanea: il pensiero di Lewis Mumford*. Città Studi. Milán, 1997.
- WARD, Colin: *Esa anarquía nuestra de cada día...* Tusquets. Barcelona, 1982 [1973].
- WHITE, Morton y Lucia: *El intelectual contra la ciudad, de Thomas Jefferson a Frank Lloyd Wright*. Infinito. Buenos Aires, 1967 [1962].
- WIRTH, Louis: "El urbanismo como forma de vida". En: Mercedes Fernández-Martorell (ed.): *Leer la ciudad. Ensayos de antropología urbana*. Icaria. Barcelona, 1988, pp. 29-53.
- WOJTOWICZ, Robert: *Lewis Mumford and American Modernism*. Cambridge University Press. Cambridge y Nueva York, 1996 y 1998.
- VV.AA.: "Lewis Mumford. Il profeta dimenticato". En: *Capitalismo, Natura, Socialismo*, V, 1(13), febbraio 1995; pp. 34-77.

APÉNDICE SELECCIÓN DE TEXTOS DE LEWIS MUMFORD

(Selección⁷⁷ y notas: José Ignacio Homobono)

1. LA CULTURA DE LAS CIUDADES ⁷⁸ (1938)

1.1. Introducción

La ciudad, tal como la encontramos en la Historia, es el punto de concentración máxima del poderío y de la cultura de una comunidad. Es el lugar donde los rayos luminosos pero divergentes de la vida se unen formando un haz más eficiente y más rico en significado social. La ciudad es la forma y el símbolo de una relación social integrada; en ella se encuentra el templo, el mercado, el palacio de justicia y la academia del conocimiento. Aquí, en la ciudad, los beneficios de la civilización son múltiples y variados; aquí es donde la experiencia humana se transforma en signos visibles, símbolos, normas de conducta y sistemas de orden. Aquí es donde se concentran los destinos de la civilización y donde, en ciertas ocasiones, el ceremonial se transforma en el drama activo de una sociedad totalmente diferenciada y consciente de ella misma.

Las ciudades son un producto de la tierra y reflejan la astucia del paisano para dominarla, técnicamente prolongan su habilidad que convierte el suelo en fines productivos, protegen sus ganados, regulan las aguas que humedecen los campos y le suministran depósitos para guardar sus cosechas. Las ciudades son los emblemas de la vida estable que comenzó con la agricultura permanente, los resguardos, las obras de irrigación y edificios permanentes con fines de protección y para almacenar productos.

Cada una de las fases de la vida del campo contribuye a la existencia de las ciudades. Lo que el pastor, el leñador y el minero conocen es transformado por intermedio de la ciudad en elementos durables para la herencia humana: los textiles y la manteca que produce el primero, los fosos, diques y caños de madera que hace el segundo y los metales que extrae de la tierra el último de los nombrados finalmente se convierten en instrumentos de vida urbana, que aseguran la existencia económica de la ciudad y donde luego se desarrollará el arte y la sabiduría de su rutina diaria. Dentro de la ciudad está concentrada la esencia de

77. Esta selección de textos trata de acercar al lector a los aspectos más relevantes del pensamiento de Mumford con respecto a la ciudad y su cultura, historia, formas y funciones. A través de extractos de sus dos principales obras, más un artículo de enciclopedia donde el propio autor efectúa una síntesis de sus planteamientos.

78. *The Culture of the Cities*. Harcourt, Brace and Co. Nueva York, 1938 [traduc.: *La cultura de las ciudades*. Emecé Editores. Buenos Aires, 1945, 3 vols.]. Textos, de la versión argentina: "Introducción", vol. I, pp. 11-26; capítulo IV, vol. II: "Formación y decadencia de la megalópolis", epígrafes 15 [*Ciclo del crecimiento y de la decadencia*], pp. 107-122, 16 [*Posibilidades de renovación*], pp. 123-127, y 17 [*Signos de salvación*], pp. 128-134; capítulo VII, vol. II: "Base social del nuevo orden urbano", epígrafes 14 [*El concepto social de la ciudad*], pp. 430-440, y 15 [*Organización contrapuntística*], pp. 441-443; más extractos del "Glosario", vol. III, pp. 11-13 y los distintos epígrafes de la "Bibliografía".

cada tipo de suelo, de trabajo y de propósito económico: y así surgen mayores posibilidades para el intercambio y para nuevas combinaciones.

Las ciudades son un producto del tiempo, son los moldes en los cuales las vidas de los hombres se han enfriado y congelado, dando forma permanente, mediante el arte, a momentos que de otra manera se desvanecerían con lo viviente y no dejarían medios de renovación o de participación detrás de ellos. En la ciudad, el tiempo se hace visible: los edificios, los monumentos y las avenidas públicas caen en forma más directa bajo la mirada de muchos hombres que los artefactos desparramados de la campaña y dejan una huella más profunda aun en las mentes de los ignorantes o de los indiferentes. Mediante el hecho material de la conservación el tiempo desafía al tiempo, el tiempo choca contra el tiempo: las costumbres y los valores siguen más allá del grupo viviente, poniendo de relieve el carácter de las generaciones de acuerdo con los diferentes estratos de tiempo. Las épocas pretéritas, superponiéndose como capas las unas sobre las otras, se conservan en la ciudad hasta que la vida misma amenaza perecer por asfixia. Entonces, como último recurso de defensa, el hombre moderno inventa el museo.

Debido a la diversidad de sus estructuras temporales, la ciudad, en parte, escapa a la tiranía de un solo presente y a la monotonía de un futuro que consiste en repetir un solo latido oído en el pasado. Mediante una orquestación compleja del tiempo y del espacio, y asimismo mediante la división social del trabajo, la vida en la ciudad adquiere el carácter de una sinfonía: las aptitudes humanas especializadas y los instrumentos especializados producen resultados sonoros que ni en volumen ni en calidad podrían obtenerse empleando uno solo de ellos.

Las ciudades surgen como consecuencia de las necesidades sociales del hombre y multiplican sus modos y sus métodos de expresión. En la ciudad, fuerzas e influencias remotas se funden con lo local: sus conflictos no son menos significativos que sus armonías. Y en ella, debido a la concentración de los medios de intercambio en el mercado y en la plaza pública, se presentan modos alternados de vida: los caminos de las aldeas, con sus surcos profundos, desaparecen, y las metas ascendentes dejan de ser omnisuficientes; hombres y mujeres extraños, intereses extraños y dioses extraños conviven en armonía y se van aflojando sus lazos tradicionales de sangre y de vecindad. Un buque mercante o una caravana que se detiene en la ciudad pueden traer un nuevo colorante para la lana, un brillo nuevo para el alfarero, un nuevo sistema de signos para las comunicaciones a larga distancia o un pensamiento nuevo sobre el destino humano.

En el ambiente urbano, las sacudidas mecánicas producen resultados sociales, y las necesidades sociales pueden dar lugar a invenciones que marcarán nuevos rumbos de experimentación a las industrias y a los gobiernos. En determinados casos la necesidad de un punto fortificado para protegerse de un ataque predatorio lleva a los habitantes de un pueblo indígena a una colina fortificada, y mediante el contacto obligatorio que exige la defensa común surgen posibilidades de intercambios más regulares y una cooperación más amplia. Este hecho ayuda a transformar los pueblos en una ciudad unificada, donde las rea-

lizaciones tienen un nivel más alto y un horizonte más vasto. La comunión colectiva de la experiencia y el estímulo de la crítica racional transforman los ritos de las fiestas pueblerinas en las formas imaginativamente más poderosas del drama trágico: se ahonda la experiencia, y también ésta circula más ampliamente mediante ese proceso. Y asimismo, en otro plano, el orfebre pasivo del pueblo se transforma, debido a la presión de las necesidades urbanas y de las oportunidades del mercado, en el agente dinámico del capitalismo o en el banquero que presta dinero o lo guarda y pone el capital en circulación dominando a la postre los procesos del comercio y de la producción.

La ciudad constituye un hecho de la naturaleza, lo mismo que una cueva o un hormiguero. Mas también es una obra de arte consciente, y contiene, dentro de su almacén comunal, muchas formas de arte más simples y más personales. La mente adquiere forma en la ciudad, y, a su vez, las formas urbanas condicionan la mente. El espacio, lo mismo que el tiempo, se reorganiza artísticamente en las ciudades, en las líneas periféricas y en las siluetas de los edificios. Al elegir los planos horizontales y los picos verticales, al utilizar o rechazar un lugar natural, la ciudad conserva la huella de una cultura y de una época y la relaciona con los hechos fundamentales de la existencia. La cúpula, el capitel, la avenida abierta y el patio cerrado nos revelan no solamente las diferentes disposiciones físicas, sino también las concepciones esencialmente diferentes del destino humano. La ciudad es de utilidad física para la vida colectiva y un símbolo para aquellos movimientos colectivos que aparecen en circunstancias favorables. Junto con el idioma, es la obra de arte más grande del hombre.

Gracias a su mando concreto y visible sobre el espacio, la ciudad se presta no sólo a los fines prácticos de la producción, sino también a la comunión cotidiana de sus ciudadanos; este efecto constante de la ciudad, como una obra de arte colectiva, fue expresado en términos clásicos por Thomas Mann⁷⁹ a sus conciudadanos de Lübeck, al celebrarse el aniversario de la fundación de esa ciudad. Cuando la ciudad deja de ser un símbolo de arte y de orden actúa en forma negativa: expresa y contribuye a dar mayor amplitud al hecho de la desintegración. En el confinamiento de la ciudad las perversidades y los males se propagan con mayor rapidez, y en las piedras de sus edificios se incrustan esos hechos antisociales; no es el triunfo de la vida urbana lo que determina la cólera profética de un Jeremías, de un Savonarola, de un Rousseau o de un Ruskin⁸⁰.

¿Cuál es la causa que transforma el régimen agrícola pasivo del pueblo en las activas instituciones de la ciudad?. No se trata aquí únicamente de una diferencia

79. MANN, Thomas (1875-1955): *Lübeck als geistige Lebensform*. Lübeck, 1926. A juicio de Mumford: "Compendio de la influencia espiritual de una gran ciudad sobre su hijo más preclaro" (1945, III: 91).

80. Mumford considera a John Ruskin (1818-1900) como el precursor de las interpretaciones social de la arquitectura y arquitectónica de las sociedades modernas. La obra más citada del mismo es: *The Stones of Venice*. Londres, 1851, 2 vols.; traducida al castellano. Pero también llama la atención sobre "su reclamo en *Munera Pulveris*, y en dondequiera haya tenido oportunidad de hacerlo, por aire puro y agua potable como requisitos previos y elementales para el arte urbano" (1945: III, 22-3 y 108; 1966: 867).

de magnitud, de densidad de población o de recursos económicos. El agente activo es cualquier factor que extiende el área del intercambio local, que engendra la necesidad de combinación y de cooperación, de comunicación y de comunión; creando de esta suerte una norma de conducta común y una serie común de estructuras físicas para las diferentes familias y gremios que constituyen una ciudad. Esas oportunidades y actividades se hacen sentir sobre los grupos primarios, constituidos en base a la aceptación tradicional, al contacto cotidiano, a las asociaciones más activas, a las funciones más especializadas y a los intereses supeditados a determinados fines de los grupos secundarios; en estos últimos el fin no es impuesto, sino que se elige; se procede, mediante la selección, a constituir las asociaciones y sociedades; el grupo mismo se especializa y se diferencia.

Desde el punto de vista histórico, el aumento de población debido al tránsito de una sociedad que vive de la caza a otra que lo hace de la agricultura puede haber determinado ese cambio; asimismo, el ensanche de las rutas comerciales debe haber contribuido a la diversificación de las ocupaciones. Empero, la naturaleza de la ciudad no se encuentra simplemente en su base económica: la ciudad, ante todo, es un emergente social, que tiende hacia su fin. Representa el máximo de posibilidades para humanizar el ambiente natural y naturalizar la herencia humana: da una forma temporal al primero y exterioriza, en formas colectivas permanentes, a la segunda.

“El hecho principal y más significativo respecto a la ciudad”, como lo han señalado Geddes y Brandford⁸¹, “es que la ciudad... funciona como el órgano especializado de la transmisión social. Acumula e incorpora la herencia de una región, combinándola en cierta medida y en cierto modo con la herencia cultural de unidades más grandes, nacionales, raciales, religiosas y humanas. Por un lado está la individualidad de la ciudad: el signo manual de su vida regional y de su historia. Por el otro están las huellas de la civilización, en las cuales cada una de las ciudades viene a ser un elemento constituyente”.

Hoy en día, debido a la interposición de muchas cosas extrañas, resulta difícil aprehender el papel que desempeña la ciudad y asimismo transformar ese medio básico de la existencia comunal. Durante los últimos siglos la intensa organización mecánica de la industria y la formación de estados políticos tiránicos ha hecho que la mayoría de los hombres no se dieran cuenta de la importancia que tienen los hechos que no encajan en las normas generales de la conquista mecánica, en la forma capitalista de la explotación y en la política del poder. Por lo general, la gente considera las realidades de la personalidad, de la asociación y de la ciudad

81. El maestro de Mumford escribió dos obras junto con Brandford, el más próximo a la sociología de sus colaboradores: Brandford, Víctor V. y Geddes, Patrick: *The Coming Polity: A Study in Reconstruction (The Making of the Future)* y *Our Social Inheritance*. Ambas editadas por Williams and Norgate. Londres, respectivamente en 1917 y 1919. Otros trabajos de Brandford citados recurrentemente por Mumford son: *Interpretations and Forecasts: A Study of Survivals and Tendencies in Contemporary Society*, Mitchell Kennerley. Nueva York y Londres, 1914; *The Drift to Revolution*. Londres, 1919; *Science and Sanctity*. Londres, 1923; y “Sociological View of Westminster”. En: *Sociological Review*, julio de 1930 Mumford afirma que, “aunque el trabajo de Geddes, juntamente con el de su brillante colega Víctor Brandford, no ha tenido el suficiente número de continuadores, ha demostrado ejercer una notable influencia” (1945, III: 24 y 52; 1966: 819).

como abstracciones, y creen que esas confusas abstracciones pragmáticas, el dinero, el crédito y la soberanía política, son realidades concretas que tienen una existencia independiente de las convenciones humanas.

Al echar una mirada en el pasado de la Civilización Occidental desde el siglo XIV puede verse claramente que la integración mecánica y la ruptura social son dos procesos paralelos. Nuestra capacidad, en lo que atañe a la organización física eficiente, ha aumentado enormemente; mas nuestra habilidad para crear un contrapeso armonioso a esos enlaces externos mediante asociaciones cooperativas y cívicas, tanto en escala regional como universal, como lo realizó la Iglesia Cristiana en la Edad Media, no se ha mantenido al unísono

con esos triunfos mecánicos. Debido a uno de esos cambios perjudiciales, frecuentes en la Historia, fue precisamente durante ese período de fluyentes energías físicas, de desintegración social y de experimentación política descabellada cuando se observó en las poblaciones del mundo en conjunto, así como en las ciudades del mundo occidental, un crecimiento desconocido. Los más ignorantes se preparaban a construir formas de vida social que los más sensatos ya no podían comprender. O más bien: los ignorantes estaban completamente desprovistos de toda preparación, pero ello no impidió que siguiesen construyendo. El resultado no fue una confusión temporaria y un lapso ocasional en cuanto a la eficiencia. Lo que siguió fue una cristalización del caos; el desorden se solidificó formando los barrios miserables y los distritos fabriles. El éxodo a los suburbios que sirven de residencia nocturna, así como los distintos departamentos de las factorías que rodean a las ciudades en proceso de crecimiento, sólo consiguió dilatar el área de perturbación social.

La estructuración física mecanizada predominó en todas las ciudades sobre el núcleo cívico; los hombres como ciudadanos se disociaron en el proceso mismo de unirse para imponer organizaciones económicas. La industria unida, que según se creía sería favorecida por esa organización de edificación sin plan y al azar, perdió mucho en eficiencia: no logró producir una forma urbana nueva al servicio de sus procesos complicados. En cuanto a las crecientes poblaciones urbanas, les faltaban las facilidades más elementales para vivir en la urbe, hasta que la luz del sol y el aire, sin mencionar los medios para lograr una vida social más rica. Las nuevas ciudades se desarrollaron sin el beneficio de un conocimiento social coherente o de un esfuerzo social ordenado: les faltaban las verdades, muy útiles en las ciudades de la Edad Media, o la autoridad estética y confiada del período barroco; en verdad, un campesino holandés del siglo XVII, en su aldea, sabía más respecto al arte de vivir en las comunidades que un conse-



Lewis Mumford, en 1932.

jero municipal del siglo XIX en Londres o en Berlín. Los hombres de Estado, que no vacilaron en fundir una gran diversidad de intereses regionales en estados nacionales o en construir un imperio que rodeaba al planeta, fracasaron; no fueron capaces de edificar siquiera un barrio donde se pudiera vivir decentemente.

En cada departamento la forma se desintegraba; excepto lo que concernía a su herencia del pasado, la ciudad, considerada como incorporación del arte y de la técnica colectiva, se desvanecía. Y allí, tal como ocurrió en Norteamérica, donde la pérdida ni siquiera quedó en parte compensada por la presencia de grandes monumentos del pasado y de costumbres persistentes de vida social, el resultado fue la creación de un ambiente crudo, disoluto y mezquino que frustró la vida social. Aun en Alemania y en los Países Bajos, donde las tradiciones de la vida urbana en cierto modo se conservaron durante la Edad Media, se cometieron los errores más grandes al hacer el plan de la construcción urbana. A medida que el ritmo de la urbanización aumentaba, el círculo de devastación se dilataba.

Hoy no sólo tenemos que hacer frente a la ruptura social original. Asimismo nos enfrentamos a los resultados físicos y sociales acumulados de esa ruptura: paisajes mutilados, distritos urbanos desordenados, focos de enfermedad, grandes zonas recubiertas de hollín, y kilómetros y más kilómetros de barrios miserables, "estandarizados", alrededor de las grandes ciudades. En pocas palabras: un fracaso general y una derrota del esfuerzo civilizado. Hasta ahora lo que hemos hecho no satisface nuestras necesidades. En Inglaterra, el primer país que sufrió en forma grave las consecuencias de ese mal que llamamos la desurbanización, cien años de reformas persistentes no han podido compensar los perjuicios. Recién en la última década esas reformas comienzan a resultar eficientes. Empero, cabe reconocer que aquí y allá existen lugares donde hay buenos edificios y donde las formas sociales son coherentes: pueden observarse nuevos centros de integración, y, desde 1920, esos lugares se han dilatado. Pero los principales resultados de más de un siglo de construcción equivocada, de deformación, de disociación y de desorganización, aún subsisten. Que el observador detenga la mirada en la estructura física de la vida comunal o en los procesos sociales que deben ser incorporados y expresados, el informe seguirá siendo el mismo.

Hoy en día comenzamos a ver que el mejoramiento de las ciudades no es un asunto que pueda resolverse mediante pequeñas reformas unilaterales: la confección del plan de la ciudad implica la tarea más vasta de reconstruir nuestra civilización. Debemos alterar los modos parasitarios y predatorios de vida que hasta ahora desempeñan una parte muy grande, y asimismo debemos crear, región tras región y continente tras continente, una simbiosis efectiva o vida cooperativa. El problema consiste en coordinar, basándose en los valores humanos más esenciales que la voluntad de poder y la voluntad de hacer ganancias, una serie de funciones sociales y de procesos que hemos empleado equivocadamente hasta ahora en la construcción de las ciudades y en la política, o de los cuales jamás hemos sabido sacar provecho de una manera racional.

Desgraciadamente las filosofías políticas a la moda en el siglo pasado poca o ninguna ayuda nos ofrecen para definir esta nueva tarea: sólo tienen en cuenta abstracciones legales, como ser el individuo y el Estado; abstracciones culturales,

como la humanidad, la nación, la gente, o abstracciones económicas, como la *clase capitalista* o el *proletariado*, en tanto que la vida tal como era vivida en las regiones, ciudades y pueblos de la tierra del trigo, de la tierra del maíz y de la tierra de la vid, en la mina, en la cantera y en las pesquerías, sólo se concebía como una sombra de los mitos prevalecientes y de las fantasías arrogantes de las clases dirigentes, o, a menudo, las fantasías no menos vagas de aquellos que las desafiaban.

Aquí y allá, desde luego, cabe señalar audaces excepciones, tanto en la teoría como en la práctica. Le Play⁸² y Reclus⁸³ en Francia, W.H. Riehl⁸⁴ en Alemania, Kropotkin⁸⁵ en Rusia, Howard⁸⁶ en Inglaterra, Grundwig en Dinamarca y Geddes⁸⁷ en

82. De la amplia obra de Frédéric Le Play (1806-1882) tan sólo cita Mumford: *Les Ouvriers Européens*. Tours, 6 vols, 2ª edición, 1877-79. Aunque, “con sus preocupaciones rurales y primitivas, no extendió su análisis hasta incluir la ciudad”, su trabajo es suficiente para considerarle como “uno de los grandes hitos de la sociología moderna” (1945: III, 21 y 88).

83. El autor cita, de Elisée Reclus (1830-1905), su artículo de síntesis: “The Evolution of Cities”. En: *Contemporary Review*, vol. 67, núm. 2 (febrero-junio 1895); pp. 246-64. [Mumford, 1966: 864]. Existe versión en castellano: “La evolución de las ciudades”. En: Daniel Hiernaux-Nicolas: *La geografía como metáfora de la libertad. Textos de Eliseo Reclus*. Plaza y Valdés. México, 1999; pp. 87-106.

84. Wilhelm Heinrich Riehl, historiador cultural y autor de la obra: *Die Naturgeschichte des Volkes als Grundlage einer deutschen Social-Politik*. Stuttgart, 1866-82, 4 vols., 6ª edición; véanse los capítulos dedicados a la ciudad en los volúmenes I y IV, y a la casa en el III. Mumford reconoce su profunda deuda para con Riehl (1945, III: 31 y 107; 1966: 865).

85. Mumford hace referencia a dos obras de Kropotkin (1842-1921): *Fields, Factories and Workshops*. Thomas Nelson & Sons. Londres, 1899; y *Mutual Aid: A Factor of Evolution*. William Heinemann. Londres, 1902. [Traducciones recientes: *Campos, fábricas y talleres*. Júcar. Madrid, 1977; *El apoyo mutuo. Un factor de Evolución*. Madre Tierra. Móstoles, 1989]. De la primera destaca la relevante comprensión sociológica y económica del geógrafo y líder anarcocomunista, recomendando su lectura “a todos aquellos que se ocupan de planeamiento para zonas no desarrolladas”; de la segunda su carácter precursor “sobre la simbiosis en sociología”, así como la tentativa de enmendar el “unilateral énfasis darwiniano en los aspectos más rapaces de la vida”, y especialmente el capítulo sobre la ciudad medieval. Alaba “el trabajo de un hombre de ciencia que sigue acrecentando su significación como profundo pensador a la vez que como personalidad humana. Mientras que la ideología de Marx era principalmente de índole paleotécnica, hacia las postrimerías del siglo XIX Kropotkin emergió de ese estrecho molde hacia la concepción de una economía de vida de tipo neotécnico” (1945: III, 33 y 85; 1966: 848).

86. Ebenezer Howard (1850-1928): *Garden Cities of Tomorrow*. Londres, 1902; la primera edición se tituló: *Tomorrow: A Peaceful Path to Land Reform*. Swan, Sonnenschein and Co. Londres, 1898 (Mumford, 1945: III, 80-1 y 1966: 844). [Existe una versión española: “Las Ciudades-Jardín del mañana”. En: Carlo Aymonino: *Origen y desarrollo de la ciudad moderna*. Gustavo Gili. Barcelona, 1972 (1971), pp. 129-213]. Las referencias a la obra de Howard son constantes en las publicaciones de Mumford, autor de la introducción a una nueva edición de aquella, fechada en 1946.

87. La influencia de Patrick Geddes (1854-1932) sobre Mumford se evidencia en las constantes referencias a aquél en la obra de éste, así como en las obras de Geddes incluidas en la bibliografía de Mumford (1945, III: 24 y 70; 1966: 835); pese a que afirma que “ninguno de los conceptos de Geddes sobre las ciudades ha sido jamás consignado adecuadamente en una monografía o en un libro”. Entre las más citadas, están: *City Development: A Study of Parks, Gardens and Culture Institutes*. Geddes and Co. Edimburgo, 1904; “Civics as Applied Sociology”. En: *Sociological Papers*, vols. I (1905), pp. 75-94 y 101-44, y II (1906), pp. 57-119; *Cities: Being an Introduction to the Study of Civics*. University of London. Londres, 1907; *Cities in Evolution*. Willians and Norgate. Londres, 1915 y 1949 [traducido como: *Ciudades en evolución*. Infinito. Buenos aires, 1960]. A modo de síntesis, Mumford afirma que: “Patrick Geddes, iniciándose en su carácter de biólogo, comenzó a recopilar las diversas tradiciones sociológicas de Comte y Le Play; el trabajo de estos dos hombres resultó decisivo para proporcionar, a la vez que un procedimiento de investigación, un discernimiento de vastos alcances sobre el planteamiento y desarrollo de los proyectos. Geddes aproximó íntimamente los aspectos históricos y geográficos de la investigación y, más que ello, unió los hasta entonces

Escocia comenzaron hace medio siglo a echar los cimientos de un nuevo orden. La visión de esos hombres puede ser tan importante para el nuevo régimen biotécnico, basado en la cultura deliberada de la vida, como lo fueron las formulaciones de Leonardo, de Galileo, de Newton y de Descartes respecto al orden mecánico más limitado sobre el cual se basan los triunfos de nuestra civilización maquinística. En las mejoras introducidas en las ciudades, el trabajo de algunos especialistas sanitarios como Chadwick⁸⁸ y Richardson⁸⁹, el de un diseñador de comunidades como Olmsted⁹⁰, y el de arquitectos clarividentes como Parker⁹¹ y Wright⁹², han echado

muy separados intereses de los eruditos investigadores de la actual circunscripción urbana con los objetivos prácticos del higienista, del reformador de inmuebles, del ingeniero municipal y del proyectista edilicio, los que habían estado tratando de efectuar cambios fragmentarios en esa circunscripción sin que a menudo la hubieran llegado a considerar como un conjunto estructural o social. El interés de Geddes por la ciudad en su carácter de biólogo, sociólogo y filósofo, y su ejemplo práctico como organizador de espectáculos públicos y exposiciones cívicas, fue sin duda alguna el mayor factor singular en el resurgimiento cívico y regional que haya tenido lugar en el Imperio Británico, alcanzando a lugares tan distantes como la propia India, en la que Geddes proyectó cerca de cincuenta ciudades entre 1914 y 1924" (1945: III, 23-24).

88. Edwin Chadwick, en su *Report on the Sanitary Condition of de Labouring Population of Great Britain*. Londres, 1842, describe el compendio de horrores que constituyen las condiciones de vida de la clase trabajadora inglesa en la era *paleotécnica*; cuidadosamente soslayado por quienes se dedican a edulcorar ese período [Mumford, 1945: III, 56; 1966: 824].

89. El doctor Benjamin Ward Richardson, propuso una utopía urbana salutífera en su *Hygeia, or the City of Health*. Londres, 1875. En ella propone reformas higienistas tales como ferrocarriles subterráneos, la prohibición de sótanos domésticos, la construcción de subterráneos de ladrillo y la conexión de las chimeneas a un horno central de gas, donde se consumirían los residuos de carbón. También preconiza la construcción de un pequeño hospital para cada cinco mil habitantes; pero implícitamente acepta el hacinamiento propio del modelo de *ciudad carbón*, y algunas de sus prescripciones más avanzadas para su tiempo ya se encontrarían desfasadas (Mumford, 1945: III, 106; 1966: 635 y 865).

90. Frederik Law Olmsted (1822-1903), padre de la arquitectura norteamericana del paisaje, colaborador del plan de la Exposición de Chicago (1893) y autor del diseño del Central Park neoyorquino (1858), cuyo concepción sobrepasó la idea del gran parque paisajístico en el corazón de la ciudad, para diseñar un programa integral de parques, con fundamentos higienistas y sociales. Diseñó otros parques urbanos en diversas ciudades americanas, fue un activo miembro de los movimientos por la conservación de las áreas naturales, y miembro de la Comisión McMillan (1901) para la mejora de Washington [cfr. Mumford, 1945: I, 364-5 y III, 99; 1966: 858]; Frederik Law Olmsted Jr. y Theodora Kimball: *Frederik Law Olmsted, Landscape Architect, 1822-1903*. Nueva York, 1928, 2 vols. También, del propio Olmsted: *Public Parks and the Enlargement of Towns*. Cambridge, Mass., 1870. Mumford se ocupa detalladamente de Olmsted y del Central Park en: *Las décadas oscuras*. Buenos Aires. Infinito, 1960, pp. 70-80.

91. Barry Parker (1867-1947), arquitecto británico socio de Raymond Unwin (1863-1940), con quien desde 1902 trabaja en diversos proyectos que materializan la ciudad jardín de Howard: New Earswick, Letchworth y Hampstead; autor, en solitario, de Wythenshawe –en Manchester– que puede ser considerada como la primera ciudad jardín propiamente dicha de Inglaterra. Coautor, con su citado socio, de: *The Art of Building a Home. A Collection of Lectures and Illustrations*. Longsman, Green. Londres, 1901.

92. Sobre la significación de Wright (1869-1959) cfr. el libro de Lewis Mumford: *Frank Lloyd Wright y otros escritos*. Infinito. Buenos Aires, 1959; así como el capítulo "La obra de Wright", en: *La carretera y la ciudad*. Emecé. Buenos Aires, 1966, pp. 169-91. Este cita los siguientes libros de Wright: *Modern Architecture*. Princeton, 1931; *The Disappearing City*. Nueva York, 1932, "que representa la máxima posibilidad de descentralización bajo las condiciones técnicas modernas"; *Architecture and Modern Life*. Nueva York, 1932 [con Baker Brownell]; *Frank Lloyd Wright on Architecture: Selected Writings 1894-1940*. Nueva York, 1941; *The Living City*. Nueva York, 1958 (1945, III: 35 y 126-7; 1966: 883).

los cimientos para crear un ambiente colectivo donde las necesidades de la reproducción, de la alimentación y del desarrollo psicológico, así como los procesos sociales mismos, serán atendidos en forma adecuada.

Ahora bien, el ambiente dominante urbano del siglo pasado ha sido en lo principal un producto sucedáneo mezquino de la ideología maquinística. En la actualidad casi todo ese producto resulta anticuado como consecuencia del avance rápido de las artes y de las ciencias biológicas, y por la penetración constante del pensamiento sociológico en todos los departamentos del ambiente urbano. Hemos alcanzado ahora un punto donde esas acumulaciones recientes de percepción histórica y de conocimiento científico pueden influir en la vida social, moldear nuevamente las formas de las ciudades y contribuir a transformar los instrumentos y los fines de nuestra civilización. Ya se vislumbran los cambios profundos que afectarán la distribución y el aumento de la población, la eficiencia de la industria y la calidad de la Cultura Occidental. Una de las tareas principales del estudiante contemporáneo de la ciudad consistirá en hacer una estimación exacta de esas nuevas potencialidades y sugerir su dirección con objeto de afianzar el bienestar humano. En última instancia esos estudios y proyectos imaginativos deben ejercer una presión directa sobre la vida de todo ser humano civilizado.

¿Qué es la ciudad? ¿Cómo ha funcionado en el mundo occidental desde el siglo X, cuando comenzó la renovación de las ciudades, y, en particular, cuáles son los cambios que han sido determinados en su composición física y social durante el siglo pasado? ¿Qué factores han condicionado el tamaño de las ciudades, la extensión de su crecimiento, el tipo de orden manifestado en el plan de las calles y de la construcción, la manera de formar núcleos, la composición de sus clases económicas y sociales, su modalidad física de existencia y su estilo cultural? ¿Mediante qué procesos políticos de federación o amalgama, de unión cooperativa o de centralización, han existido las ciudades, y qué nuevas unidades de administración sugiere la época actual? ¿Acaso hemos encontrado una forma urbana adecuada para captar todas las fuerzas sociales y técnicas tan complejas de nuestra civilización? Y de poderse discernir un orden nuevo, ¿cuáles son sus rasgos principales? ¿Cuáles son las relaciones entre la ciudad y la región? ¿Cuáles son los pasos que es necesario dar a fin de volver a definir y reconstruir la región misma como una habitación colectiva humana? En resumen, ¿cuáles son las posibilidades para crear la forma, el orden y el diseño en nuestra civilización actual?

Estas son algunas de las cuestiones que plantearé en el siguiente estudio. Allí donde sea posible, tomaré como respuesta algunos ejemplos concretos contemporáneos: procedimiento éste fácil de seguir, porque actualmente ya existen los gérmenes y las formas embrionarias del nuevo orden. Pero donde ello no sea posible, trataré de descubrir el principio esencial sobre cuya base puede predecirse una respuesta o solución viable [...].

1.2. Formación y decadencia de la megalópolis

1.2.1. CICLO DEL CRECIMIENTO Y DE LA DECADENCIA

Durante la última generación se han hecho numerosas tentativas para resumir el curso del desarrollo de la ciudad y correlacionarlo con el desarrollo y la decadencia de la civilización. Una de las interpretaciones más conocidas es la de Oswald Spengler en el libro eufemísticamente traducido con el título de *La Decadencia de Occidente*⁹³. Para el autor de esta obra la comunidad tiene su origen en la “cultura” y termina en la “civilización”; en sus comienzos es la expresión viviente de un pueblo, que establece un intercambio armonioso con el suelo y está animado por un sentimiento común, hacia la vida, la tierra y el universo, aun cuando no formulado como visión filosófica en la fase final, la que él llama civilización, con su dura organización mecanizada de hombres, de artículos y de ideas: sin raíces, sin espíritu y, en última instancia, sin vida ni esperanza: con centrada en unas pocas capitales mundiales que ya no tenían relación alguna con la tierra y donde las formas maleables de las culturas se han convertido en clisés inanimados.

De acuerdo con el primer esquema de Spengler, el proceso del dominio, que comienza con la agricultura, termina con el predominio de la máquina: dispositivo éste que, según él, encierra algo infernal, hostil para la vida. El hombre de negocios, el ingeniero y el industrial desplazan al artista y al campesino. Pero la mecanización, ligada a un esquema descarado de explotación, remata en el salvajismo: Spengler reconoció este hecho y en sus últimas formulaciones manifestó jactanciosamente que el hombre era un carnívoro, a fin de justificar la conclusión de que los hombres de nuestra época deben aceptar de buena gana el salvajismo, someterse al látigo de un César y tomar parte en sus maquinaciones brutales. Desde luego existe una contradicción seria entre las creencias románticas de Spengler en la criatura carnívora voraz y los hechos históricos de la domesticidad rural y de la cultura urbana; pero pueden perdonarse los errores de Spengler, pues tiene a su favor la atenuante de haber sido uno de los primeros hombres de nuestra generación capaz de aprehender el significado crítico de la ciudad en el desarrollo de la cultura.

Una interpretación posterior de este ciclo del desarrollo y de la decadencia de la metrópoli es la que nos ha dado Arnold J. Toynbee, en su obra monumental, *Estudio de la Historia*⁹⁴. El estudio de Toynbee es más profundo que el de

93. Así titulado en castellano. En su versión original: *Der Untergang des Abendlandes*. Munich, 1920; en inglés: *The Decline of the West*. Nueva York, 1928, 2 vols. De esta obra de Spengler (1880-1936) afirma Mumford: “Importante por la manera en que destaca el papel desempeñado por la ciudad como un factor formativo de la cultura. También posee algunos pasajes notables, aunque ocasionales, que denotan una profunda compenetración de la arquitectura...” (1945: III, 115; 1966: 872).

94. En su edición original: *A Study of History*. Londres, 1934, 3 vols.; hasta 1961, se publicarían otros nueve volúmenes más. De la obra de Toynbee (1889-1975) afirma Mumford: “Una tentativa monumental de interpretar el desarrollo de las culturas. Muy bueno en su análisis del ambiente en general, pero también inadecuado por su incapacidad para reconocer la importancia crítica de la ciudad y del claustro en el desarrollo de la personalidad y de las formas institucionales” (1945: III, 120; 1966: 876).

Spengler; se basa en una aprehensión mayor de hechos históricos y no pasa por alto la evidencia empírica a fin de mantener intacta la figura literaria. Desgraciadamente, la teoría del desarrollo de la civilización de Toynbee no abarca la función especial de la ciudad, considerada a la vez como el instrumento y símbolo de este proceso; y aun cuando vuelve a descubrir la función del claustro, en su concepción del retiro y regreso como paso necesario en el proceso de renovación, no relaciona esta circunstancia con el del desarrollo urbano. De ahí que Toynbee resulte débil precisamente donde Spengler es más fuerte: empero, cabe observar que su división de las culturas componentes en sociedades y su ciclo esquemático del desarrollo se basan en una observación más detenida de la evidencia histórica.

El sumario más significativo de todos, desde el punto de vista desarrollado en este libro, es asimismo el primero: el que propuso Patrick Geddes hace veinticinco años en su bosquejo de las fases del desarrollo de la ciudad, que comienza con la polis y termina con la necrópolis. Como verdadero discípulo, he modificado el esquema de Geddes, así como modifiqué su análisis de la fase paleotécnica⁹⁵ y neotécnica⁹⁶ de la máquina. Por lo tanto, me propongo insertar una fase más temprana que no figura en su esquema, y he combinado dos fases posteriores, las de Parasitópolis y Pathópolis, en una sola fase, dado que no puede observarse un intervalo de tiempo entre ellas. Estas modificaciones, hechas después de su muerte y que por lo tanto no han sido sometidas a su sanción, tienen el mérito de colocar las tres primeras fases del ciclo en la curva ascendente y las últimas tres en la descendente; y esto, a mi parecer, encaja más dentro del esquema esencial de Geddes que su propio diagrama original.

Primera fase: Eópolis. – Desarrollo de la comunidad en la aldea. Desarrollo de la habitación permanente y de los órganos externos de asociación permanente gracias a la agricultura y la seguridad de una provisión de alimentos equilibrada obtenida merced a la domesticación de animales. Cultivo de granos y de legumbres, y asimismo de ciertos árboles y de la vid; provisión abundante de proteínas, grasas vegetales y licores fermentados. El sobrante de la producción en

95. “Se refiere a la economía del carbón y del hierro, la cual existió como mutación en el período eotécnico (altos hornos y ferrocarriles primitivos), pero que, en el siglo XVIII, comenzó a desplazar el complejo eotécnico y, entre 1850 y 1890, se convirtió en un *dominante*. Principales invenciones: la máquina a vapor, el convertidor Bessemer y varios dispositivos automáticos para hilar y tejer. La economía eotécnica subsistió en forma *recesiva* hasta 1875” (1945: III, 11-12).

96. “Se refiere a la nueva economía que comenzó a *emerger* en la penúltima década del siglo XIX y que se basaba en el uso de la electricidad, los metales más livianos, tales como el aluminio y el cobre, y las tierras y metales raros, tales como el tungsteno, el platino, el torio y otros. En este período se realizan grandes mejoras en el aprovechamiento de la energía, que culminan en la turbina hidráulica; se lleva a cabo la destilación seca del carbón y se logra aprovechar por completo los materiales viejos y los subproductos. Asimismo se introducen mejoras en las máquinas, muchas de las cuales llegan a ser automáticas. Principales invenciones: el transformador eléctrico, el motor eléctrico, la luz eléctrica y la comunicación eléctrica por medio del telégrafo, del teléfono y de la radio; cabe también mencionar la vulcanización del caucho y el motor a explosión. En la actualidad el complejo eotécnico es un *superviviente*, el paleotécnico un *recesivo*, en tanto que el neotécnico es un *dominante*” (1945: III, 12).

la agricultura compensa las irregularidades del ciclo de las estaciones y asegura una rutina ordenada de la vida: seguridad y continuidad. Las mejoras permanentes para los depósitos –transformación de la energía cinética en energía potencial (depósitos de alimentos)– determinan un gran aumento del poder económico y cultural.

Diferenciación de la casa de residencia permanente, y límites regulares de la aldea como consecuencia de un trazado sistemático y de un reparto ordenado de la tierra: aldeas sobre pilotes, aldeas de praderas, etc. Desarrollos técnicos importantes, especialmente en lo referente a los utensilios e instrumentos agrícolas: alfarería, fabricación de cestas, de azadas, comienzos sistemáticos de explotación de minas y de fabricación de herramientas: aurora de la metalurgia. El fuego como símbolo del progreso: el fogón y el altar. Transmisión hablada de la tradición debida a la camaradería estrecha entre viejos y jóvenes. La asociación se hace sobre la base de la sangre y de la vecindad: predominio de los grupos primarios. La cultura guarda continuidad con la vida, pero está limitada por la restricción arbitraria de la experiencia (tabús); temor a apartarse de las fórmulas mágicas; respeto sumiso a la sabiduría ancestral tal como ha sido transmitida por los sacerdotes, y falta de intercambio estimulante con otras culturas. Primera diferenciación de las aldeas sobre la base de realidades topográficas, de recursos locales y de ocupaciones indígenas: aldeas de mineros, aldeas de pescadores y aldeas de agricultores.

La aldea, que probablemente surgió en la cultura neolítica, sigue siendo la más resistente de las formas colectivas. Su vida constituye el principio de todas las transformaciones subsecuentes de la civilización, y aun cuando las aldeas pueden continuar existiendo como tales, nunca cumplen más que una parte del ciclo y nunca participan, excepto por infiltración adaptativa, en los progresos realizados en la ciudad. Por eso mismo logran evitar las consecuencias más graves de la decadencia. La aldea agrícola, no el mercado, es el prototipo de la ciudad: sus ventajas, en lo que se refiere a la protección, a los depósitos y al mantenimiento de la vida, son el núcleo esencial de la ciudad, y con el correr del tiempo se convierten en las formas culturales que simultáneamente se expresan en forma concreta en las manifestaciones del arte colectivo: el altar se convierte en templo, los rituales de plantación y de la cosecha se convierten en drama y en teatro, el arcón del granero y el sótano son en la aldea los prototipos de la biblioteca, del archivo y del museo. La aldea sigue siendo la raíz esencial que, de cuando en cuando, echa nuevos brotes urbanos. Su forma y su contenido persisten mucho después que otros tipos diferenciados urbanos han florecido y desaparecido. De ahí que esta estrofa, a menudo citada por los habitantes de un pequeño pueblo situado cerca de Edimburgo, contenga no poca verdad:

*Musselburgh era un pueblo cuando Edimburgo no existía.
Musselburgh será un pueblo cuando Edimburgo se haya ido.*

Segunda fase: Polis.– Asociación de aldeas o grupos consanguíneos con una sede común que facilita la defensa contra los ataques del invasor: una deidad común con un altar o templo común, generalmente cerca de la sede defen-

siva o en ella, que sirve de punto de reunión para celebrar ferias periódicamente; en ellas tiene lugar un intercambio de productos y de procedimientos entre las comunidades más grandes. Desarrollo de la producción industrial mediante la división sistemática del trabajo y la especialización parcial de las funciones; desarrollo de los negocios: aparece un sobrante de productos fabricados así como de alimentos. Comienzos de la mecanización –estampado y moldeo– en los primeros centros civilizados situados al borde de los ríos; aparece el molino de agua, se pavimentan caminos y, en la civilización grecorromana, se vulgariza el uso de vehículos con ruedas; en la civilización moderna, en su fase eotécnica⁹⁷ se fabrican instrumentos de precisión así como dispositivos para captar y distribuir energía.

Energía libre: tiempo libre: escape a la preocupación incesante que requiere el esfuerzo para sobrevivir. Oportunidad para alimentar mejor a la familia, para la educación, para el desarrollo del cuerpo en los ejercicios militares y atléticos, para la disciplina de la mente en la contemplación, en la dialéctica y en la ciencia, y para practicar las artes humanas. Medicina sistemática y cultura de la salud. Desarrollo ulterior de la división social del trabajo mediante la multiplicación de asociaciones de organizaciones con finalidades determinadas. Diferenciación entre el conocimiento teórico y el empírico: rudimentos de matemáticas, astronomía y filosofía: influencia creciente de una clase social especial exenta de trabajos y obligaciones prácticas, pero dedicada a conservar y dilatar la herencia cultural. Erección de edificios especiales que incorporaban colectivamente nuevas funciones culturales y políticas: el templo, el estadio, el teatro, la casa consistorial y la catedral. Desarrollo de la escuela como órgano para transmitir sistemáticamente los elementos de la herencia social a los niños y a los jóvenes; diferenciación ulterior entre el claustro y la escuela: la arboleda, la alameda, el claustro, el estudio y el laboratorio. La unidad cívica y la visión común de la vida están simbolizadas en el templo y en la catedral. Aumenta el depósito cultural con figuras esculpidas, imágenes pintadas, monumentos y libros.

Conservación de las labores agrícolas y de las costumbres rurales, incluso el culto de los antepasados y los ritos ancestrales: la polis sigue siendo una colección de familias; la organización de la familia se conserva en la industria no menos que en la agricultura; y las inmigraciones estacionales motivadas por distintas causas entre la aldea y la polis conservan y renuevan las relaciones rurales. La región alrededor de la polis suministra agua, materiales de construcción, alimentos y los principales recursos industriales. Transformación de las estructuras construidas con materiales provisorios en otras más durables: refinamien-

97. "Se refiere a los comienzos de la era técnica moderna, cuya economía está basada en el aprovechamiento del viento, del agua y de la madera para producir energía. La madera era el material generalmente empleado en las construcciones. Esa modalidad predominó en Europa occidental, desde el siglo X hasta el XVIII, y desde el siglo XIII en adelante se caracterizó por las mejoras introducidas en la navegación, en la industria del vidrio y en la de los textiles. En ese período se construyeron muchos canales, y en su última fase se nota el aprovechamiento de la energía aplicado a las máquinas" (1945: III, 11).

to del detalle arquitectónico: se introducen modificaciones formales en los altares y en los edificios importantes que reflejan los sentimientos colectivos en lo que atañe a la vida y al universo. Permeabilidad de la cultura estética y moral en todos los rangos de la sociedad. Expresión de modos de vida diferenciados pero aún homogéneos.

Tercera fase: Metrópoli. – Dentro de la región surge una ciudad entre los grupos menos diferenciados de pueblos y ciudades de campo. Aprovechando una ubicación estratégica, un caudal abundante de agua potable, un lugar fácil de defender, tierra buena para cultivar, el dominio fácil de las rutas terrestres o de las fluviales y un puerto más seguro –generalmente gracias a la combinación de algunas de esas ventajas–, una ciudad atrae un número más grande de habitantes: se convierte en la metrópoli, o sea la “ciudad-madre”. Al acumular esas ventajas, el dominio de las vías de transporte probablemente es lo que determina el cambio crítico: compárense los hititas con los egipcios, o los espartanos apegados a la tierra, con los atenienses, móviles aventureros y como quien dice nacidos en el agua.

Cuando se tiene un sobrante de productos regionales se desarrolla un comercio especializado en otras regiones que trae a la metrópoli creciente el suministro de alimentos necesarios que ya no pueden cosecharse en la vecindad inmediata, y asimismo muchos artículos codiciados de otras regiones: fabricaciones especiales, formas especiales y aun patrones estéticos no conocidos de las industrias tradicionales de la región local. Se opera un cruzamiento de culturas: ello implica el estímulo de la invención y la ruptura con la rutina.

El comercio con países distantes y la administración de la riqueza en esas regiones apartadas estimulan aún más la invención y crean la necesidad de símbolos abstractos: signos pictóricos, tablas numéricas y alfabetos. Una población extranjera de comerciantes y de estudiantes entra en la metrópoli: quizá al principio no son absorbidos, porque la sangre y la vecindad se tienen en cuenta; traen el impacto de nuevas costumbres e ideas que significan desafíos a las antiguas costumbres. Cada vez más se acentúa la especialización de las funciones económicas y sociales, el taller especializado, la clase comerciante especializada y las subdivisiones de los mismos. La biblioteca y la universidad se desarrollan en gran escala como depósito y fábrica de ideas. Desarrollo de órganos más eficaces de administración centralizada aparte de los tribunales y las asambleas primitivas. La fábrica desplaza a la agricultura, que ya sólo figura en segundo término, y a su vez se convierte en un instrumento del comercio. Se hace sentir una rivalidad manifiesta entre los patricios dueños del suelo y los nuevos comerciantes e industriales de la metrópoli: en estado de permanente quiebra, los trabajadores que no poseen tierras tienen que emplearse de jornaleros, sin perspectivas de mejorar su posición económica. Emigración de una minoría dentro de la política.

La religión, la literatura y el drama alcanzan la fase de la crítica y de la expresión que tiene conciencia de sí misma: el modo sistemático-racional crece a expensas de los modos orgánicos e instintivos. Toda parte del ambiente y de la

cultura es deliberadamente remodelada: la ley escrita suplementa a la costumbre y a la ley común, y el lenguaje escrito contribuye a dar forma a los dialectos hablados en las regiones vecinas, constituyendo un medio común de intercambio secundario: la investigación racional desafía a la rutina. Los representantes de la religión, de la filosofía y de la ciencia ya no están unidos en una jerarquía de sacerdotes; siguen sendas diferentes: se agranda el abismo entre el conocimiento sagrado y el secular, entre el empirismo y la teoría, entre el hecho y la idea; pero esas contradicciones y semejanzas, esas hostilidades y amistades espirituales dan lugar a nuevas síntesis. En todos los órdenes de la vida se observa un nuevo enfoque similar: la emancipación de las antiguas normas y de la rutina estereotipada. La fusión de lo instintivo, de lo imaginativo y de lo racional en grandes filosofías y obras de arte: expansión máxima de la energía cultural [...].

Signos de debilidad aparecen debajo de la superficie. Cada vez resulta más difícil absorber e integrar elementos culturales dispares: aparece un individualismo que tiende a romper los antiguos lazos sociales sin crear un nuevo orden en un plano más alto. La guerra profesional, ya diferenciada como rasgo cultural, adquiere nueva energía debido a un equipo técnico más grande y al nuevo ímpetu derivado de la rivalidad económica. Estallan conflictos graves entre los propietarios de la maquinaria de la producción y los trabajadores, ya esclavos o libres: comienza la lucha de clases en forma activa. Se estabilizan los símbolos pecuniarios de la ganancia a medida que la clase cada vez más numerosa de mercaderes y banqueros ejerce mayor influencia.

Fase cuarta: Megalópolis.— Comienza la decadencia. La ciudad, bajo la influencia de un mito capitalista, se concentra en los negocios y en el poder. Los dueños de los instrumentos de la producción y de la distribución subordinan cualquier otro hecho de la vida al acaparamiento de riquezas y a la exhibición de las mismas. Conquista física recurriendo al empleo de fuerzas militares; dominación financiera por medio del comercio y de los procesos legales; empréstitos, hipotecas y empresas especulativas. La base agrícola se extiende; el suministro de artículos y productos disminuye; crece el espíritu de empresa agresivo y la agresión emprendida a medida que se embota el sentido moral y que el deseo de poder atenúa la atracción que ejercen sobre los seres los demás atributos de la vida; asimismo se debilita el ansia cultural. Estandarización, sobre todo en términos pecuniarios, de los productos culturales en el dominio de la literatura, la arquitectura y el idioma. La reproducción mecánica suplanta el arte original; la magnitud suplanta a la forma; el volumen suplanta al significado. Triunfo de la mecanización en todos los órdenes: pasividad; impotencia manual; burocratismo; fracaso de la acción directa.

La megalópolis aparece en una época de expansión cultural, en una era de estudio y de conocimiento científico basado en tablas: investigación estéril; aparatos exactos para registrar los hechos y técnica refinada sin relación con la finalidad racional o con las posibilidades últimas de la acción social: alejandrismo. Creencia de que en todos los órdenes de la vida rigen las cantidades abstractas: los monumentos más grandes, los edificios más altos, los materiales más cos-

tosos, el suministro mayor de alimentos, el número mayor de votos y la población más grande. La educación adquiere un carácter cuantitativo: dominio de la máquina de rellenar y de la enciclopedia y asimismo dominio de la megalópolis considerada como enciclopedia completa: lo contiene todo. El saber se divorcia de la vida; la vida misma se fragmenta en compartimentos y finalmente queda desorganizada y debilitada [...].

Se invierte demasiado dinero en el aparato material de la magnitud. La energía no se aplica a los fines biológicos y sociales de la vida, sino que se gasta en los medios físicos preparatorios. Explotación descarada del proletariado y conflicto creciente entre los trabajadores organizados y las clases propietarias. Tentativas ocasionadas por parte de las clases poseedoras para fomentar el seguro mediante la filantropía: justicia en dosis homeopáticas. Estallidos ocasionales de represión salvaje por parte de la burguesía atemorizada que no tiene escrúpulos en emplear con ese fin a los elementos más bajos de la ciudad. A medida que el conflicto se intensifica surge una coalición entre la oligarquía de los terratenientes, templada en la lucha, y la canalla de la megalópolis, compuesta por especuladores, emprendedores y financieros que proporcionan el nervio de la guerra y se aprovechan de todas las ocasiones favorables que les brindan la lucha de clases y la subida de los precios. La ciudad como medio de asociación y como puerto de la cultura se convierte en un medio de disociación y en una amenaza cada vez mayor para la cultura real. Ciudades más pequeñas caen en la esfera de influencia de la megalópolis: practican por mimetismo los vicios de la gran ciudad y hasta se hunden en niveles más bajos, porque les faltan las grandes instituciones del conocimiento y de la cultura que aún subsisten en los centros más grandes. Aparece la amenaza del barbarismo general. Y ahora se acelera, con fuerza acumulativa y creciente volumen, el movimiento descendente del ciclo.

Fase quinta: Tiranópolis. – Extensión del parasitismo por toda la escena económica y social: la función de gastos paraliza las actividades más altas de la cultura y ningún acto de la misma se justifica cuando no implica exhibición y gasto. La política se convierte en una competencia entre varios grupos para explotar el tesoro municipal y el del estado. Se extirpan todos los órganos comunales de la vida cívica, excepto los del “estado”. Cesarismo. Desarrollo de los procedimientos de rapiña como sustitutos para el comercio y las relaciones comerciales: explotación sin tasa ni medida de las colonias y del territorio interior; intensificación de los ciclos de depresión comercial como consecuencia del exceso de expansión industrial y de la empresa especulativa agudizado por las guerras y las preparaciones guerreras. Fracaso de los gobernantes económicos y políticos para mantener la rectitud administrativa: búsqueda de puestos, búsqueda de privilegios, adulación abyecta, nepotismo: aumentan los impuestos. Apatía moral generalizada y fracaso de la responsabilidad cívica: cada grupo y cada individuo toma lo que se puede llevar. Se abre un abismo cada vez más profundo entre las clases productoras y las clases gastadores. Aumenta el lumpemproletariado que reclama su parte de pan y de espectáculos. Deportes cada vez más violentos para las masas. Amor parasitario de las sinecuras en todos los órdenes de la vida. Los *gangsters* y la soldadesca degradada exigen dinero con

el pretexto de proteger: el pillaje y el chantaje organizados constituyen acompañamientos “normales” de los negocios y de la empresa municipal. Dominio de las gentes respetables que se conducen como criminales y de los criminales que, a pesar de sus actividades, logran conservar la apariencia de la respetabilidad.

Guerras imperialistas, internas y externas; y después, la inanición, las epidemias, las enfermedades y la desmoralización: la incertidumbre se cierne sobre todos los proyectos futuros; la protección armada crea una situación peligrosa. Bancarrota municipal y del estado. Los impuestos locales se agregan a la carga, cada vez más pesada, de la deuda local originada por los servicios de alumbrado, limpieza, policía, etc. Necesidad de recurrir al estado para obtener ayuda en período de desorganización económica: pérdida de la autonomía. La base militar del estado, cada vez más importante, absorbe una buena parte de lo recaudado por concepto de impuestos nacionales. Esta carga significa otro peso que deben sobrellevar la industria honesta y la agricultura y asimismo crea nuevas dificultades para suministrar los artículos materiales elementales. Merma de la producción agrícola debido a la explotación de las minas, a la erosión, a la reducción de la tierra dedicada a la labranza y también porque los granjeros resentidos se resisten a vender las cosechas destinadas a la ciudad. Declinación del aumento de la población como consecuencia del control de la natalidad, del aborto, de la matanza en masa y del suicidio. Pérdida general del carácter. Tentativa para crear un orden mediante la acción militar externa: aparición de los dictadores *gangsters* (Hitler, Mussolini) con el consenso de la burguesía: terrorismo sistemático ejercido por la guardia pretoriana. Recrudescimiento de la superstición y del culto deliberado del salvajismo: invasiones de los bárbaros desde adentro y desde afuera. Comienza el éxodo de megalópolis. Deficiencias materiales e interrupciones de continuidad material: represión y censura. Cese del trabajo productivo en las artes y en las ciencias.

Fase sexta y última: Necrópolis. – La guerra y el hambre asolan la ciudad y la campiña. Las ciudades se convierten en simples revestidas. Los que quedan en ellas no pueden costear los antiguos servicios municipales o mantener la antigua vida cívica: lo que queda de la vida es, en el mejor de los casos, una torpe caricatura. Los nombres persisten, pero la realidad se desvanece. Los monumentos y los libros ya no aportan significado alguno; la antigua rutina de la vida implica demasiado esfuerzo para que se pueda seguir viviendo como antes; el pavimento de las calles se resquebraja y el pasto crece en las hendiduras; los viaductos se derrumban, los depósitos de agua se vacían; las tiendas fastuosas que han sido saqueadas ya no tienen artículos para vender debido al derrumbe del comercio y de la producción. Retorno a las ocupaciones rurales primitivas. La cultura histórica únicamente podrá sobrevivir en las provincias y en los pueblos remotos, que comparten el colapso, pero que no son arrastrados completamente o sumergidos bajo los escombros de la megalópolis. Primero, la megalópolis se convierte en un cubil; luego, sus ocupantes o bien se alejan voluntariamente o son capturados o muertos por alguna banda de guerreros que busca el oro, los artículos de lujo o las mujeres que aún pueden quedar. Las formas vivientes de la antigua ciudad se convierten en una tumba: la arena cubre las ruinas; así

sucedió con Babilonia, Nínive y Roma. En pocas palabras, necrópolis es la ciudad de los muertos: la carne se convierte en cenizas y la vida en una columna de sal sin sentido.

1.2.2. POSIBILIDADES DE RENOVACIÓN

En la historia abundan los cementerios donde están enterradas las formas muertas y los caparzones abandonados de las comunidades que no conocieron el arte de vivir en relación armoniosa con la naturaleza y con otras comunidades. La fase final, en la cual Spengler se deleitaba, es una realidad innegable que ha destruido a muchas civilizaciones: carne de cadáveres para la imaginación de los buitres.

Pero no debemos, como un Spengler o un Sorokin⁹⁸, cometer el error de identificar las fases *lógicas* de un proceso, tal como las descubre y las sistematiza el análisis intelectual, con la realidad viviente. Porque en la vida real, y en las culturas reales, la historia no presenta un bloque sólido de dimensiones uniformes que puedan fragmentar se en bloques más pequeños unificados en sí mismos para formar parte de un todo consistente. A menudo en la fase media del ciclo de una cultura se presentan procesos finales; los reveses de la fortuna y las lesiones pueden significar, para la gente de edad madura, el desgaste normal de la senectud. Asimismo pueden notarse reacciones rejuvenecedoras en las fases finales de la civilización más mecanizada. El tiempo considerado como experiencia y duración trastorna el orden lógico que se basa principalmente en el tiempo considerado como atributo del movimiento en el espacio. Aparecen mutaciones de origen desconocido en las comunidades humanas: la herencia social convierte a la sociedad en una cosa que tiene menos unidad de lo que estamos obligados a suponer, debido a la naturaleza del idioma, cuando interrumpimos la corriente compleja de la vida real a fin de representárnosla en el pensamiento. De esas mutaciones puede surgir un nuevo dominante social: que en este caso sería un residuo salvador.

Consideremos el caso más simple: a menudo se llega a la fase final de la civilización en un punto intermedio del desarrollo urbano. [...] El otro punto que debemos recordar es que la civilización no está, aun en la fase acentuada correspondiente a la megalópolis, confinada únicamente dentro de las ciudades universales. Éstas proyectan sus sombras sobre los territorios más lejanos, pero ni sus gobiernos ni sus ejércitos ni sus institutos de cultura pueden abarcar completamente las provincias que reclaman: una parte de su dominio es simple jactancia y pretensión, que sólo se pone a prueba cuando llega la ocasión.

Aun en la fase final de la Tiranópolis, la tiranía sólo en parte es efectiva: [...] En esta fase aún quedan regiones, ciudades y pueblos con otras memorias,

98. Aun cuando no lo especifica, Mumford parece referirse a la obra de Pitirim A. Sorokin (1889-1968) titulada: *Social and Cultural Dynamics*, 1937-41, 3 vols.; de la que, en otro lugar, afirmó: "Una estructura tambaleante, rodeada de un pesado andamiaje de hechos".

otras creencias y otras esperanzas: aun cuando encadenada a la dictadura, la gente, en lo esencial, no se entrega. En el apogeo de la economía de la megalópolis, esos centros regionales subsisten, en parte, fuera del ciclo: alguna falla en la empresa, la falta de oportunidad, o un sentido más agudo de los valores vitales les impiden compartir el crecimiento y esplendor de la metrópoli.

Cuando, debido a los procesos de decadencia y de destrucción, fomentados por la tiranópolis, las grandes ciudades caen en ruinas, los demás centros, aun cuando puedan conmovirse como consecuencia del golpe, seguirán, empero, viviendo: y hasta es posible que vivan más intensamente cuando no se haga sentir el peso muerto que significa el sistema tiránico de administración política y financiera de la gran ciudad. [...] Por otra parte, si hemos de examinar un sector más oscuro del cuadro, también puede presentarse el proceso inverso: un proceso que exige en dos sentidos nuestra atención cuando se trata de estudiar los problemas de la actualidad. He lo aquí: una fase decadente de la cultura puede prolongar su existencia si llega a captar las energías nuevas de un crecimiento reciente. [...] En otras palabras, el curso de la vida de las ciudades es esencialmente diferente del de los organismos superiores. Las ciudades presentan fenómenos de crecimiento detenido, de muerte parcial y de autorregeneración. Las ciudades y las culturas de las ciudades pueden comenzar bruscamente en las generaciones remotas y son capaces de prolongarse, como *organizaciones físicas*, durante los períodos vitales de varias culturas [...]. Es sólo como parábola, más bien que como aserto científico, que se puede hablar de la primavera o del invierno de una civilización, como si el ciclo fuera, desde el punto de vista climático, inevitable, o del nacimiento y de la muerte de una fase cultural, como si un observador contemporáneo pudiera reconocer claramente el grito característico del nacimiento o de los estertores de la muerte.

Las ciudades pueden recibir nueva vida mediante el trasplante de tejidos de comunidades o civilizaciones sanas situadas en otras regiones: algunos centenares de personas, como los hugonotes en Escocia o en Alemania, o los judíos en casi todas las civilizaciones, pueden actuar como un poderoso estimulante. Actualmente, la dispersión de la *élite* de Alemania o de Italia, y en cierto grado de Rusia, puede ser uno de los elementos que compensen el crecimiento del barbarismo dentro de esos países. Y esos tejidos trasplantados ni siquiera requieren serlo en forma de gente viviente: los órganos colectivos de la cultura, los signos, los símbolos, las formas y las esencias abstractas y etéreas pueden, asimismo, tener un efecto decisivo; véase la influencia poderosa que han ejercido los monumentos romanos y la literatura griega al suplementar temporariamente las energías gastadas de la Edad Media. Todo lo que se necesita es que el organismo que recibe esos nuevos tejidos pueda aprovecharlos.

En resumen: las raíces de una cultura están a gran profundidad. Si las ramas están carcomidas por alguna enfermedad, el árbol puede aún echar un nuevo brote en su base; éste, con el correr del tiempo, se convertirá en un tronco del cual saldrán ramas nuevas. Desde luego éstas son figuras lingüísticas, pero representan medios de contrarrestar las analogías que son aún más abstractas, porque se trata de figuras aún más fantásticas, la curva de un ciclo, la sucesión

de las estaciones. La vida social tiene sus leyes y ritmos propios: mucho queda oculto o inaccesible a la razón; mucho de lo que allí se encuentra escapa a la observación empírica y, aún más, al análisis estadístico. Todo lo que se puede decir con seguridad es esto: cuando una ciudad alcanza la fase correspondiente a la megalópolis evidentemente se encuentra en la curva descendente: se necesita un esfuerzo social enorme para compensar esa inercia, para alterar la dirección del movimiento y para impedir el proceso inmanente de la desintegración. Pero mientras hay vida existe la posibilidad del contramovimiento, es decir, del crecimiento nuevo. Sólo cuando la gran ciudad se ha convertido finalmente en tierra de desperdicio hay que buscar el habitáculo de la vida en otra parte.

1.2.3. SIGNOS DE SALVACIÓN

La metrópoli se jacta de que es una ciudad mundial, y esta jactancia no es del todo vana. Treinta centros de contacto mundiales, esto es, puntos de concentración temporarios para viajeros, observadores, administradores, planificadores, estudiantes y técnicos, no serían demasiado para servir una cultura tan complicada y de tantas facetas como la que ahora poseemos. La mayoría de las ciudades mundiales existentes se han congestionado porque, en lo que se refiere a las comunicaciones internacionales, presentan ventajas positivas: eran los puntos de encuentro de los caminos transcontinentales y transoceánicos: a menudo poseían una herencia superior de institutos culturales que se remontaban a un pasado histórico único. Esas ventajas subsistirían aun cuando las aglomeraciones de gente fueran reducidas a un cúmulo de ciudades sin relación alguna entre ellas, aun cuando ninguna de ellas tuviera más de cincuenta mil habitantes, o aun cuando el coágulo no tuviera más de un millón. Lo que antes sólo existía en un *punto* urbano puede obtenerse en toda la región.

Pero la ciudad mundial a fin de funcionar como tal requiere un orden mundial. Un mundo sumido en el desorden no puede ser aprovechado por esa ciudad, a menos que ésta se convierta en un centro de agresión política y de engrandecimiento financiero, incapaz de llevar a cabo las funciones esenciales de una ciudad aun para su propia población. Cualquier esfuerzo efectivo para reconstruir la metrópoli requiere algo más que planes locales de tránsito o regulaciones locales para los edificios. Tal como lo ha dicho Benton MacKaye⁹⁹, para disminuir la congestión del tráfico en Times Square puede ser necesario enviar la exportación del trigo desde el interior de nuevas rutas, y lo que es cierto en cuanto al tránsito también se aplica a las demás funciones de la ciudad.

En otras palabras, cualquier esfuerzo para reconstruir la metrópoli debe ir *contra* el patrón básico de la economía metropolitana. Debe ejercer presión con-

99. Autor de: *Employment and Natural Resources*. Washington, 1918 y *The New Exploration: A Philosophy of Regional Planning*. Nueva York, 1928, así como de varios artículos en colaboración con el propio Mumford. Este presenta a MacKaye, inicialmente guardabosques y fundador de la Ruta de los Apalaches, como un regionalista en la tradición de Thoreau, Marsh y Shaler; importante "no sólo por su punto de vista, sino por las sugerencias que ofrece el método" (1945: III, 90; 1966: 853).

tra el crecimiento de la población, contra la multiplicación de las facilidades mecánicas que determinan la congestión, contra la expansión del área urbana y contra la “grandeza” irracional que no es posible regular. La prueba de que sólo el esfuerzo en este sentido puede proporcionar la ocasión favorable para solucionar las dificultades metropolitanas está corroborada por la experiencia de los últimos veinticinco años [...].

Al echar los cimientos del nuevo orden regional, basado en la cultura de la vida, la metrópoli, empero, tiene una parte importante que desempeñar. En la actualidad, las ciudades mundiales, como consecuencia del monopolio que ejercen, contienen muchos de los mejores elementos de la herencia del hombre. Es en este respecto donde el régimen metropolitano ha debido soportar los ataques más violentos de la crítica, y asimismo es donde se ha hecho sentir con más intensidad. La necesidad de recurrir a la descentralización y hacer planes inteligentes para llevarla a cabo. Junto con la concentración del poder y de la actividad en la gran ciudad también ha crecido el valor para emprender grandes tareas, la capacidad para reunir, transportar y organizar grandes cantidades de hombres y de materiales. La energía que hasta ahora ha sido movilizada para producir la congestión puede también utilizarse en la reconstrucción de la metrópoli y asimismo para fundar el régimen biotécnico¹⁰⁰ [...].

La destrucción de la forma muerta del orden metropolitano y la concentración de sus energías sobrevivientes en la utilización social de sus bienes reales, dentro de un armazón regional más grande, quizá sea la tarea más apremiante de nuestra civilización; los resultados de la guerra y de la paz, de la socialización o de la desorganización, de la cultura o del barbarismo, dependen en gran parte de nuestro éxito para resolver este problema. Ya han aparecido los *símbolos* del nuevo orden. También en los nuevos edificios, y en las nuevas escuelas han aparecido nuevos programas de vida y nuevas mutaciones; en las ciencias biológicas y sociológicas, han sido echados los cimientos de ese orden: un orden más comprensivo que el concebido por Marx, y más profundo en sus requerimientos y reajustes que una simple evolución económica. En la etapa siguiente se tratará de crear la organización política apropiada a esta nueva tarea y de

100. “Se refiere a la economía *emergente* que se aparta cada vez más del complejo neotécnico (puramente mecánico) y que nos permite entrever una nueva civilización. En esa nueva fase del progreso humano las ciencias biológicas serán aplicadas a la tecnología y la tecnología misma se orientará hacia la cultura de la vida. Las principales invenciones, en su faceta material, son el avión, el fonógrafo y el cinematógrafo, todos los cuales se derivan directamente, en parte cuando menos, del estudio de los organismos vivientes. Las aplicaciones de la bacteriología a la medicina y a la higiene y las de la fisiología a la nutrición y al régimen alimenticio diario constituyen otras tantas características de este orden. En el dominio de la psicología, en lo que se refiere al comportamiento humano, todo hace suponer que se hagan aplicaciones similares. En el orden biotécnico las artes biológicas y sociales se convierten en *dominantes*; la agricultura, la medicina y la educación prevalecen sobre la ingeniería. Las mejoras, en lugar de depender únicamente de las manipulaciones mecánicas de la materia y de las leyes orgánicas, descansarán sobre una utilización más orgánica de todo el ambiente como reacción a las necesidades de los organismos y grupos considerados en sus múltiples relaciones: físicas, biológicas, sociales, económicas, estéticas y psicológicas” (1945: III, 12-13).

especificar detalladamente cómo podrán conseguirse los medios económicos efectivos.

Empero, antes de dar cualquiera de esos pasos, debemos tener una visión más clara de los cambios que se han llevado a cabo y de las nuevas posibilidades que han surgido. La dinámica del cambio social requiere una situación real en el tiempo: una serie de procesos que pueden acelerarse o retardarse, estimularse o atenuarse; grupos de gente que están en comunicación con el lugar que habitan, con otros grupos y con su herencia social. Asimismo, se requiere una armazón colectiva de intereses y propósitos que, aunque cambian lentamente, sirven para concentrar y dirigir el proceso social intermedio. Cuando todos los demás elementos del cambio social se tienen debidamente en cuenta, la definición de la nueva armazón se convierte, no en una muestra de pensar como querer, sino en un elemento decisivo de todo el proceso.

Los períodos de cristalización social rápida [...] durante los cuales en la comunidad, mediante la investigación crítica y la nueva orientación consciente, se forma una representación colectiva clara de sus propias finalidades y aparece una fe apasionada en la posibilidad de una nueva actitud y de un profundo cambio social. Como consecuencia de esta situación, la comunidad ejerce un dominio mayor sobre los procesos sociales. En tanto que la definición racional de la armazón ideal no es la única que lleva a cabo la transición necesaria, empero, es un elemento importante para cambiar la dirección del proceso negativo y apresurar las adaptaciones sociales necesarias. Tanto las organizaciones sociales, así como las presiones sociales más fuertes, sin esas metas bien definidas disipan sus energías en esfuerzos inútiles motivados por oportunidades caprichosas. Cuando no hay meta no hay dirección: no hay plan fundamental, ni consenso y, por lo tanto, no hay acción efectiva práctica. Si actualmente la sociedad se encuentra paralizada, ello no se debe a la falta de medios, sino a la falta de fines.

1.3. Base social del nuevo orden urbano

1.3.1. EL CONCEPTO SOCIAL DE LA CIUDAD

Una buena parte de las construcciones y de los proyectos de ciudades han adolecido de una falla porque los que emprendieron el trabajo no tenían una noción clara de las funciones sociales de la ciudad. Las funciones que contemplaban eran las que se derivaban de un examen de las actividades e intereses de la escena urbana contemporánea. Y, aparentemente, no sospechaban que podrían existir grandes deficiencias, esfuerzos mal dirigidos y gastos inútiles imposibles de corregir, aun cuando se construyeran viviendas salubres o se ensancharan las calles estrechas.

La ciudad, considerada como un hecho puramente físico, ha sido sometida a numerosas investigaciones. Pero, ¿qué es la ciudad como institución social? Las primeras respuestas a esas cuestiones que nos dan Aristóteles, Platón y los

escritores utópicos, desde Sir Tomás Moro hasta Robert Owen¹⁰¹, han sido más satisfactorias que las de los sociólogos más sistemáticos: la mayoría de los tratados contemporáneos sobre “sociología urbana”, en los Estados Unidos, no arrojan mayor luz sobre el problema¹⁰².

Una de las definiciones más exactas de la ciudad fue la formulada por John Stow, un observador honesto del Londres isabelino, quien dijo:

“Los hombres se congregan en ciudades y en naciones para bien de la honestidad y de la utilidad, siendo éstas las ventajas que se derivan de las ciudades, de las comunidades y de las corporaciones. En primer lugar, los hombres, debido a las relaciones que les impone la proximidad, no están sometidos a un régimen bárbaro de violencia y de fuerza. Adquieren cierta suavidad en las maneras, y sienten amor hacia la humanidad y la justicia, por lo cual se contentan con dar y tomar lo que les corresponde de sus iguales e inferiores

101. Mumford se ocupó del tema en su: *The Story of Utopias*. Boni Liveright. Nueva York, 1922.

102. Sobre la escuela de sociólogos urbanos de Chicago que, para Mumford se inicia propiamente con Charles Zueblin, estimulado por la obra de Geddes, y tiene como eslabón intermedio a Charles Horton Cooley –análisis teórico de grupos y comunidades– así como a Olmsted y Charles Robinson, afirma: “Durante la última década ha habido una considerable cosecha de este fruto. La unión de la sociología urbana con la disciplina biológica preliminar de la ecología ha servido de ayuda; nótese también la contribución significada por la influencia de los estrudios biosociológicos de Wheeler. Por regla general, los sociólogos norteamericanos con excesiva frecuencia han dejado de considerar la ciudad y la aldea; aún los etnólogos, tan dados a los estudios extensivos, han ignorado la configuración específica de los lugares de habitación. Se han ocupado de objetos materiales como canoas o armas o métodos de hacer fuego, pero no han considerado al campamento o a la aldea como otro tipo de implemento colectivo.

Uno de los grandes pecados cometidos por la sociología urbana en Norteamérica, aparte del uso imprudente de estadísticas inadecuadas, ha sido la falta de utilización de las disciplinas geográficas, que se observa más manifiestamente en el estudio de los Lynd sobre Middletown, que, por otra parte, es admirable. Este mismo defecto se registra en menor grado en *The Sociology of City Life* de Carpenter. Otra gran falta ha sido la ausencia de un conocimiento comparativo de las ciudades en el espacio y en el tiempo: como consecuencia aparece una tendencia a limitar los estudios urbanos a la ciudad norteamericana, a la ciudad estadounidense *contemporánea* y, como provincialismo final, a la forma *metropolitana* contemporánea, como si ésta tuviera caracteres definitivos en un sentido sociológico. De aquí emerge también una falla en el sentido de la falta de enriquecimiento de los antecedentes del administrador y del proyectista. Existe también un punto débil que los sociólogos norteamericanos comparten muy generalmente con sus colegas de otros países: es una incapacidad casi crónica para asimilar la elemental distinción aristotélica entre las condiciones de vida en la ciudad y sus propósitos y resultados, lo que redundará desgraciadamente en una ulterior incapacidad para formular preguntas interesantes sobre los atributos específicamente humanos y culturales de las ciudades. De aquí parte una tendencia a concentrarse sobre estadísticas de población, ordenanzas policiales y sistemas de evacuación de las aguas fecales; de aquí también emerge una falta seria de tratamiento competente e integral de las instituciones, los complejos sociales y las estructuras estético-sociales de esa índole, consideradas en términos de su función y su significación como partes integrales de la habitación urbana.

Park, Burgess, Wirth, Ogburn y otros han realizado trabajos muy valiosos, pero es dudoso que la sociología urbana esté en condiciones de adelantar mucho más sin hacer previamente alteraciones fundamentales en su estructura de referencia. La ecología cultural no debe limitarse a adoptar simplemente los métodos de la ecología aplicada a la botánica o a la zoología, sino que deberá avanzar más allá y estudiar las relaciones existentes entre la circunscripción física y las funciones condicionadas de la vida, por un lado, y el medio social y la libres expresiones del alma (en las que intervienen el deseo, la fantasía y el propósito) por el otro lado” (1945: III, 25-27).

y escuchar y obedecer a sus superiores. Asimismo, en las ciudades pobladas, la doctrina de Dios se difunde en forma más adecuada y es más fácil la disciplina que en el campo, debido a que la gente puede reunirse con frecuencia, y, por lo tanto, esos habitantes están mejor dirigidos en lo que se refiere al orden y mejor instruidos en lo que atañe a la sabiduría... Aun se sigue llamando al buen comportamiento *urbanitas*¹⁰³, porque se le encuentra más bien en las ciudades que en otra parte. En suma, por el hecho de que tienen más oportunidades de escuchar buenas prédicas, la religión es más accesible a los hombres. En efecto, viven observados por los demás y, por esa misma razón, mediante el ejemplo, están mejor preparados para ejercer la justicia, y más apartados del pecado. Y en tanto que las naciones y los reinos no pueden tener, inmediatamente después de Dios, otro fundamento más seguro que el amor y la buena voluntad entre los hombres, esto asimismo es estimulado y mantenido en las ciudades, donde los hombres, gracias a la sociedad mutua y a la mutua compañía, forman alianzas, comunidades y corporaciones”¹⁰⁴.

Sin mayores esperanzas de agregar mucho al contenido esencial de esta descripción del proceso urbano, resumiré el concepto sociológico de ciudad en estos términos:

La ciudad es una colección relacionada de grupos primarios y de asociaciones que persiguen propósitos determinados: los primeros, tales como la familia y el vecindario, existen en todas las comunidades, mientras que los segundos son especialmente característicos de la vida de las ciudades. Esos diversos grupos se mantienen a sí mismos mediante organizaciones económicas que tienen un carácter más o menos corporativo o que están reguladas públicamente; y todos ellos se albergan en estructuras permanentes dentro de una zona relativamente limitada. Los medios físicos esenciales en la existencia de una ciudad son la sede estable, el albergue duradero, las facilidades permanentes para reunirse, hacer intercambios y depositar artículos y productos; y el medio esencial es la división social del trabajo, que no sólo intensifica la vida económica, sino también los procesos culturales.

La ciudad, por lo tanto, en un sentido completo, es un plexo geográfico, una organización económica, un proceso institucional, un teatro de acción social y un

103. Podrían rastrearse los orígenes del moderno concepto burgués de *urbanitas* en el más clásico de *civilitas*, reservado durante la postrimerías del Imperio Romano para designar a un restrictivo concepto de cultura clásica asociado a la vida ciudadana, patrimonio de las clases más altas y cultas; y contrapuesto al de *rusticitas*, alusivo a la forma de vida propia de quienes, aun formando parte del Imperio, no participaban de la *civilitas*. Contraposición conceptual entre la vida urbana y la rural que sustituye a la primigenia dialéctica entre *humanitas* y *ferocia*, el *nosotros* del mundo clásico y del orbe romano frente al *otros* de los pueblos –como los vascones– ajenos a este mundo y a su moral (Cfr. A. Barbero y M. Vigil: *Sobre los orígenes sociales de la reconquista*. Ariel. Barcelona, 1974, pp. 25-27).

104. John Stow: *A Survey of London; Conteyning the Originall, Antiquity, Increase, Modern Estate, and Description of that City, etc.* Londres 1598 y 1603 (1ª y 2ª ediciones; reimpresso en la colección Everyman); 6ª edición, revisada y editada por John Strype. Londres, 1754-5, 2 vols. Mumford califica a esta obra como uno de los grandes clásicos de la historiografía urbana (1945, III: 116; 1966: 873).

símbolo estético de unidad colectiva. Por un lado es un marco físico para las actividades domésticas comunes y económicas, y por el otro es una escena dramática para expresar y exteriorizar las acciones significativas y los anhelos más sublimes de la cultura humana. La ciudad prohija el arte y es arte; la ciudad crea el teatro y es el teatro. Es en la ciudad, en la ciudad considerada como teatro, donde se formulan mediante el conflicto y la cooperación de las personalidades, de los acontecimientos y de los grupos, las actividades más significativas del hombre.

Sin el drama social que entra en existencia debido a la concentración e intensificación de la actividad del grupo, no existe una sola función llevada a cabo en la ciudad que no pueda ejecutarse –y de hecho no ha sido ejecutada– en el campo. La organización de la ciudad puede empequeñecer ese drama o frustrarlo; o asimismo puede, mediante los esfuerzos deliberados del arte, de la política y de la educación, hacer un drama más significativo, lo mismo que un escenario bien diseñado intensifica y subraya los gestos de los actores y la acción de la pieza. No por nada los hombres han insistido tan a menudo en la belleza o la fealdad de las ciudades: esos atributos condicionan las actividades sociales de los hombres. Y si al verdadero habitante de la ciudad le repugna abandonar su apartamento exiguo y cambiarlo por el ambiente físicamente más benigno de un suburbio –aun tratándose de un suburbio jardín modelo–, sus instintos en parte se justifican: en su vida múltiple y variada, y en los conflictos y antagonismos sociales que aparecen en ella, la ciudad crea drama, que es precisamente lo que al suburbio le falta.

Puede describirse a la ciudad, en su aspecto social, como una armazón especial que favorece la creación de oportunidades diferenciadas para lograr una vida común y un drama colectivo significativo. Dado que las formas indirectas de asociación, con ayuda de signos, de símbolos y de organizaciones especializadas, suplementan el intercambio cara a cara, las personalidades de los ciudadanos adquieren múltiples facetas: reflejan sus intereses especializados, sus aptitudes más intensamente preparadas y sus discriminaciones y selecciones más finas: la personalidad ya no presenta una faz más o menos tradicional frente a la realidad considerada en conjunto. Aquí estamos frente a la posibilidad de una desintegración personal; y asimismo frente a la necesidad de lograr una reintegración mediante una participación más amplia en un conjunto colectivo completo y visible. Lo que los hombres no pueden imaginar como sociedad vaga y sin forma, pueden vivirlo y experimentarlo como ciudadanos de la ciudad. Sus planos y edificios unificados se convierten en un símbolo de su relación social, y cuando el ambiente físico es desordenado e incoherente, las funciones sociales que se llevan a cabo en él se expresan con mayor dificultad.

Antes de que el hombre pueda humanizarse del todo, el hombre social debe fragmentarse en mil partes: de manera que cada grano de aptitud, cada chispa de inteligencia y cada fibra de interés esencial puedan adquirir un color más intenso al mezclarse con otros granos, otras chispas y otras fibras de la misma naturaleza. El lazo común indiferenciado de la asociación primaria queda debilitado por esas asociaciones especializadas; pero el cable de la civilización, gra-

cias al retorcimiento multiforme de trenzas complejas y diversas, es cada vez más fuerte. Desde la conciencia simple de la clase en la tribu o en la familia, hasta la conciencia desarrollada de la clase que acompaña a las asociaciones especiales y a los grupos diferenciados; desde el hábito de discriminación, desde un molde fijo a un equilibrio dinámico de fuerzas, desde tomar la vida tal como se presenta hasta comprenderla y volverla a considerar, éste es el sendero del desarrollo humano y cívico. Esta transferencia del énfasis de las uniformidades y aceptaciones comunes del grupo primario a las discriminaciones críticas, las asociaciones que tienen una finalidad, y los fines racionales del grupo secundario, es una de las principales funciones de la ciudad. La ciudad de hecho es la forma física de los tipos más altos y complejos de la vida asociativa.

Otra conclusión se deriva de este concepto de la ciudad: los hechos sociales son primarios, y la organización física de la ciudad, sus industrias y sus mercados, sus líneas de comunicación y de tránsito, deben estar subordinadas a sus necesidades sociales. Por eso, mientras que en el desarrollo de la ciudad, durante el siglo pasado, hemos dilatado la estructura física sin tasa ni medida y considerado el núcleo social, los órganos del gobierno, de la educación y del servicio social, como cosas de segunda importancia, hoy debemos tratar el núcleo social como el elemento esencial en todo plano de ciudad: la ubicación y la interrelación de las escuelas, de las bibliotecas, de los teatros y de los centros comunales, es la primera tarea que se presenta al definir el vecindario urbano y al hacer el bosquejo de una ciudad integral.

Si ésta es la interpretación acertada de la naturaleza de la ciudad, una buena parte del trabajo hecho con el nombre de planificación de la ciudad debe ser descartado y desacreditado: tanto tiene que hacer con las funciones de la vida de las ciudades como el trabajo del tramoyista y del empresario en la creación de Hamlet. Eso no significa negar su utilidad, pues los tramoyistas tienen su cometido: sólo se quiere echar una duda sobre su suficiencia. El proyecto de las ciudades, hecho por los que hasta ahora se han llamado a sí mismos proyectistas de ciudades, en cierto modo se asemeja al argumento de un drama escrito por un empresario: equivale a confundir las disposiciones que deben imperar en el escenario con las partes que han de desempeñar los actores.

Si bien nuestra concepción de la estructura física de las ciudades durante el último siglo ha sido inadecuada aun en términos puramente físicos, tales como el movimiento de la gente y los servicios de las industrias. La gente ha demostrado ser aún más inepta en su concepción de la arquitectura social y de las actividades sociales de las ciudades. Con sus ojos puestos sobre los cambios puramente materiales que son tan necesarios, aun aquellos que han tratado de realizar mejoras, se han conformado con construir buenos edificios. Pero los edificios no hacen una ciudad, y la planificación y los edificios adecuados sólo son una parte del esquema social necesario.

Desde el punto de vista del proyecto de la ciudad, la teoría sociológica de los grupos tiene una influencia directa sobre el plano. Una de las dificultades comprobadas, en el sentido de la asociación política, que no hemos dado a la ciudad

los órganos físicos necesarios de existencia: no hemos conseguido proporcionar los sitios y edificios necesarios, los cuartos y los lugares de reunión; de aquí que en las grandes ciudades sólo han servido los bares y los clubs únicamente abiertos a los miembros más asiduos del partido. En lo que se refiere a las industrias, las oportunidades de índole política para la asociación han sido aún más raras: ¿en cuántos distritos fabriles existen salas bien equipadas de dimensiones suficientes donde los trabajadores puedan reunirse?

A este respecto puede citarse a los Webbs¹⁰⁵:

“No creemos que por lo general se haya comprendido”, observan, “hasta qué punto la eficiencia de las uniones gremiales puede ser aumentada, y su carácter elevado a la altura de un servicio de utilidad pública, simplemente por el hecho de proporcionar comodidades estructurales iguales en dignidad a las de un departamento del gobierno, donde las distintas uniones de cada localidad puedan reunirse en un local apropiado”.

La reunión de los ciudadanos en el sistema político de Nueva Inglaterra tenía realidad porque las ciudades tenían dimensiones y miembros: los ciudadanos se encontraban cara a cara en un edificio especial, el salón de la ciudad; veían y oían a sus conciudadanos y discutían problemas que se relacionaban con una unidad inmediatamente dentro de su control y de su visión. Pero los pueblos del mundo occidental han tratado de vivir en una democracia política abstracta desincorporada, sin dar a sus unidades locales otro órgano oficial que el lugar donde se llevaban a cabo las votaciones. Nos ha faltado hasta ahora la energía o la visión para hacer salas de reunión, cuartos de comités y oficinas permanentes. Aún faltan por organizar los vecindarios y las organizaciones corporativas, partiendo de la base de que las funciones políticas de la comunidad tienen gran importancia. En las masas conglomeradas que hemos llamado ciudades, no cabe extrañarse de que la vida política, como ejercicio concreto de deberes y funciones, haya cedido el lugar a diversos parasitismos y diversiones sutiles. Y, en forma contraria, en las nuevas comunidades que han sido proyectadas como unidades sociales arquitectónicamente coherentes, con un número suficiente de cuartos destinados a las reuniones locales de las actividades del grupo, tal como ocurrió en Sunnyside Gardens¹⁰⁶, la vida política se ha desarrollado vigorosa-

105. Sidney y Beatrice Webb, miembros de la Sociedad Fabiana, participaron en la redacción de diversos informes sobre las clases populares londinenses –como la encuesta Boot (1887-8)– y el ambiente insurreccional de la segunda mitad de la década de los ochenta. Mumford incluye, en su bibliografía (1945, III: 123; 1966: 879), tres obras de los Webbs: *The Manor and the Borough*. Partes 1 y 2. Nueva York, 1908; *English Local Government from the Revolution to the Municipal Corporation Act. The Story of the Kings' Highway*. Nueva York, 1913; *Soviet Communism; a New Civilisation?* Nueva York, 1936, 2 vols. Beatrice escribió, asimismo, sus memorias: *My Apprenticeship*. Longman Green. Londres, 1926.

106. Urbanización sita en Long Island, dentro de la propia ciudad de Nueva York y a cinco millas de Manhattan, proyectada entre 1924 y 1928 por la asociación para la planificación regional de América, promovida por el constructor Alexander Bing y diseñada por el arquitecto F. L. Ackerman, supeditando la iniciativa técnica a la planificación de un vecindario concebido como comunidad experimental. El propio Mumford fue uno de los primeros residentes pero, cuando publicó *La cultura de las ciudades* la comunidad se había desintegrado, como consecuencia –según él mismo aclara– de los efectos de la crisis económica sobre la propiedad individual de hogares, y no de errores de diseño [Mumford, 1945: II, (26)].

mente, con acción colectiva efectiva y un sentido de responsabilidad pública renovado.

La enseñanza que se desprende de lo que antecede es evidente; debemos proyectar unidades sociales integrales: debemos proyectar *ciudades*; y en el orden del proyecto la disposición de los principales institutos sociales, así como su previsión adecuada y servicios, es la clave para el resto de la estructura. Sólo en los servicios físicos puramente instrumentales debemos practicar la economía más estricta, aun la parsimonia; pero debemos gastar con mano pródiga en los servicios políticos y educacionales. Esto implica un nuevo orden de proyecto y un tipo diferente de proyectista: significa que el énfasis será desplazado progresivamente del escenario al drama, y que la dirección de las actividades y de las relaciones sociales demandará toda la atención del proyectista. Con el correr del tiempo, esto tendrá por efecto reducir las artes instrumentales de la planificación de la ciudad a una rutina estable, lo que dará ocasión a aplicar más energía y ayuda económica a las artes expresivas: la pintura y la escultura, el drama y la música nuevamente adquirirán mayor importancia que la antisepsia y las medidas sanitarias.

Por lo tanto, la unidad elemental del proyecto no será la casa o la manzana: la unidad elemental será la ciudad, porque sólo en términos de esta formación social más compleja podrá tener significado cualquier tipo particular de actividad o de edificación. Y el propósito de esa planificación no será la eficiencia de la industria en sí misma, o la difusión de la cultura en sí misma: el escenario apropiado, en todas las manifestaciones de la vida comunal; o, expresado con otras palabras, dilatar el significado humano de manera que, en última instancia, ningún acto, rutina o gesto estarán desprovistos de valor humano o dejarán de contribuir a la ayuda recíproca del ciudadano y de la comunidad. Cuando este drama está netamente delineado y cuenta con el escenario apropiado, en todas las manifestaciones de la vida, se siente el ímpetu de la energía social: el comer, el trabajo, el matrimonio y el sueño no tienen menos importancia que antes, sino mucha más: la vida, a pesar de sus momentos dolorosos, tiene el porte y la unidad de una obra de arte colectiva. La tarea de crear ese escenario, de realizar esa visión y la de vivificar cada una de las capacidades individuales, mediante la articulación, en un conjunto inteligente y estéticamente estimulador, es la esencia del arte de la construcción de las ciudades. Y menos que esto no es suficiente.

1.3.2. ORGANIZACIÓN CONTRAPUNTÍSTICA

Algo más queda por decir respecto a la naturaleza social de las ciudades. Los reformadores y los renovadores, que, por lo general, realizan su tarea impulsados por alguna falla aparecida en la máquina social, suelen ser demasiado simplistas en la dirección opuesta. Buscan una armonía demasiado absoluta, un orden que traducido a la vida real deformaría el propósito que tratan de conseguir. El estudiante de utopías conoce la debilidad que implica el perfeccionamiento: pues esta debilidad ha quedado puesta de manifiesto en los nuevos

estados totalitarios, donde los sueños de un Platón, de un Cabet y de un Bellamy¹⁰⁷, en muchas innovaciones llevadas a cabo, han tomado forma. Lo que falta en esos sueños no es un sentido de lo práctico, sino la realización de la necesidad esencial humana en lo que se refiere a la desarmonía y al conflicto, elementos cuya aceptación y resolución son indispensables para el crecimiento psicológico.

Cuando tratamos de conseguir un orden de índole cooperativa en el proyecto de las ciudades, buscamos un orden donde puedan aparecer conflictos más significativos y formas más complejas e intelectualmente estimulantes de desarmonía; en resumen, buscamos un orden contrapuntístico. De aquí la necesidad de proyectos y edificios que no permanecerán impasibles ante el asalto del cambio y la rivalidad de las nuevas ideas. Podemos imaginar, por ejemplo, que aparezca un nuevo culto de la vida de la familia como consecuencia de una catástrofe, lo cual requeriría una revisión rápida de los proyectos relativos a la vivienda y al desarrollo de las ciudades: el estímulo de la procreación puede entrar en conflicto, dentro de la política, con los puntos de vista del hombre prudente, que sólo tratará de conservar un equilibrio realizado. Estos conflictos pueden aparecer en todos los niveles, y la lucha que provoquen será no menos esencial para la vida plena que la cooperación en un orden más amable. De aquí se desprende la necesidad positiva de introducir variedad en la vida urbana: variedad en los grupos y variedad en las personalidades y las actividades.

Las comunidades pequeñas, donde las diferencias esenciales entre la gente y los grupos deben ser prudentemente atenuadas, o que, en el caso de ser grandes, no pueden entrar en contacto sin provocar un desorden violento, no proporcionan el ambiente óptimo para el desarrollo del carácter humano. El compañerismo es un bien, y los Lynds tienen razón al reconocerlo como un atributo de Middletown¹⁰⁸: un atributo representativo característico de otros lugares del mundo aparte de las pequeñas ciudades del continente americano. Pero la buena camaradería no es todo el deber del hombre social, y algunos de los productos más altos del espíritu han sido logrados, no debido a pequeñas satisfacciones, sino como resultado de grandes frustraciones, antagonismos, desengaños y amarguras: Koheleth e Isaías, Eurípides y Shakespeare, Dante y Maquiavelo, nos ofrecen el testimonio de las desarmonías más grandes posibles en Jerusalén, Atenas, Londres y Florencia. El crecimiento psicológico es más importante que la satisfacción somática, y al proyectarse ciudades debemos crear un ambiente lo suficientemente amplio y rico como para que no pueda degenerar en una "comunidad modelo".

107. Bellamy, Edward: *Looking Backward: 2000-1887*. Boston, 1888 y 1931. Existen traducciones al castellano: *En el año 2000*. Madrid, 1892; Cosmos. Valencia y Gassó. Barcelona, 1933; y una edición más reciente de Hacer. Barcelona, 1980.

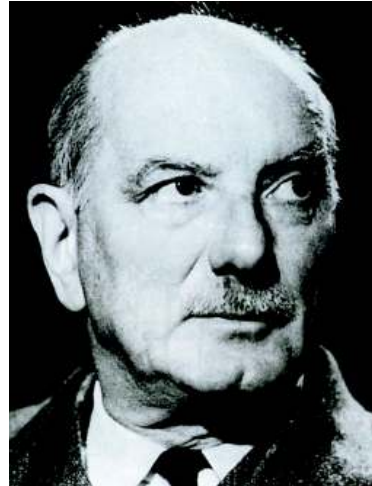
108. Mumford (1945, III: 26 y 89-90; 1966: 852) se refiere a los sendos estudios de Robert S. y Helen M. Lynd: *Middletown: A Study in Modern American Culture* y *Middletown in Transition: A Study in Cultural Conflicts*. Harcourt and Brace. Nueva York, 1929 y 1937.

Fue quizá la comprensión del principio vitalizador de la disonancia lo que hizo que Patrick Geddes se interesara más en la renovación de las ciudades históricas que en la construcción de comunidades-jardines perfectas; y a pesar de las dificultades que representaba el sobreponerse a los intereses creados que se oponen a la renovación urbana en los centros existentes, quizá es ahí donde encontraremos el estímulo necesario para crear el tipo mejor de proyecto de la comunidad: véase Amsterdam, véanse los resultados magníficos obtenidos en Frankfurt y Berlín antes del advenimiento del nazismo. Esto basta para mostrar que la ciudad, si ha de funcionar efectivamente, no puede ser un ambiente segregado: la ciudad con una sola clase, con un único estrato social, con un solo tipo de actividad industrial, ofrece menos posibilidades para alcanzar altos objetivos humanos que un ambiente urbano múltiple. (Lo mismo que en otras partes, esto resulta cierto en lo que atañe a la región). Si los distritos metropolitanos han crecido a expensas de las ciudades más pequeñas durante la última generación, ello en parte se debe a que, *dentro de un régimen económico metropolitano*, esta multiplicidad dramática, pero viable, sólo se encuentra en las zonas metropolitanas.

2. LA CIUDAD EN LA HISTORIA¹⁰⁹ (1961)

2.1. Prefacio (fragmento)

Este libro comienza con una ciudad que era, simbólicamente, un mundo; termina con un mundo que se ha convertido, en muchos aspectos prácticos, en una ciudad. Al seguir este desarrollo he procurado ocuparme de las formas y funciones de la ciudad, así como de los propósitos que han surgido de ella; y confío haber demostrado que la ciudad tendrá que desempeñar en el futuro un papel todavía más significativo que el que desempeñó en el pasado, si se llega a despojar de los defectos de origen que la han acompañado en el curso de la historia.



2.2. El drama urbano (extracto)

[...] Del ritual y de la acción dramática, en todas sus formas, surgió algo todavía más importante: nada menos que el diálogo humano. Quizá la mejor definición que se puede dar de ciudad, en su aspecto más elevado, es aquella de lugar

109. *The City in History. Its Origins, its Transformations, and its Prospects*. Harcourt and Brace. Nueva York, 1961 [traduc. *La Ciudad en la Historia. Sus orígenes, transformaciones y perspectivas*. Ediciones Infinito. Buenos Aires, 1966, 2 vols.]. Fragmento del Prefacio, vol. I, pág. 7 y extractos de los capítulos IV, "La Naturaleza de la Ciudad Antigua", epígrafe 7 [*El drama urbano*], pp. 144-149; XVII: "El Mito de la Megalópolis", epígrafes 1 [*Aumentos de poder*], pp. 693-696, 2 [*La esclavitud de las grandes cifras*], pp. 718-720, 10 [*Función cultural de la ciudad mundial*], pp. 735-737, y 11 [*La ciudad invisible*], pp. 737-743; y XVIII [y último]: "Visión retrospectiva y perspectiva", vol. II, pp. 744-753.

dedicado a ofrecer las mayores posibilidades de conversaciones significativas. El diálogo es una de las expresiones últimas de la vida en la ciudad: la delicada flor nacida de su largo crecimiento vegetativo. [...] El diálogo fue, en realidad, el primer paso que se dio fuera de ese conformismo tribal que constituye tanto un obstáculo para la conciencia de sí mismo como para el desarrollo. Al adquirir confianza por la adhesión de un gran número de habitantes, el diálogo desafió la unanimidad mortífera que fomentaba un absolutismo centralizado. [...] Al igual que tantos otros atributos emergentes de la ciudad, el diálogo no formaba parte de su plan o función original; pero lo hizo posible la inclusión de la diversidad humana dentro del anfiteatro urbano. Esto convirtió el diálogo en drama. Por su mismo desarrollo de ocupaciones y personajes diferenciados, la ciudad dejó de ser una comunidad de seres que pensaban absolutamente igual y eran totalmente obedientes a un control central. [...] Y si una de las funciones más importantes de la ciudad consiste en crear las condiciones necesarias para el desarrollo del diálogo y el drama, en todas sus vertientes, una clave para el desarrollo urbano debe resultar evidente: se trata de ensanchar el círculo de aquellos que son capaces de participar en el diálogo, hasta que, al final, todos los hombres lleguen a tomar parte en el mismo. [...] En cierto sentido, el diálogo dramático constituye, al mismo tiempo, el símbolo más cabal y la justificación definitiva de la vida de la ciudad. Por idéntico motivo, el símbolo más revelador del fracaso de la ciudad, de su misma inexistencia como personalidad social, es la ausencia del diálogo: no tanto el silencio, sino más bien el sonido rumoroso de un coro que pronuncia las mismas palabras con un dócil, aunque complacido, conformismo [...].

2.3. El Mito de la Megalópolis (extractos)

[...] En muchos países está comenzando una época en la cual no sólo la población urbana será mayor que la rural, sino que el área ocupada u ocupable por la expansión urbana rivalizará con la destinada al cultivo. Uno de los síntomas de este cambio ha sido el incremento en el número, la superficie y la población de las grandes ciudades. Rápidamente la megalópolis se convierte en forma universal, y la economía predominante es la economía metropolitana en la cual ninguna iniciativa puede resultar eficaz sin estrechos vínculos con la gran ciudad.

¿Representa esto una etapa final del desarrollo urbano? Tal vez los que creen que no hay alternativas ante la actual proliferación del tejido metropolitano pasan fácilmente por alto el resultado histórico de semejante concentración de poder urbano: olvidan que esto ha caracterizado, reiteradamente, la última etapa en el ciclo clásico de la civilización, precediendo inmediatamente a su desorganización y decadencia completas [...].

Los sociólogos y economistas que fundan sus proyectos de futura expansión económica y urbana sobre la base de las fuerzas que ahora están en acción, proyectando solamente aquellos cambios que puedan resultar de la aceleración de dichas fuerzas, tienden a considerar una megalópolis universal, mecanizada, estandarizada y completamente deshumanizada como meta final de la evolución urbana. [...] So pretexto de una descripción estadística objetiva, estos especialistas en ciencias sociales excluyen, en realidad, de su análisis los datos

observables de la biología, de la antropología y de la historia, que destruirían sus premisas y rectificarían sus conclusiones. Aunque rechazan la doctrina escolástica de las causas finales, estos observadores han convertido prácticamente a la propia Megalópolis en una causa final. [...] Antes que llevar la vida a la ciudad, de modo que hasta su habitante más pobre no sólo tenga sol y aire sino también alguna oportunidad de tocar, sentir y cultivar la tierra, estos ingenuos apóstoles del progreso optan sobre todo por esterilizar la campiña, con el resultado, en última instancia, de conducir a la muerte de la ciudad". [...] Con unas cuantas excepciones notables –como Patrick Geddes, Pedro Kropotkin, Ebenezer Howard y Max Weber¹¹⁰– en vano se seguirá buscando la plenitud de la comprensión de los procesos que normalmente promueve la ciudad. Aunque hay multitud de estudios sobre el desorden y la decadencia de ésta, los pocos que intentan ocuparse de su salud y de establecer mejores normas para su crecimiento y desarrollo, son aún, en su mayor parte, ingenuamente utópicos por su fe ilimitada en los dudosos imperativos de una economía en expansión y por atribuir una importancia y una suficiencia absolutas al papel que ciencia y técnica desempeñarían en desarrollo futuro de la ciudad.

La metrópolis actual, hasta en su forma más confusa y corrompida, revela ciertos logros en la difusión de la cultura humana, los cuales apenas sí existían en tiempos anteriores, cuando todas las formas más elevadas eran un monopolio de la ciudadela y el templo. El núcleo metropolitano histórico todavía tiene que desempeñar una función, cuando sus miembros hayan comprendido que ni su monopolio inicial ni su desintegración actual pueden mantenerse indefinidamente. Si es lícito tomar en préstamo un clisé de la física moderna, el gran problema de hoy consiste en transmutar la masa física en energía psíquica. Debemos inventar nuevos medios para convertir la congestión automática en movilización significativa, para espiritualizar el recipiente, repolarizar el imán y extender el campo [...].

2.3.1. FUNCIÓN CULTURAL DE LA CIUDAD MUNDIAL

Como ya hemos hecho frente a lo peor, estamos por fin en situación de entender la función positiva de la metrópolis histórica, no como foco de una economía nacional o imperial, sino en su función potencial mucho más importante, la de centro mundial. Avanzando a ciegas para desempeñar este papel fundamental, pero que todavía no ha representado, la metrópolis intentó lograr, mediante una mera acumulación de fuerzas, funciones e instituciones, lo que sólo puede alcanzarse mediante una reorganización total.

Los motivos que concentraron tanto poder en unos cuantos grandes centros no bastarían para explicar su enorme poder de atracción o el papel que desem-

110. Del epígrafe dedicado por Weber (1864-1920) a la ciudad en *Economía y sociedad* (1921) afirma Mumford que resulta "excelente para su fecha, pero ya no es adecuada como teoría general de la ciudad" (1966: 880). Editado en castellano como capítulo VIII: "La dominación no legítima (tipología de las ciudades)", de la op. cit., F.C.E. México, 1983, pp. 938-1046; y también como: *La ciudad*. La Piqueta. Madrid, 19.

peñan en la cultura de nuestra época. Y el hecho es que la magnitud y la congestión metropolitanas tienen, en realidad, una justificación más profunda, por más que no se la reconoce cabalmente: es el foco de aquellas actividades el que, por primera vez, está llevando a todas las tribus y naciones de la humanidad a una esfera común de cooperación e interacción. Lo que Henry James dijo sobre Londres puede decirse igualmente de sus grandes rivales: la metrópolis “es la más grande congregación de vida humana, el compendio más completo del mundo. En ella la especie humana está mejor representada que en cualquier otra parte” ¹¹¹. Su nueva misión consiste en transmitir hasta la mínima unidad los recursos culturales que contribuyen a la unidad y la cooperación mundiales.

Así, los mismos rasgos que siempre han hecho ver a las gentes del interior una cosa ajena y hostil en la metrópolis, son una parte fundamental de la función de la gran ciudad, que ha congregado, dentro de un margen relativamente estrecho, toda la diversidad y variedad de culturas específicas, en la que pueden encontrarse, al menos como muestras, todas las razas y culturas, conjuntamente con sus idiomas, sus costumbres, sus vestimentas y sus comidas típicas; en la que los representantes de la humanidad se encontraron por primera vez cara a cara, en un terreno neutral. La complejidad y el carácter amplio cultural de la metrópolis encarnan la complejidad y la diversidad del mundo en su conjunto. Inconscientemente, las grandes capitales han venido preparando a la humanidad para las asociaciones y unificaciones más vastas que la moderna conquista del tiempo y el espacio han hecho probables, cuando no inevitables [...]. Pero si la gran ciudad es, en muy buena medida, responsable de la invención y la extensión pública del museo, en cierto sentido, una de sus funciones principales es la de servir como museo; por derecho propio, la ciudad histórica contiene, en virtud de su vastedad y de su largo pasado, una colección más amplia y más variada de especímenes culturales que la que pueda encontrarse en otras partes. Aquí o allá, en algún lugar de su superficie congestionada, puede encontrarse cada variedad de las funciones humanas, cada experimento de asociación humana, cada proceso tecnológico, cada modalidad de arquitectura y urbanismo.

La inmensidad y esa capacidad de conservación constituyen dos de los valores máximos de la gran ciudad. Con el amplio margen de experiencia humana que brinda la metrópolis dinámica y aun saludable, rivalizan su densidad y profundidad, su capacidad de presentar, sedimento tras sedimento, la historia y la biografía humanas, no sólo a través de sus propios registros y monumentos, sino también a través de lo que sus grandes recursos le permiten extraer de zonas distintas. Una civilización tan compleja y multilateral como la nuestra reclama una organización urbana estable de este tipo, que sea capaz de atraer y mantener en estrecha colaboración a muchos millones de seres humanos, a fin de que desempeñen todas sus actividades. Pero lo que constituye, por una parte, la

111. Henry James (1843-1916): *The American Scene*. Harper and Brothers. Nueva York, 1907. Obra del escritor norteamericano de la que afirma Mumford: “Pulcritud en el comentario y la interpretación, sin par en punto a sutileza y profundidad” (1966: 846).

capacidad cultural amplia de la ciudad la convierte, a través de las necesidades mismas de condensación y almacenaje, en un agente de digestión y selección. Si todos los materiales de nuestra cultura estuvieran demasiado esparcidos, si no fuera posible reunir en un sitio los datos y artefactos importantes, clasificándolos y preparándolos para su redistribución, dichos materiales sólo ejercerían una pequeña parte de la influencia que de hecho ejercen.

Si bien la gran ciudad es el mejor órgano de la memoria que el hombre haya creado hasta ahora, también es –hasta que se desorganiza demasiado– el mejor agente de discriminación y valoración comparada, no sólo porque exhibe tantísimos productos para que uno elija sino también porque crea espíritus de vasto alcance, que son capaces de vérselas con ellos. Sí, la capacidad comprensiva y el gran número son, a menudo, necesarios; pero no basta con el gran número. [...] En la actualidad uno de los principales problemas de la cultura urbana consiste en aumentar la capacidad digestiva del receptáculo, sin permitir que la estructura física se convierta en una masa colosal, apelmazada y autodestructora. La renovación del núcleo metropolitano interno es imposible sin una transformación mucho mayor, en escala regional e interregional.

2.3.2. LA CIUDAD INVISIBLE

Hay otro aspecto de esta reorganización del complejo metropolitano que deriva de la desmaterialización o espiritualización de las instituciones existentes: es el que ya ha creado en parte la Ciudad Invisible. Esto, en sí mismo, constituye una expresión del hecho de que el nuevo mundo en que hemos comenzado a vivir no sólo está abierto en la superficie, mucho más allá del horizonte visible, sino que también está abierto interiormente, atravesado por rayos y emanaciones invisibles, y respondiendo a estímulos y fuerzas que están muy por debajo del umbral de la observación ordinaria.

Muchas de las funciones originales de la ciudad, otrora monopolios naturales, que exigían la presencia física de todos los participantes, se han transformado ahora en formas susceptibles de transporte veloz, de multiplicación mecánica, de transmisión electrónica y distribución a escala mundial. Si en una aldea remota se puede ver la misma película o escuchar el mismo programa de radio que en el centro más congestionado, nadie tiene necesidad de vivir en dicho centro o de visitarlo a fin de participar en esa actividad específica. En cambio, debemos tratar de establecer una relación recíproca entre las unidades mayores y menores, una relación basada en que cada cual desempeñe el tipo de tarea que, por su naturaleza, le corresponde. La ciudad visible se convierte entonces en el lugar indispensable de reunión de las funciones que se desempeñan mejor cuando están superpuestas o a corta distancia entre sí: un lugar donde las reuniones, los encuentros y los desafíos, lo mismo que ocurre entre las personalidades, complementan y reducen nuevamente a dimensiones humanas la vasta red impersonal que ahora se extiende en torno suyo. [...] No es accidentalmente, pues, que las antiguas funciones del recipiente urbano hayan sido complementadas por nuevas funciones, ejercidas a través de lo que prefiero designar con el nombre de parrilla funcional, o sea, el marco de la ciudad invisible. [...] La nueva

imagen de la ciudad tiene que ser, en parte, una expresión de estas nuevas realidades. Al respecto, tanto la antigua metrópolis como las nuevas conurbaciones fracasan deplorablemente porque tienden a borrar, en vez de integrar, los elementos esenciales de la ciudad [...].

2.4. Visión retrospectiva y perspectiva (extractos)

Al tomar forma, la ciudad antigua congregó muchos órganos dispersos de la vida común y dentro de sus murallas promovió su interacción y su fusión. Las funciones colectivas que desempeñaba la ciudad eran importantes; pero más significativos fueron aún los objetivos comunes que surgieron a través de métodos más rápidos de comunicación y cooperación. La ciudad mediaba entre el orden cósmico, revelado por los sacerdotes astrónomos y las empresas unificadoras de la monarquía. El primero adquirió forma dentro del templo y su espacio sagrado, las segundas dentro de la ciudadela y entre los límites de las murallas de la ciudad. Al polarizar aspiraciones humanas hasta entonces inactivas y congregarlas en un núcleo político y religioso central, la ciudad adquirió la capacidad necesaria para manipular la inmensa abundancia generadora de la cultura neolítica.

Mediante el orden establecido de este modo, se consiguió, por primera vez, la colaboración efectiva de grandes conjuntos de seres humanos. [...] Con el tiempo, los señores de la ciudad crearon una estructura interna de orden y justicia que dio a las poblaciones mezcladas de las ciudades, mediante un esfuerzo consciente, algo de la estabilidad moral y la ayuda mutua propias de la aldea. Dentro del teatro de la ciudad se representaron nuevos dramas de la vida.

Pero frente a estos perfeccionamientos debemos colocar las contribuciones más sombrías de la civilización urbana: la guerra, la esclavitud, la superespecialización profesional, y en muchos lugares una orientación persistente hacia la muerte. Estas instituciones y actividades, formando una "simbiosis negativa", han acompañado a la ciudad a través de la mayor parte de su historia y subsisten hoy mismo en forma acentuadamente brutal, sin que sus sanciones religiosas originales, como la mayor amenaza que pesa sobre el desarrollo futuro de la humanidad. En cierto grado, tanto los aspectos positivos como los aspectos negativos de la ciudad antigua han sido transmitidos a todas las estructuras urbanas posteriores.

Mediante su concentración de poder físico y cultural, la ciudad elevó el ritmo del comercio humano y tradujo sus productos en forma que podían almacenarse y reproducirse. A través de sus monumentos, de sus registros escritos y de sus hábitos ordenados de asociación, la ciudad extendió el alcance de todas las actividades humanas, alargándolas hacia el pasado y hacia el porvenir. A través de sus instalaciones para almacenajes (edificios, bóvedas, archivos, monumentos, tabletas, libros) la ciudad se hizo capaz de transmitir una cultura compleja de generación en generación, pues no sólo disciplinó los medios físicos sino también los agentes humanos necesarios para prolongar y extender esta herencia. Este sigue siendo el don máximo de la ciudad. En comparación con el complejo

orden humano de la ciudad, nuestros actuales mecanismos electrónicos, indudablemente ingeniosos, destinados a acumular y transmitir información, son rudimentarios y limitados.

De la inicial integración urbana de santuario, ciudadela, aldea, taller y mercado, todas las formas posteriores de la ciudad han tomado, en cierta medida, su estructura física y sus pautas institucionales. Muchas partes de esta estructura son aún de importancia fundamental para la asociación humana eficaz; y no lo son menos las que surgieron originalmente del santuario y de la aldea. Sin la participación activa del grupo primario, en la familia y en el vecindario, es dudoso que puedan transmitirse de los viejos a los jóvenes, sin recaídas en el salvajismo, los mandamientos morales elementales; el respeto por el vecino y la reverencia ante la vida.

En el otro extremo, también es dudoso que esas cooperaciones múltiples, que no se prestan a la abstracción y la simbolización puedan seguir floreciendo sin la ciudad, ya que sólo una pequeña parte del contenido de la vida puede ponerse por escrito. Una parte demasiado importante de ésta quedaría reducida al mantenimiento de los registros sin la superposición de muchas actividades humanas diferentes, de muchos niveles de experiencia, dentro de una superficie urbana limitada, donde se los tiene constantemente al alcance. Cuanto más extensa sea la superficie de comunicación y mayor el número de participantes, más necesidad habrá de establecer numerosos centros permanentes y accesibles de contacto directo y reuniones frecuentes en todos los niveles humanos.

La recuperación de las actividades y valores esenciales que incorporaron inicialmente las ciudades antiguas, sobre todo las de Grecia, constituye, por lo tanto, una condición primordial para el ulterior desarrollo de la ciudad en nuestra época. Nuestros complejos rituales de mecanización no pueden ocupar el lugar del diálogo humano, del teatro, del círculo vivo de compañeros y asociados, de la sociedad de los amigos. Estos elementos apoyan el crecimiento y la reproducción de la cultura humana; sin ellos, toda la compleja estructura pierde sentido, más aún, se vuelve activamente hostil a los objetivos de la vida.

En la actualidad las dimensiones físicas y el alcance humano de la ciudad han cambiado; y la mayor parte de las funciones y estructuras internas de la ciudad deben ser remodeladas para que promuevan eficazmente los objetivos más vastos que es necesario lograr: la unificación de la vida interior y exterior del hombre, así como la paulatina unificación de la humanidad misma. El papel activo de la ciudad, en el futuro, será el de llevar al grado máximo de desarrollo la diversidad y la individualidad de las regiones, las culturas y las personalidades. Se trata de objetivos complementarios, y su alternativa es la actual destrucción mecánica del paisaje y de la personalidad humana. Sin la ciudad, el hombre moderno carecería de defensas eficaces frente a esos colectivos factores mecánicos que, incluso ahora, están listos para hacer superflua toda la vida auténticamente humana, excepto en el caso del desempeño de unas pocas funciones subordinadas que la máquina no domina todavía.

En nuestra época los procesos de crecimiento automáticos de producción y expansión urbana han desalojado a las metas humanas a cuyo servicio, según se supone, deben estar. Para nuestros contemporáneos de espíritu de masa, la producción cuantitativa se ha convertido en la única meta que impera: valoran la cantidad sin la cualificación. Las mismas expansiones y explosiones vacuas prevalecen en lo tocante a la energía física, la productividad industrial, las invenciones, el conocimiento y la población. Y a medida que estas actividades aumentan su volumen y su ritmo, se alejan más y más de todo objetivo humanamente deseable [...].

La principal función de la ciudad es la de transformar el poder en forma, la energía en cultura, la materia inerte en símbolos vivos del arte, la reproducción biológica en creatividad social. Las funciones positivas de la ciudad no pueden desempeñarse sin establecer nuevas disposiciones institucionales, que sean capaces de manipular las vastas energías con que ahora cuenta el hombre, disposiciones tan audaces como las que inicialmente transformaron la aldea hipertrofiada y su fortaleza en la ciudad nuclear y altamente organizada. [...] Pero, por otra parte, si las fuerzas de la vida se aunaran, estaríamos al borde de una nueva implosión urbana. Según nos cuenta un antiguo escriba egipcio, cuando las ciudades fueron fundadas por primera vez la misión del fundador era “poner a los dioses en sus altares”. La tarea de la ciudad venidera no es esencialmente diferente: su misión consiste en poner los más elevados intereses del hombre en el centro de todas sus actividades, unir los fragmentos dispersos de la personalidad humana, transformando hombres artificiosamente desmembrados –burócratas, especialistas, “expertos”, agentes despersonalizados– en seres humanos completos, reparando el daño que ha sido ocasionado por la separación profesional, por la segregación social, por el cultivo excesivo de una función privilegiada, por sentimientos tribales y nacionalismos, por la falta de participación orgánica y propósitos ideales.

Antes de que el hombre moderno conquiste el control de las fuerzas que amenazan su existencia, debe asumir nuevamente la posesión de sí mismo. Esto señala la principal misión de la ciudad del futuro: la de crear una estructura regional y cívica visible, proyectada de modo que el hombre se sienta en armonía con su yo más profundo y con su mundo más amplio, apegado a imágenes de educación humana y de amor.

Por consiguiente, ahora no debemos concebir la ciudad fundamentalmente como un lugar de negocios o de gobierno, sino como un órgano esencial para la expresión y la realización de la nueva personalidad humana, esto es, la del “Hombre de Mundo Único”. La antigua separación entre el hombre y la naturaleza, entre el hombre de ciudad y el hombre de campo, entre el griego y el bárbaro, entre el ciudadano y el extranjero, ya no puede mantenerse: en materia de comunicaciones, el planeta entero se va convirtiendo en una aldea, y, como consecuencia de esto, el vecindario o el distrito más pequeño debe ser proyectado como un modelo experimental del mundo más vasto. Lo que ahora debe encarnarse en la ciudad no es la voluntad de un solo gobernante deificado, sino la voluntad individual y colectiva de sus ciudadanos, orientada hacia el logro del

conocimiento de sí mismo, del gobierno por sí mismo, de la realización de sí mismo. La instrucción, y no la industria, será el centro de sus actividades; y cada proceso y cada función será valorado y aprobado exactamente en la medida en que promueva el desarrollo humano, en tanto que la ciudad proporcionará un vívido teatro para los espontáneos encuentros, desafíos y abrazos de la vida cotidiana [...].

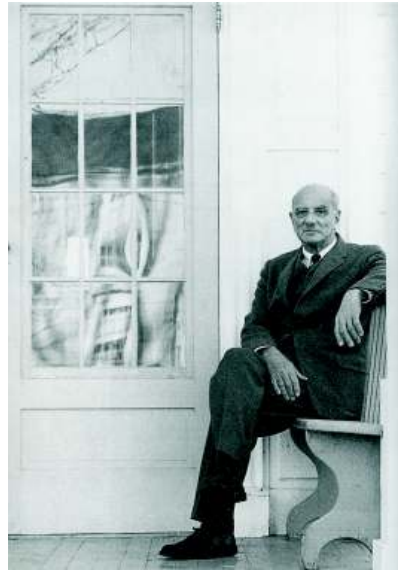
Como hemos visto, en los últimos cinco mil años la ciudad ha experimentado gran número de mutaciones, y no cabe duda de que hay otras que sin duda le reserva el futuro. Pero las innovaciones que se necesitan urgentemente no consisten en la extensión y perfeccionamiento del equipo físico; menos aún en la multiplicación de las invenciones electrónicas automáticas para dispersar los órganos subsiguientes de la cultura en un polvo suburbano informe. Precisamente lo contrario: sólo se obtendrán progresos significativos aplicando arte e ingenio a las principales preocupaciones humanas sobre la ciudad, y confiriendo un renovado interés a los procesos cósmicos y ecológicos que abarcan a todos los seres. Debemos devolver a la ciudad las funciones maternas y protectoras de la vida, las actividades autónomas y las asociaciones simbióticas que, desde hace largo tiempo, están descuidadas y suprimidas. Pues la ciudad debe ser un órgano de amor, y la mejor economía de las ciudades consiste en el cultivo de los hombres.

La ciudad adquirió forma primeramente como hogar de un dios; como un lugar donde estaban representados los valores eternos y donde se revelaban posibilidades divinas. Si bien han cambiado los símbolos, subsisten las realidades tras ellos. [...] Sin las perspectivas religiosas que alentó la ciudad, es dudoso que se hubiera desarrollado algo más que una pequeña parte de las capacidades del hombre para vivir y aprender. El hombre crece según la imagen de sus dioses y hasta la medida que ellos establecieron. La mezcla de divinidad, poder y personalidad que determinó la existencia de la ciudad antigua debe ser reconsiderada en los términos de la ideología y la cultura de nuestra época, al verterlas en nuevos moldes cívicos, regionales y planetarios. A fin de desbaratar las fuerzas insensatas que hoy amenazan a la civilización desde adentro, es necesario que vayamos más allá de las iniciales frustraciones y negaciones que han perseguido a la ciudad a lo largo de su historia. De no ser así, los dioses estériles del poder, a quienes no reprimen los límites orgánicos o los objetivos humanos, volverán a hacer al hombre a su imagen sin rostro y pondrán fin a la historia humana.

La misión final de la ciudad consiste en promover la participación consciente del hombre en el proceso cósmico e histórico. A través de su estructura compleja y duradera, la ciudad acrecienta enormemente la capacidad del hombre para interpretar estos procesos y toma en ellos una parte activa, formativa, de modo que cada fase del drama que en ella se representa tenga, hasta el máximo grado posible, la iluminación de la conciencia, el sello del propósito, el color del amor. Esa exaltación de todas las dimensiones de la vida, a través de la comunión emotiva, la comunicación racional, el dominio tecnológico y, sobre todo, la representación dramática, ha sido la función suprema de la ciudad en la historia, y sigue siendo el principal motivo para que la ciudad continúe existiendo.

3. CIUDAD. FORMAS Y FUNCIONES¹¹² (1968)

[...] Una descripción adecuada de la ciudad no debe limitarse simplemente a su estructura, proceso, estadio de desarrollo y finalidad, sino que debe tratar asimismo de algunas características identificadoras que se reflejan en su trazado y en su simbolismo arquitectónico. La ciudad es una colección de formas arquitectónicas en el espacio y un tejido de asociaciones, corporaciones e instituciones que ocupan una estructura colectiva y han interactuado con ella a lo largo del tiempo. El tamaño y la complejidad de la ciudad están directamente relacionados con los de la cultura que acumula y transmite. De aquí que sean inadecuados los intentos de definir la ciudad por una medición pura mente cuantitativa –área, densidad de ocupación, alcance de sus comunicaciones– mientras se pasan por alto indicadores cualitativos que son por lo menos igualmente importantes [...].



Mumford ante su casa de Leedsville, cerca de Amenia (Nueva York).

Componentes urbanos.– [...] Describir la ciudad en términos cuantitativos, sin hacer referencias a sus instituciones y a su interacción continuada es ignorar el papel más importante de la ciudad histórica: la reunión e integración de estos diversos componentes, tanto públicos como privados, controlados y voluntarios. No ha sido la parte menos significativa en el desarrollo de la ciudad, desde la Edad Media, en Europa occidental, la multiplicación de organizaciones municipales voluntarias, iglesias, hospitales, gremios, hospicios, escuelas, universidades y, desde el siglo XIX, una multitud de clubs y sociedades con fines especiales. La guía de teléfonos de cualquier gran ciudad revela, bajo el epígrafe de clubs y asociaciones, lo amplia que esta función ha llegado a ser. La ciudad moderna se distingue de sus antiguos prototipos urbanos por la amplitud de esas organizaciones, más que simplemente por el volumen de su comercio e industria o por la mecanización de sus servicios municipales. El hecho de que la actual diseminación de la población por unas zonas suburbanas ilimitadas reduzca la posibilidad de formar tales asociaciones especializadas no es el factor menos perturbador en el desmoronamiento de la metrópolis moderna.

Formas urbanas.– [...] Aunque la fuerza motriz originaria de la ciudad fue la concentración de poder cósmico y temporal, no la difusión de la cultura, parece ahora claro que el subproducto cultural se ha ido convirtiendo en la mejor razón

112. "Ciudad. Formas y funciones". En: E. Shils: *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*. Aguilar. Madrid, t. 2, 1974 [1968], pp. 384-91.

de la larga, aunque variada, existencia de la ciudad. Todavía habrá que explorar conscientemente esta función emergente de la ciudad y tenerla en cuenta de manera sistemática.

Nucleación, especialización e integración.– [...] Aunque la ciudad se caracteriza por su orquestación de una diversidad de actividades sociales y culturales, a veces alguna de sus funciones nucleares domina [...]. El papel de la ciudad como continente y transmisora de la cultura, difícilmente pudo ser previsto por sus primeros fundadores. Por supuesto, no existe una sola actividad urbana que no haya sido realizada con éxito en unidades aisladas situadas en el campo abierto. Pero hay una función que únicamente la ciudad puede desempeñar, a saber: la síntesis y sinergia de los numerosos y diversos componentes, reuniéndolos continuamente en un lugar donde sea posible la relación directa, “cara a cara”. La misión peculiar de la ciudad, por consiguiente, consiste en aumentar la variedad, la velocidad, el grado y la continuidad de la relación humana.

Cuanto mayor sea la cantidad de artefactos culturales y símbolos acumulados, más importancia tendrá la función ciudadana de organizarlos y hacer que sigan disponibles para ser utilizados posteriormente, Puesto que la escritura y la lectura fueron durante mucho tiempo monopolio de una minoría privilegiada, la ciudad, lejos de depender de la palabra escrita, como los arqueólogos han supuesto a veces a causa de su origen coincidente, ha servido en realidad hasta ahora como su sustituto. Al atraer a una población variada, conservó e hizo evolucionar el ritual, la danza, la música, la tradición oral y, por encima de todo, las técnicas ocupacionales que, de otra forma, hubiesen permanecido aisladas y sin desarrollarse; que quizá se hubieran perdido, incluso. Esta misión suya continúa siendo importante, a pesar de la invención de la imprenta, la cámara fotográfica, el magnetófono y el ordenador electrónico. La capacidad de almacenamiento cultural de una ciudad de solo 100.000 habitantes excede con mucho a la de cualquier ordenador electrónico, aunque solo sea porque cada organismo humano registra y alma cena grandes zonas de experiencia que no se pueden reducir a símbolos cuantitativos ni se pueden programar o transmitir a otros excepto mediante el contacto humano directo. Está por ver si una cultura compleja puede durar mucho tiempo sin mantener un gran número de estructuras y subestructuras urbanas integradas y de suficiente capacidad.

Dispersión y concentración.– [...] En cuanto a las perspectivas de desarrollo de la comunidad urbana están comenzando a surgir dos escuelas distintas, aunque ambas relacionadas de diversas maneras con una tercera, que cree que mediante parches continuos –la llamada revolución urbana– se pueden y deben mantener vivas las ciudades existentes, aun en el caso de que las estén abandonando muchos de sus apoyos económicos, y aunque la población necesaria para mantenerlas se esté dispersando o sea reemplazada por máquinas automáticas. La primera escuela, la dispersionista, afirma que las funciones focales y sinérgicas de la ciudad son innecesarias o se pueden ya realizar sin tener en cuenta la situación topográfica ni ninguna reunión coherente de instituciones y estructuras urbanas. En tanto que conservaría las estructuras urbanas existentes, esta escuela considera a la ciudad como un receptáculo del que se puede prescindir, en el

que las estructuras son tan transitorias como lo que estas contienen; no seguirá siendo un medio de mantener la continuidad más allá de la generación que pasa. Partiendo de que solo el saber o la cultura contemporánea son significativos, cree que con el almacenamiento mecánico-electrónico de la información y con la comunicación instantánea y el transporte supersónico, la ciudad, como centro cultural unificador, ha perdido su razón de existir. En el mejor de los casos, los elementos ciudadanos supervivientes se dispersarán, constituyendo enclaves especializados, aislados territorialmente y sin contactos entre sí. Los que extrapolan las tendencias actuales suelen concentrarse, alternativamente, sobre una mayor congestión de los centros metropolitanos existentes, a pesar del coste exorbitante del equipamiento mecánico que se necesita incluso para mantener unas actividades mínimas de transporte y comunicación [...].

Integración regional.— La inercia de las fuerzas políticas y económicas favorece ahora a las dos escuelas descritas. Ahora bien, en oposición a estos dos procesos, casi automáticos, se encuentran los integracionistas urbanos: una escuela que fue originada por el fundador del movimiento de la ciudad jardín, Ebenezer Howard, continuada por George Unwin, Henry Wright, Sr., Clarence S. Stein¹¹³ y Frederic J. Osborn¹¹⁴, Benton MacKaye¹¹⁵ y Mumford. Esta escuela se adelantó en una generación a las doctrinas rivales al señalar los factores que estaban provocando a la vez la congestión metropolitana y la dispersión exurbana: especialmente, el transporte rápido por vehículo de motor y por aire, y la comunicación instantánea. Pero, en lugar de considerar sus predicciones como instrucciones para fomentar las tendencias existentes y aumentar su tempo, las tomaron como advertencias y, al mismo tiempo que mostraban cómo se podían utilizar los nuevos recursos de la ciencia y de la técnica para mejorar el complejo ecológico, trataron de inventar alternativas que hicieran justicia al papel específico de la ciudad.

La cuestión de la integración regional tiene dos aspectos. El relativo a los fundamentos históricos de la ciudad ya se ha señalado; pero este a su vez lleva a la percepción de que la pauta originaria que favoreció la dominación unilateral y el crecimiento de un número limitado de ciudades autárquicas debe ser reemplazada por un sistema más complejo, modelado sobre líneas más orgánicas y capaz de una difusión más amplia. Los integracionistas sostienen que, en nuestro actual estado de complejidad cultural, se necesita un orden urbano jerárquico, que se componga de órganos y unidades celulares de tamaño limitado y organización en serie ascendente, y que disponga de unidades intermedias estables que no solo reciban directrices y obedezcan órdenes, sino que tengan iniciativa y den respuestas, en una relación recíproca de intercambio¹¹⁶.

113. *Toward New Towns for America*. Reinhold. Nueva York, 1957 [1951].

114. *Green-belt Cities: The British Contribution*. Faber. Londres, 1946; *The New Towns: The Answer to Megalopolis*. Hill. Londres, 1963.

115. *The New Exploration: A Philosophy of Regional Planning*. Harcourt. Nueva York, 1928.

116. Herbert A. Simon: "The Architecture of Complexity". En: *Proceeding* (American Philosophical Society), núm. 106 (1962), pp. 467-82.

Las unidades urbanas individuales quedarán limitadas en tamaño y extensión –resolviéndose el crecimiento mediante una colonización continuada, en lugar de mediante la dispersión o la congestión– a la vez que la cobertura efectiva total de un sistema regional compuesto de dichas unidades será mayor que el de la metrópolis de mayor tamaño [...]. Para la escuela integracionista, la limitación de las unidades urbanas constituyentes, así como la organización del todo en unidades mayores, son procesos complementarios. Con tal organización se mantendrán las ventajas tanto de la concentración urbana como de la dispersión regional y podrá producirse un crecimiento y una diferenciación aún mayores sin que aumenten el desorden y el despilfarro.

Según esta idea de controlar la urbanización futura mediante la reconstitución de la ciudad, se “eterealizarán” en un área mucho más amplia las numerosas funciones antes deficientemente realizadas debido a la masificación física de estructuras y poblaciones. La conservación de una matriz rural permanente (tanto cultivada como salvaje) constituye una parte integrante de este nuevo orden urbano. En el nuevo modelo, las ciudades individuales, cuyo tamaño variará, idealmente, desde 30.000 hasta quizá 300.000 habitantes, formarán parte de una red regional con una población urbana de unos diez millones de habitantes, en la que, sin embargo, habrá unidades más pequeñas para satisfacer necesidades puramente rurales o de vida salvaje [...]. Mediante la utilización de los mismos agentes mecánicos y electrónicos que los dispersionistas consideran como sustitutos de la ciudad, los integracionistas pretenden reorganizar nuestros actuales recursos técnicos de forma que la ciudad pueda realizar su principal tarea histórica: la transmisión de la cultura y la educación de los hombres.